

AGAPITO RODRÍGUEZ AÑEL

ECOS Y CANTOS



LECCION TELAR DE YEPES

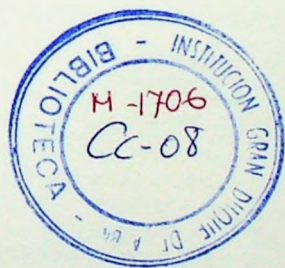
JCION GRAN DUQUE DE ALBA
PUTACION PROVINCIAL DE AVILA



Institución Gran Duque de Alba

CDU 821.134.2-36
908.460.189

Institución Gran Duque de Alba



AGAPITO RODRÍGUEZ AÑEL

ECOS Y CANTOS



Institución Gran Duque de Alba

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Carmelo Luis López (Director)
Tomás Sobrino Chomón (Subdirector)
Jacinto Herrero Esteban
José M.ª Muñoz Quirós
Luis Garcinuño González (Secretario)

I.S.B.N.: 84-86930-85-5

Depósito Legal: AV-90-1994

Imprime: Imprenta Comercial Diario de Ávila, S.A.- ÁVILA

INTRODUCCIÓN

La descripción de los personajes que van a conocer a través de estas páginas sólo se identifican con otros por el nombre genérico del oficio. La singularidad, obviamente, se manifiesta porque tienen nombres propios y consecuentemente alma, sensibilidad y actitudes diferenciadas.

Con estos individuos la idiosincrasia pronuncia más los rasgos característicos de nuestros pueblos; acusan la austeridad con que se desenvuelven, los esfuerzos por mantenerse dignamente, el empeño por hacer de su profesión regla, signo de honestidad, vulgarmente, en definitiva, se les conoce por personas cabales. Definición sabia, como todas las que emanan del pueblo. El apretón de manos es signo de afirmación que sólo tramuta la muerte; jurar apenas se oye, porque el sentido de religiosidad y de respeto para con Dios es mucho más trascendente que la propia vida.

Así son las gentes de Ávila, profundamente recias, tercamente honradas, preñadas de amor, confiadas al cielo; así son estos personajes; estrictos en el trabajo, abnegados en el favor. En cada uno de ellos se dan cualidades distintas, porque la propia configuración biológica lo es, pero con un denominador común: solidarios, hospitalarios y respetuosos.

También evoco en estas páginas pasajes que fueron cotidianos en tierras de Ávila. El pretérito aún es hoy presente en alguno de nuestros pueblos; aún se vive del recuerdo, o mejor, con el recuerdo; aún se respiran fragancias de antaño y se goza con la herencia de nuestros antepasados. El arcón guarda celosamente vestigios del ayer; los mayores permanentemente nos recuerdan la utilidad de aquellos ropajes, críticos momentos de su vida, la que, curiosamente se repite, claro que con ligeras

variantes, un tanto simples, que en fechas determinadas nos vestimos con aquellas ropas y rememoramos otros tiempos, el ayer.

Mi aportación no es más que recopilación de unos años de trabajo, en el que puse, desde luego, mucha ilusión, como hago ahora al entreabrir mis carpetas y traerles el recuerdo de aquellos personajes que ya son historia, o el relato de un hecho que viene de nuestros mayores y es aún un testimonio hermoso de sus comportamientos sociales.

Los pueblos, generalmente, procuran manifestar el pasado haciéndolo presente en fechas o actos señalados.

La sociedad actual está necesitada de aquellos ritos que darán sentido a las gentes, a los pueblos, de solidaridad, de hermanamiento y de sana alegría. Quizás a través de mis relatos puedan advertirse algunos de esos valores, que por otra parte, sinceramente, en el fondo de nuestra alma estamos deseosos de recuperar, pues de que otra forma sino, se justifica nuestra emoción y alegría cuando rememoramos las tradiciones.

Si estos recuerdos contribuyen en alguna medida acercarle al pasado me habré dado por muy satisfecho, pues es señal inequívoca de que se ha interesado por conocerlo, a través de estas páginas.

Agapito Rodríguez Añel

Nuestros pueblos, diferentes

"Un pueblo es, en primer término, un repertorio de costumbres"

José Ortega y Gasset

Aún podemos establecer diferencias entre lo humano y la pérdida de valores, entre vivir y la sordidez de una ciudad, entre el reposo y el desequilibrio; lo racional y el absurdo.

Los pueblos no abjuran de los términos que ocupan el primer lugar; las virtudes y rectas costumbres son su mejor patrimonio.

La vida del pueblo... ¡Cómo si cada pueblo no tuviera vida propia! Frecuentemente esta expresión viene a sintetizar la tranquilidad, hospitalidad, fraternidad, y tantos valores perdidos en el neorrealismo, enterrados por el cemento de las grandes urbes.

Cada pueblo tiene sus peculiaridades y están en un error, los que, por el mero hecho de vivir en la ciudad, se creen liberados, cuando son prisioneros y, peyorativamente, les aplican idéntico tratamiento.

Hay pueblos donde los surcos, por un accidente, se dibujan torcidos; otros, en cambio, son rectos y profundos. En ninguno de los dos, sin embargo, puede definirse la idiosincracia de los moradores. Posiblemente ponga más amor aquel de renglones más sinuosos.

Cada pueblo vive conforme a las exigencias que le vienen dadas por imperativos de las Leyes de la naturaleza, por tradición. Por eso que todo es distinto, no se puede explicar el concepto como si todos los pueblos

fueran consustanciales con el mismo comportamiento. Ni siquiera por proximidad geográfica, tienen algo en común, a veces.

Nuestro pueblo, cuando hablamos del conjunto que forman la patria, son todos y cada uno diferentes. Por eso que la vida del pueblo... no pasa de ser un axioma de resultado negativo, una contradicción. Es verdad que nos empeñamos en buscar gestos, aficiones, sentimientos que nos resulten afines, pero cada cual tiene su "pose", su caricatura; se apasiona por distintos colores y con otras diversiones; siente más o menos profundamente, somos diferentes, como lo son nuestros pueblos aunque unos y otros estén contruidos con iguales materiales, aunque hayamos nacido bajo el mismo techo, nos hayan criado con leche de la misma "ubre" y nos arrullara la misma voz.

Los pueblos...; la vida de los pueblos es diferente con respecto a la ciudad; pero también entre sí. Por eso, habrá que poner mayor énfasis en el singular al referirnos a ellos, o mejor, concretar su peculiar forma de apreciar la vida.

Establecer comparaciones es un tópico, como decir que son odiosas. Por ello sólo, a modo de ejemplo, definiré esos dos pueblos vecinos que, sin que exista motivo que los justifique, han optado por dos modelos de vida antagónicos: Mientras uno vive para descansar, el otro lo hace para divertirse; uno es conservador a ultranza, reservado, cicatero; el otro "progre" (que no "progresista"), vanidoso, espléndido; el menos decidido se conforma con soportar incomodidades, ya sea vistiendo modestamente, ya teniendo que ir a buscar agua a la fuente pública, ya tener por techo unas encorvadas y carcomidas vigas de madera, ya comiendo la hogaza de pan asentado, o pasarse el domingo jugaando a las cartas en la penumbra de la taberna; mientras que el que se siente influenciado por el progreso, prefiere fijarse en la última moda de vestir, disfrutar de la ducha o el baño de agua caliente en invierno, aislar las paredes de la casa de temperaturas extremas, comer el pan reciente de barra de viena, y disfrutar de la discoteca, el cine o la cafetería.

Son pueblos hermanos pero que tienen distintos conceptos; el más humilde reprocha al más avanzado de dilapidar los bienes, éste piensa que aquel no sabe disfrutar de esos bienes.

No quiero entrar en quien es el equivocado, que alguno lo está; lo que pretendo decir es que la vida del pueblo es, a pesar de esas gran-

des diferencias, la que puede aportar esa tranquilidad que buscan los que se han metido en la aventura de padecer "stres", la insolidaridad; de esconderse en el anonimato y subordinarse a esas reglas automatizadas de las grandes metrópolis.

Por eso, genéricamente, se dice: la vida del pueblo...

PERSONAJES



Institución Gran Duque de Alba

ESLAHOCRT

 Institución Gran Duque de Alba

El Romanero

Cuando pudiere y debiere tener lugar la
equidad, no cargues todo el rigor de la ley al
delincuente, que no es mejor la fama del
juez riguroso que la del compasivo

Cervantes. Don Quijote

Un personaje encargado de cobrar fielmente un tributo, en algunos casos, un tanto pintoresco por los modos o formas de interpretar la equidad, como por la simpatía que despertaba, pese a lo desagradable que resulta de siempre aforar.

Comparar la recaudación tributaria del Ayuntamiento en 1.983 con la actual también resulta curiosa e invita a la reflexión.

Es un personaje del pasado, tan viejo casi como la propia vida, que murió no hace mucho, aunque la verdad es que los romanos fueron los que dieron un sentido práctico, específico, con la convencional palanca para pesar.

En Navalunga, como en otros muchos pueblos, el romanero era por definición el encargado oficial de pesar o arbitrar los aforos. Pero en este lugar la verdadera definición no tenía sentido, porque quien tenía encomendada esta polémica misión lo hacía a ojo, "a ojo de buen romane-ro". No es que careciera de romana, pues la tenía y era fiel, como la mejor; bonita como para ser envidia de arrieros, y tan ligera de peso que pocas veces no se dejaba acompañar de ella nuestro personaje, el tío Angelillo (don Angel Mancebo), el del Correo. Dieciseis años, o dieciocho, (tantos fueron que uno más o menos...), fue rematante de arbitrios mu-

nicipales. La "exorbitante" cantidad de 550 pesetas fue la cifra que en 1993 hubo de pagar al Ayuntamiento por contratar los arbitrios, el mismo del que había de obtener 12.000 pesetas de los forasteros que entraran o salieran frutas, carnes, cereales o vinos del pueblo, o de los que tuvieran los vecinos. Casi una verdadera fortuna por aquellos tiempos. Al menos así lo consideró la abuela del tío Angelillo, que al ver el abanico de billetes que éste le mostrara casi le dió un síncope y tuvieron necesidad de reanimarla. El vino tributaba dos reales por arroba, menos cuando el romanero se dejaba convencer, que era la mayoría de las veces, en evitación de disgustos y la necesidad de correr el vino antes de tiempo para tener idea exacta de la medida, y aforaban por menos capacidad que la que realmente tenían. Otro tanto ocurría con los cerdos. El ojo del tío Angelillo era infalible... Así se explica que las mejores magras o la desproporcionada loncha de jamón mejor curado tuvieran para él, o el vino del año que hubo tan buena uva y que aún se conservaba para las ocasiones, como por ejemplo, para cuando llegara el romanero. La carga "de fruta, la que le echaban a una caballería, 100/110 kilos, abonaba una peseta, menos cuando el tío Angelillo se sentía agradecido por unas simples muestras... y sentenciaba una cantidad menor. Eran tiempos aquellos que no "supo" aprovechar, porque él fue tan fiel con todos, como su romana, como el propio tiempo. Una verdadera fortuna podría haber logrado, pero ¿a costa de qué?... Yo le diré, a costa de no gozar del cariño, de la admiración y de la simpatía de propios y extraños. ¿Hubiera valido la pena?... ¿Verdad que no?

Los jamones de entonces, nos confiesa, eran casi como piedras de molino, ¡que jamones!... Creo, sin embargo, que el romanero siente añoranza de aquella época más que por la calidad de lo que él pesara, por los dulces e inocentes recuerdos. Ciertamente eran otros tiempos, los de la romana y estaca en ristre, es decir, al hombro, como también es cierto que entonces, como ahora, ha habido quienes desconfiaran o manipularan el pilón que no corresponde a la palanca de rayas, o de la moneda de perra gorda en su extremo, o el plomo en el contrapeso, o el añadido del plato, o si se aplica correctamente el fiel; tantas y tantas cosas... Pero lo que es indudable que eran pocos, es decir, menos, y por supuesto perfectamente localizados. Para ser romanero, no deja de ser curioso, necesitaba los avales de dos personas de la localidad de probada solvencia, tanto económica como moral, ¡cosas!... El tío Angelillo, el del correo, ¿qué más garantía podía exigírsele que sus cualidades personales? Con ellas era suficiente; con el peso nunca ha cometido arbitrariedades, aunque de lo que se tratara, realmente, era de arbitrar con medida los aforos.

El último remate supuso 47.000 pesetas para las arcas del Ayuntamiento y un severo disgusto para quien tantos años soportó el peso de la romana, pues le había tomado cariño al oficio, pero el "peso" de los años y las nuevas estructuras han colgado la balanza; ha pasado casi a ser una pieza decorativa. En definitiva, viene a seguir cumpliendo una función, como ahora el tío Angelillo, recordándonos aquellos tiempos.



Institución Gran Duque de Alba

Alfareros (Artistas del barro)

"Todos malgastamos nuestros días buscando el secreto de la vida. Pues bien, el secreto de la vida está en el arte"

Wilde

Pasaron de curvar la teja y fabricar el adobe a hacer filigranas con la arcilla. Antes el hogar, ahora decorarle. Aunque a decir verdad, corrían paralelas estas modas. Quizás con la llegada del ladrillo y la teja cocida en hornos industriales hubo que olvidarse de tapiar las casas con barro y dedicarse a hacer filigranas con él.

En la provincia son bastantes los que se empeñan en adornar los hogares, dejando correr su imaginación y creando obras de arte. Nos ocupamos de citar sólo dos, testigos del pasado y el presente.

Eran casi las cuatro de la tarde y acababa de "aparearse" del torno. Un torno que aún sigue dando vueltas gracias al impulso que don Andrés Ortega Díaz imprime a sus "bielas". Casi setenta y un años, los que viene "jugando" con el barro para sacar caprichosas figuras, porque este hombre, desde que nació, no supo hacer otra cosa que dar forma a la arcilla, no quiso hacer otra cosa que ennoblecer este elemento, para regalo de nuestra vista, para llenar espacios en nuestra vida hogareña, en el cotidiano trabajo de cada día. El barro, a pocas vueltas que gire el torno, se convierte entre las manos del artista en jarra, botijo, barreño, o en figura. Sus manos, teñidas de rojo por la arcilla parecen encantadas, se diría que cada vez que entre sus manos cae una "pella" se convierte,

por arte de magia, en algo que tiene vida, que crece sin conocer la niñez, ni la adolescencia, que ha venido al mundo porque urgía su llegada.

—¿Cómo tan tarde y no ha comido todavía?

—Aquí pierdo el sentido de la hora. Me falta tiempo para atender los encargos.

—¿Es Vd. sólo?

—No, en esos dos tornos, trabajan mis dos hijos. Como verá son eléctricos...

Y conecta el motor para hacerlo girar. Sin embargo, en esta justificación acertamos a ver cierto apego a la tradición, aunque el viejo alfarero no nos lo advierta. Esto es así porque del mismo modo que el motor mueve los dos, podría hacer con los tres.

Es un enamorado de su oficio. Nos invita a pasar a su exposición donde se amontona parte de su vida, porque no les quepa la menor duda que para el artista sus piezas son algo que ha mimado entrañablemente, con tanto amor que, en ocasiones, como en esta, le hace olvidar que tiene que comer para seguir viviendo. Esto se lo recordará su hija: ¡Pero padre...! ¿se ha dado cuenta la hora qué es?... Nada le importa, bueno, por lo menos su obra le importa bastante y no es por venderla, porque nos repite: Todo está vendido y más que pudiera hacer.

—Mire Vd. estas miniaturas. ¡Tienen mucha aceptación! es la moda.

—¡Son preciosas! Y sinceramente, lo son. Su simplicidad, tamaño, la decoración, nos hablan de la delicadeza que el artesano alfarero ha puesto en su elaboración; ellos son un testimonio de su paciente labor, de su buen gusto y, ¿como no?, de su afición por las cosas sencillas pero nobles que se consiguen con el barro.

El horno, un "poema", de ladrillo quemado por las virutas, el serrín o la madera, según "pegue", "coautor" del artista, pues tal es su importancia a la hora de endurecer su obra para perpetuarla, o partirla, si se tercia. En él deposita su última esperanza y vive un poco pendiente. No se lo he preguntado, pero, a buen seguro, tiene tantos años como don Andrés, a juzgar por su aspecto, y aún sigue produciendo alegrías, año-

ranzas. De sus entrañas han salido muchos recuerdos: de las Cuevas del Aguila, de Ávila, de tantos y tantos sitios; en su calor se han casado infinidad de nombres antes que en el altar recibieran su bendición: Juan y Paquita (interminable la lista); infinidad de vasos y jarras han sido bautizadas con nombres propios.

—¿La arcilla es del propio terreno?

—Parte sí; otra la traigo de Pantoja.

—Oiga, ¿y esas queimadas?...

—Pues verá; la vi, un día en la tele y me dije, eso lo vamos a sacar nosotros también. Y si supiera el éxito que tienen...; se las llevan incluso para adorno.

Realmente me habría gustado preguntar al artista tantas cosas..., pero me pareció que no debía robarle ni un momento más, pues aunque él se olvide de yantar, lo que es éste humilde servidor de ustedes no sabe perdonar este rito.

Que aproveche, don Andrés, y hasta otro día que le “pille” con el barro en las manos.

----o----o----o----

En La Moraña, en un modesto alfar. Crescencio del Dedo Garrido se entretiene con el barro; lo acaricia amorosamente hasta lograr una verdadera obra de arte. A algunas piezas, según requieran alguna dedicación o un nombre, les dará ese toque final María Garrido López, su mujer.

Son dos verdaderos artistas modelando barro. La imaginación les lleva a conseguir caprichosas piezas, que luego adornarán una cocina. Curiosamente, casi toda su obra es por encargo. No tienen más puntos de ventas que el del propio alfar y cuando acuden a algún certamen o feria. Se conforman con vivir, no quieren hipotecar su trabajo, ni estar supeditados a demandas que no puedan ellos, solo ellos, atender.

Les gustaría enseñar el oficio a los jóvenes que deseen aprenderlo, pero no quieren correr el riesgo de que esto pueda interpretarse laboralmente como una prestación de servicios y en consecuencia lleve implícita cargas sociales o posibles responsabilidades en caso de acciden-

te de trabajo, es decir, durante el aprendizaje. Sin embargo es tal la "afición" que tienen por este oficio que con seguridad se volverán a plantear la admisión de aprendices a poco que le presione alguien que esté interesado. Quieren crear escuela y, sinceramente, estos magníficos alfareros, aún sin alumnos, sin proponérselo, lo consiguen con su labor de cada día.

Hacía tiempo que deseaba conocer al autor de ese bello cántaro que ilustra el libro *Alfarería Abulense*, desde el momento en que cayó en mis manos. Por donde el destino quiso que mi entrañable amigo Eugenio López Berrón, el gran pintor abulense, me dió esta oportunidad con motivo de ver el cántaro, antes mencionado, de cerca, y no ya porque la imagen de la portada no fuera suficientemente elocuente, sino porque el mismo tuvo la feliz ocurrencia de pintar un maravilloso paisaje de Ávila para demostrar al alfarero que él era también un artista, pues, según creo, en principio, cuando se conocieron, receló de que fuera tan excelente como se desprendía de la conversación. Si el cántaro ya de por sí era una magnífica obra de la alfarería, ahora se ha convertido en una pieza de museo, porque la firma de López Berrón demostró que su obra sería sólo la base para conseguir una auténtica maravilla en colores.

EL CANTARO Y LAS MURALLAS

En la panza de barro, las murallas de Ávila tienen una nueva dimensión. El barro y el óleo, el alfarero y el pintor, dos artistas abulenses, han querido demostrar su gran valía. Ahora el alfarero piensa que la tierra da también pintores importantes.

Pero la historia del cántaro no queda ahí. El pintor ha pedido al alfarero a cambio un zapato; si, un zapato de barro, por aquello del recuerdo entrañable que tienen estos caminos polvorientos de Castilla, estos barros, que él anduvo, que él pisó, y también porque en su caminar por otros lugares adquiere ese zapato de cerámica, barro o cristal, típico del lugar, ese zapato que deja huella, como el artista, por donde pasa, llevando a sus lienzos esos caminos, esas tierras, y tantos otros detalles.

El alfarero, se ha puesto a "fabricar" el zapato.

Quiere devolver el favor al pintor, cumplir su promesa: te voy a hacer un zapato de barro con toda clase de detalles; será un zapato de lujo.

Estoy deseando ver la obra terminada, porque con toda seguridad será digna de exposición. Arte e ingenio le sobre para conseguir con el barro lo que se proponga. El alfarero de Tiñosillos, además del hermoso cántaro, y otras muchas obras, quiere que entre sus recuerdos uno ocupe lugar preferente: el zapato.

Tiñosillos, ese pueblo casi ignorado, no es de extrañar que un día sea más conocido porque en él existe un gran alfarero, un artesano que hace caprichos con el barro, entre los que habrá que destacar, el zapato.



Institución Gran Duque de Alba

Casamentero (Cestero)

"Casa a tu hijo con igual, y no dirán de tí mal"
"Casa el hijo cuando quieres, y la hija cuando pudieres"
"Quien lejos va a casar, o va engañado, va a engañar"

Refranero Castellano

Llevar la cesta, solía palicarse a aquella persona que acompañaba a una pareja de enamorados con el fin de cubrir las apariencias ante la sociedad, o también, como vanal pretexto de una antigua amistad con alguno de los novios.

De ahí puede que se derive el apelativo que se le ha dado al "casamentero", hoy relaciones públicas en aspectos amorosos, o por ser más concretos, al cestero. Mediador, que en este caso no actúa como testigo incómodo, sino que es portador de mensajes e influye para conseguir un fin feliz.

Era costumbre en tiempos, en este pueblo, (nos referimos a Serranillos, aunque esta costumbre, con ligeras variantes, era común en nuestros pueblos), antes de entablar relaciones con una joven, sondear la opinión de la moza al respecto.

La vergüenza al ridículo ante una negativa hacía que alguien de confianza pulsara la opinión. No era falta de decisión, más cabe entenderse como algo mal visto, que abiertamente le "espetara" a la moza los sentimientos un zagal, pues ello comprometía a tomar una decisión que podía no ser grata y por tanto resultar violenta. Antes se ruborizaban por nada, hasta por tener que dar "calabazas".

—Los tiempos han "cambiao", mire Vd., antaño fui yo y le dije a mi mujer: "Mira que te quiero,..." (sustitúyanse los puntos por el nombre de la mujer). "¿Y sabe usted lo que me contestó: ¡Mira que eres pecador...! ¡Se lo voy a decir al Sr. Cura! Mire Vd... Un día un vecino mío me dijo:

—La "fulana" (no le digo el nombre porque aún vive ¿sabe Vd.?), me gusta por novia. Pues anda y díselo, porque me ha "encargao"... (otro mozo del pueblo, ¿sabe Vd.?) que la comprometa.

—Vamos que se le daba el oficio de "cestero".

—Mire Vd. En mis tiempos hice muchas bodas. "Tós" acudían a mí, porque se conoce que tenía buena mano p'a eso.

—¿Cómo dice?...

—Es un decir, ¿sabe Vd.?, porque lo hacía de buena fe y sin cobrar nada. Pero verá...

Un día me dice otro mozo, de mi misma quinta, que se lo "hable" a mi mujer, claro que entonces aún no tenía compromiso, y le dije: "Ya está hecho; esta noche... Con tan mala suerte p'a él que nos hicimos novios, ¿sabe Vd.?"

—¡Vaya, que esta vez el cestero tuvo mejor mano!

—Y que lo diga, ¿sabe Vd.?, fuimos "mu" felices y tuvimos varios hijos que están bien "colocaos" en Madrid.

—¿Y a Vd. no le gustaría ir al lado de ellos?

—Quite Vd. p'allá. ¡Que vengan ellos!...

—¿Y después de casado ha hecho Vd. de cestero?

—Pues verá, dice que el que hace un cesto hace ciento, pero mi parienta me dijo: Mira, estas cosas son muy serias p'a meterse. Y tenía razón. Mira que si sale mal alguno... Ahora, ¿sabe Vd.?, tuve suerte.

—¿Se estila eso ahora?, le pregunto con cierta reticencia.

—¡Quite Vd. p'allá!... Ahora los mozos saben más de lo que les han "enseñao". Y las mozas ya no se ponen "colorás". Si los viera Vd. en el baile como se "enamoriscan"...

—¡No!...

—Mire, en ocasiones creo que es ella la que le tienta.

—Es que son los tributos de los tiempos modernos, vaya, que ya no se llevan los "cesteros".

—Ya hace tiempo. Mire Vd., desde que hay televisión...

—Vamos, que la televisión acabó también con esta "profesión", con el recato de las mozas y con qué se yo cuantas cosas más.

—Pues qué quiere Vd., que le diga. Pero la tele enseña mucho de t'ó. A mí, en particular, me gusta. Y ahora creo que la hay en color. Mire Vd., eso de "Un, dos y tres" debe ser encantador.

—¿Y también Heidi?

—Sí, pero eso de las mozas de gafas está "mu divertio".

Y dejamos a nuestro amigo "cesterero" con sus ilusiones y sus recuerdos. Es un hombre llano, del pueblo alto, serrano, que no perdona que hayan quedado atrás tradiciones tan cándidas hoy, como ayer.

El tiempo es culpable de muchas cosas, o mejor diríamos que el pasado es cruel, porque constantemente nos recuerda la enorme sencillez con que vivían nuestros mayores y lo felices que eran. No necesitaban complicar tanto las cosas... Bastaba con decir, si se quería buscar novia: ¡Oye!, me gusta esa moza, díselo y si te dice que sí, ya sabes, pronto de boda. Y si te dice que no, buscamos otra. Así de sencillo, así de simple resultaba buscar novia.



Institución Gran Duque de Alba

El cesterero

"El amor y la fé, en las obras se ve"
"Obra empezada, medio acabada"
"Obras saca obra"

Refranero Castellano

No son nuestras gentes proclives a plantar mimbres porque dicen que va en perjuicio de los padros y del ganado, porque, naturalmente, absorben mucha humedad sus raíces y el nacimiento de la hierba es raquítico. Esto no es obvio para que existan cesteros que se aprovechen de las mimbreras que crecen en las márgenes de los arroyos y, cuando esta no es suficiente, la traigan de otras regiones.

Compatibilizan nuestros artesanos del mimbre este trabajo con las labores agrícolas o ganaderas. No por esto su técnica está a menor altura que la de los que lo tienen como único oficio. En el caso del cesterero que les presento, aprendió de su padre a trenzar la mimbre, pero lo asumió como oficio cuando la salud le impidió salir al campo. Actualmente, ante la demanda de estos trabajos, se le está prestando mayor atención en muchos pueblos de nuestra provincia, en régimen de cooperativas, e incluso creando escuelas.

Con estos mimbres, se dirá, en un próximo futuro: en Ávila se hacen estas obras de arte y estos cestos.

Ya declinaba el día. Había que darse prisa para llegar antes de que la noche hiciese su aparición, pues no había luz en el pueblo. Mi acompañante y amigo, Gabriel Lázaro, era el encargado de reparar la avería y alumbrar el pueblo, Navalacruz.

El sol casi había traspuesto los montes y las gentes retornaban de sus faenas del campo. Un hombre no abandona el pueblo desde hace ya algún tiempo, porque su salud no se lo permite, todo lo más que se atreve es acercarse hasta las umbrías del arroyo, donde corta la materia prima para su trabajo. Se trata de Félix Fernández López, el de "Sera", que se entretiene en trenzar y tejer los mimbres hasta conseguir un cesto.

Nada más apearnos, este hombre nos llamó poderosamente la atención. En el porche de la casa del médico, a sólo unos pasos de la suya, tiene montado su modestísimo "taller": un tajo para sentarse, unas tijeras de podar, un palo terminado en punta para obligar lo entrelazado y poder pasar otros mimbres; un puntero para apretarlos y sus manos son sus herramientas.

Nos acercamos y pronto se dió cuenta de nuestro interés por su obra, aunque al principio no descubriera mi intención de hacer este reportaje.

—¿Muchos años dedicado a este oficio?

—Toda la vida: casi 64, además de andar con el ganado y trabajar en el campo. Ahora la tierra la trabaja la mujer.

—Parece como si estuviera pesaroso de estar resguardado de los frescos vientos de las cumbres, al murmullo del arroyo Jontanilla que cruza casi a sus pies. ¿Cuánto tarda en hacer un cesto?

—Según "pegue". Este le empecé a las doce y ya está casi acabado. Si quita Vd. lo que paré para comer...

—Según nuestros cálculos, cinco horas, aproximadamente, desde que cortó las mimbres.

—Algo así. Si tuviera que cobrar por jornal ya se puede figurar lo que valdría. En cambio, como no puedo hacer otra cosa, a mí me compensa y no por lo que cobre, sino porque me distrae.

—Ya estoy intrigado por saber cuanto me cobraría por este cesto.

—Pues mire, si me da 15 duros y se espera a que lo termine es suyo.

—Francamente, cuando me dijo su valor comprendí que su distrac-

ción debe supervalorarla, me dí perfecta cuenta que para este hombre tiene mucho más valor "engañar" su dolor y pasar el tiempo, que el dinero; goza más en entrelazar las mimbres, hasta darles forma de cesto o cesta "según caiga la luna", que en ver correr el tiempo con las manos quietas.

—¿No hace Vd. otras cosas con el mimbre?

—Pues no; porque es lo que me encargan. Bueno también en la época que se "deja" pelar la mimbre, en abril, que es cuando empieza a brotar, y también en agosto, aprovecho para hacer cestas con tapa.

—¿Me quiere decir cómo se pela?

Mientras me explicaba, cogió un troza de mimbre, la dobló en forma de uve y haciendo presión en los extremos hizo correr por entre el mismo otra mimbre larga, consiguiendo arracarle algunos "hirones" de su piel.

—Ve Vd., ahora no se pela bien.

Su demostración ha sido clara y su intención mejor, porque ha conseguido casi dejarla al desnudo. Se ríe, sin reservas, con una risa "sana", lo único que quizás queda dentro de él, a juzgar por lo que él dice, aún cuando nuestra impresión, por su aspecto, nos cueste trabajo creerle. Nos parece un hombre fuerte, y, realmente, lo es, porque este oficio de hacer cestos también requiere, además de destreza, energías, y también porque al estrecharme la mano para decirnos adiós, la mía se sintió abrumada por la presión de la suya, pero, al mismo tiempo, enormemente satisfecha porque en ese adiós estreché una mano ennoblecida antes por el trabajo de los campos, ahora por el de la mimbre de los cestos.

Me voy contento de haber conocido un hombre bueno; de llevarme un cesto aún "caliente" por el amor de sus manos, esas que aún han de dar forma a muchas mimbres, al menos nosotros hacemos votos de que el refrán siga vigente en este artesano, cesterero, y que en el futuo haga cientos.



Institución Gran Duque de Alba

El pregonero

"Mensajero sois, amigo; non mereceis culpa non"

Bernardo del Carpio

En los pequeños núcleos de población, el bando, más propio de las grandes ciudades, hasta que aparecen otros medios de comunicación, prensa escrita, radio, televisión, sustituyen al pregonero, o de otro modo, el pregón se hace a través de bandos. Son contados los alguaciles que aún cumplan funciones de pregoneros. Es una profesión a extinguir, por lo menos el pregonero convencional, el de la perorata con muletilla, sonsonete y trompeta. "Con permiso de la Autoridad Local se hace saber...", o "De orden del Sr. Alcalde..." El magnetófono, el amplificador y los altavoces corren sobre ruedas el mensaje, la orden.

El romanticismo, con algo de suerte, está colgado de una pared del Ayuntamiento o se guarda en un armario en forma de trompeta de latón y correa de cuero.

El pregón, como testimonio del pasado, ha quedado para las primeras páginas del programa de festejos y como acto social que reclama la atención del pueblo, según la popularidad de quien lo pronuncie. El contenido ha pasado a ser secundario; del contexto se encargarán los medios informativos de resaltar alguna frase ocurrente, si no hay algo mejor.

Suena la trompeta y se torna el silencio, las gentes acuden a aquellos lugares en que la acústica les favorece; se suspenden los trabajos por el momento e incluso los chavales, por más que no lo comprendan, ha de guardar absoluto silencio, aunque sólo sea por evitar la reprimenda o el castigo.

Si el inoportuno rebuznar de una burra en celo, o el cacarear de la gallina que ha hecho la "heroicidad" de poner un huevo, o el alboroto extemporáneo de cualquier animal interrumpía el comunicado era motivo de comentarios "agrios".

El pregón constituía, como la prensa en las ciudades, la actualidad, el acontecer de nuestro país, la provincia y del pueblo, en definitiva.

"Con permiso de la Autoridad Local se hace saber..." Y es que el pregón ha de ir refrendado por el Sr. Alcalde.

Esta estampa era común en casi todos los pueblos de Castilla.

El pregonero era el portavoz de noticias felices y tristes, era el encargado de llevar a los vecinos el mensaje de las Autoridades de manera sucinta, pero cargada de una buena dosis de humanidad, de énfasis. El texto, recortado, diríase que "telegráfico", a veces sumía a las gentes en cierta intriga o suspense, obligando al pregonero a ser más explícito con las gentes que normalmente le rodeaban.

La convocatoria era luego tema de comentario entre los vecinos, llegando cada corro a distinta conclusión.

El pregonero, a veces, cuando no se dejaba oír bien desde su lugar habitual, porque las condiciones climatológicas no le apoyaran, era seguido por los vecinos más de cerca hasta su otro punto donde su voz se volviera a dejar oír.

Cuando algún día no sonaba la trompeta, porque no hubiera nada de interés que anunciar, las gentes sentían un vacío, era motivo de comentario cuando retornaba el labriego del campo: ¿No ha habido pregón?...

El pregonero, aquel que todos conocían está a extinguir, ha desaparecido ya en algunos pueblos, en otros aún vive; pero sólo de recuerdo; se transmiten a través del amplificador y el altavoz que sustenta la torre de la iglesia, o la parte alta de la Casa Consistorial; ahora ya no es fácil identificar a quien habla como un pregonero, en todo caso se le diría "locutor".

El pregón, a pesar de todo, seguirá constituyendo una grata forma de anuncio, yo diría que fue, y es, una de las expresiones que mejor carac-

terizó la vida de los pueblos castellanos, prueba de ello son las confidencias que a través de los mismos nos ha comentado el pregonero del pueblo.



Institución Gran Duque de Alba

El barquero

"El hecho pasó, quedan los recuerdos"

Ovidio

"Todos los cambios, aún los más anhelados,
tienen su melancolía, pues lo que dejamos
es una parte de nosotros; hay que morir
una vida para entrar en otra"

Anatole France

Curiosamente las nuevas vías de peaje, incluso las que no tienen el adjetivo, y otras públicas, de interés general, han sometido al privado, o meramente local, "hurtándoles" un derecho de paso o servicio. A cambio de esto, cuando no ha mediado una indemnización, se ha establecido, en algunos casos, una servidumbre de paso, como medida compensatoria. Tal es el caso del barquero de El Burguillo.

No voy a entrar en términos legales, sólo pretendo descubrir a ese personaje nacido como consecuencia de una expropiación.

Alguien comentó la posibilidad de prescindir de sus servicios, o, para ser más exactos, suprimir la barca.

No se cuanto habrá de cierto en esta idea, que ahora, después de haber hablado con el interesado, Simón, ese hombre bondadoso, arrugado por el sol y curtido por la brisa del pantano, sigue siendo una ligera sospecha.

El sólo sabe que le han ordenado dar cuenta de las personas transportadas durante un mes, el de julio, porque tal vez..., y aquí entran toda clase de suposiciones. Lo cierto, lo verdaderamente exacto, es que su trabajo es inestimable para quienes a diario tienen que atravesar el embalse, que, aunque no sean muchos, también cuentan; que los pinos que se cortan son arrastrados por su barca de una orilla a otra cuando los vientos soplan favorables, que esta servidumbre es sustitución de la que un día tuvieron los Municipios del Valle del Alto Alberche antes de construirse el embalse; que, sobre todo, los vecinos de San Juan de la Nava y El Barraco poseen tierras a la otra orilla que han de cultivar para que produzcan; que de tener que rodear el pantano supondría muchísimos kilómetros por carretera y caminos de herradura, o lo que es lo mismo una pérdida de tiempo muy estimable.

El servicio del Barquero no estaría justificado si construyeran un puente que diera acceso a estas tierras de las Mazuzas y Negraleas y también al poblado, anejo de El Barraco, La Rinconada.

La espera del Barquero esta vez se hizo más larga, pues hacía sólo diez minutos había partido de la orilla que está comunicada con el "mundo" y aunque me desgañitaba en llamarlo no tenía respuesta. Ciertamente que gritaba, ¡José!, cuando la realidad se llama Simón, pero esto no hubiera sido óbice, según me aclaró después, porque el atiende a cualquier nombre si sospecha que se pretende cruzar el charco. La razón es que había salido a recuperar la barca que el Ayuntamiento de El Barroco tiene anclada en la orilla para poder llegar a la isleta en la que tiene instalados los motores para elevar el agua, cuando los gamberros no desatan sus amarras, le quitan el volante, los remos y destrozan una de sus horquillas, como en esta ocasión.

Aparece remolcándola, con su sombrero de paja de ala ancha, para que el sol no abraza aún más su piel, cuando a favor de la dirección que lleva, lo cual ya me sorprende y da ocasión a una de mis preguntas:

—¿Boga Vd. siempre así?

—Depende, para allá lo haré al contrario. Llevo toda mi vida en este oficio y lo hago de las dos maneras. Mi padre ya fue barquero 21 años. Se puede decir que heredé este oficio.

—Al no acudir a mi llamada pensé que se sujetaba al horario que figura en la caseta.

—No señor. Vengo a las ocho y media y me voy al ponerse el sol, en esta época; en invierno me voy antes de que anochezca. He vivido en la casilla, quince años, al otro lado, ahora vivo en La Rinconada.

Yo diría que este hombre sigue viviendo en la casilla, lo que hace es dormir en La Rinconada, porque su vida está aquí. No sabe de jornada laboral, ni le preocupa el horario oficial.

—¿Y cómo no vive Vd. en la otra orilla, en la casita que le construyó la Confederación Hidrográfica del Tajo?

—Verá... Está bien, pero no tiene agua, con tanta como hay en el Pantano, ¿verdad?, ni luz y qué menos que podamos ver de noche, por eso me fui a vivir a La Rinconada. Allí no falta casi de nada, incluso tiene teléfono.

Es admirable la conformidad de este hombre, o mejor, sus pocas pretensiones para ser feliz.

—¿Cuanto gana?

—Unas veintiocho mil pesetas al mes, quitados los descuentos. Según está todo..., si no fuera por mis fincas.

—¿Si le propusieran otro servicio, ganando mucho más, pero, naturalmente, en otro lugar, aceptaría?

—No, señor; aquí nací yo y aquí nacieron dos de mis cuatro hijos (como nacían antes muchos españoles, casi sin asistencia) y no quisiera cambiar esta vida por otra, y hasta no me importaría que uno de mis hijos heredara mi oficio.

—¿Le queda mucho tiempo para jubilarse?

—Tengo 55 años, así que puede figurarse...

Y empiezo a figurarme que los remos serán aún por mucho tiempo movidos por Simón; que la barca la seguirá llevando a "buen puerto"

otros tantos; me imagino a este hombre feliz porque seguirá siendo el Barquero de El Burguillo; me lo imagino atento a que alguien demande sus servicios dispuesto a seguir llevando troncos a través de las aguas; me lo figuro, habitando la casa nueva, porque le pondrán luz eléctrica y le darán un poco de agua del pantano. Otra cosa muy lamentable, sería pensar en dejar a las familias que viven al otro lado del pantano incomunicadas; sería atropellar unos derechos adquiridos, sería acabar con la ilusión de este hombre que, no olviden, pretende cruzar a la otra margen, aunque atiende a cualquier nombre, mejor si vocean: ¡Simodón!, o simplemente, ¡Barqueerooooo!...

El molinero

"Cambiarás de molino, pero de ladrón no"
"Cada uno quiere llevar el agua a su
molino y dejar en seco el de su vecino"

Refranero Castellano

La literatura española, en particular, se ha servido de este personaje para poner en entredicho su honorabilidad y honestidad. Quizás alguno se haya prestado a juegos prohibidos, pero la tónica general no ha sido esa. El que tratara de "llevar el agua a su molino", no es para pensar en infidelidades, mas al contrario, las ruedas no han parado de hacer harina hasta triturar los mas aviesos pensamientos. Pienso que como el molinero de Canto Gordo habrán existido muchos. En estos, seguro, que no se han inspirado los críticos.

LA VIEJA ESTAMPA DEL MOLINO NUEVO

Vivir el pasado, necesidad irrenunciable de ser humano.

El Molino de Canto Gordo, más conocido en la comarca por Molino Nuevo, como consecuencia de ser el último que se levantara, sólo ha resistido 120 años de actividad. Su "jubilación" hermanó con la muerte, se diría que no se ha resignado a ser viejo; no ha querido soportar compasión, ni representar carga alguna. Su techumbre se ha humillado ante el paso de los años; ya no hay nada que cobijar. Con cuanta pena, sin embargo, habrá cedido, estamos convencidos, porque él, que dió techo y descanso a denodados labriegos mientras que en sus piedras se hacían harina sus sudores; él, que sabía de amansar las impetuosas corrientes del río; él, que fue cenáculo y confesionario de múltiples andaduras; él,

que ha sabido de las amarguras de los años males de cosecha; que ha tenido que aumentar la maquila ante la desgracia; que ha sufrido cuando el labrador le ha contado sus penas, ¿cómo puede aceptar de buen grado la rendición?. El Molino Nuevo se ha hecho viejo porque los humanos somos así de ingratos, sentimos desprecio por aquello que no nos aporta un beneficio neto, de otro modo, el materialismo nos oculta las bellezas que tiene la vida, no nos permite descubrir los atractivos que se esconden por doquier, nos constriñen el espíritu y hasta nos hacen empedernidos egoístas.

Primero fue la vieja y desvencijada puerta de madera la que dió con su ser en la hoguera que hicieron unos chavales; luego las tolvas calentaron al turista que acampó próximo al molino, bajo los olmos, más tarde siguieron igual fin la vieja ventanuca. ¿Qué habrá sido de los cedazos?... Si existen, ¿qué cernirán ahora?... ¿Las palabras gordas, groseras?, ¿las injusticias sociales? ¿tal vez el erotismo? ¿lo exotérico? ¿las intrigas políticas? ¿las ansias de poderes? ¿los males ajenos?... ¡A saber, en qué manos habrán caído! No obstante podemos asegurar que por su tupidísima maya no podían pasar sino atomizados, hechos polvo, eso al menos es lo que nos relata quien durante muchos años los zarandeó, don Luis González González, el molinero.

—¡Me da pena, cuando veo como se derruba el molino, que construyera mi abuelo, donde puede decirse que me crié, por que mi padre también fue molinero!

Perdone mi indiscreción, ¿qué hay de cierto sobre qué en los molinos se perdía siempre algo de harina?

—Esa fama no iba con nosotros. Maquilábamos medio celemin por fanega y muy enrasado. Lo que sucede que trabajamos día y noche y lógico que nuestro trabajo nos compensara algo más.

—Creo que antes los vecinos le identificaban a distancia por la boina ¿es qué no gasta ahora boina?

—Como siempre; sólo que ahora no se pone blanca como antes.

—¿Qué cereales molían?

—Había dos piedras, las que habrá Vd. visto hundidas en el río. En

una se molía la cebada, en la otra el trigo. Y hacíamos una harina... Venían también de El Barraco y San Juan a moler. Aún recuerdo las reatas de burros cargadas con costales. Sólo los que recogían mucho lo traían en carro.

—¿Y cómo fue abandonar el oficio?...

—Realmente no fui yo el que lo dejó, sino las circunstancias. Cada vez se cosechan menos cereales y por otra parte los venden y compran harina o piensos, en las propias fábricas.

—Vamos, que la vida moderna a Vd. le ha hecho no harina, sino polvo ¿no?

—Pues Vd. lo ha dicho; no. Yo soy hombre inquieto y no podía someterme a esperar a que llegara un borrico. Empecé a cultivar unas fincas y ahora tengo además una granja de gallinas, unas 8.000.

—De esto hablaremos otro día, si le parece. Dígame ¿qué piensa hacer con el molino?

—En principio intentaré otra vez, con una grúa más potente sacar las muelas del río, luego, posiblemente, lo repare, aunque sólo quede como recuerdo, porque si viera la pena que me da cada vez que paso por allí...

—¡Buena idea!, incluso podría convertirse, con alguna ligera transformación, en un Kiosko o bar, porque el sitio es bonito y hay muchos hoteles alrededor, además de la mucha gente que va de paso buscando esos lugares del río; ahí está el molino del puente...

—Tal vez; pero tendría que arrendarlo, porque nosotros no podríamos ocuparnos de él, tenemos mucho trabajo con la granja.

—Pues esperemos que la duda se despeje y este paraje adquiera de nuevo atractivo a cuenta del viejo Molino Nuevo, y otra vez sea lugar de cita, pero esta vez de los que vienen cargados de otras ilusiones. Pero, ¡mucho ciudadano!, lo verdaderamente importante es conservar aquella estampa de antaño, que sea precisamente, la que motive para ir a tomar un trago. Vivir el pasado es una necesidad irrenunciable del ser humano, porque desea identificarse con sus orígenes y gozar de las costumbres primarias.

Institución Gran Duque de Alba

Los pastores

"Entre todas las alegrías, la absurda es la más alegre; es la alegría de los niños, de los labriegos y de los salvajes; es decir, de todos aquellos seres que están más cerca de la Naturaleza que nosotros"

Azorín

Los pastores permanentes vigías de la sierra.

No hay cambio que escape a su mirada. El árbol caído o el que nace; el canto rodado o el que se asienta en lugar distinto, se esconden entre sus neuronas. Son archivo y también investigadores; cantantes, pensadores y, sobre todo, profundamente humildes. Las alturas les dan otra dimensión de las cosas; aman el silencio, juegan con el eco de las palabras, sienten como se arroja la naturaleza en invierno y se descubre rabiosamente pletórica, en primavera. Es también, el pastor, amigo y "confidente" de su rebaño, de los pájaros, de los animales; de las plantas que crecen y mueren cada año, en cada momento. Cuanto se puede aprender de estas almas sencillas, alegres, preñadas por los valores más nobles del espíritu.

Allá por la cima aún apura la invernada el ganado. Por el frío que reina, ya se presiente que las nieves ya están próximas y han de darse prisa. Los hielos las han precedido y ya impide que, hasta que el sol les domine, el ganado pazca. El pastorcillo ya sólo asoma su cara por el resquicio de una manta parda y con algunos girones; ya no permanece quieto para evitar el paroxismo; el pastoreo cada vez se acerca más al valle; va cediendo las cotas más altas al hielo y a las nieblas; los pastores,

como otros años, como tantos años, de toda la vida, ven en este descenso un acercamiento de la Natividad del Redentor. Por entonces, dicen, cuando ya estemos en el valle, llega la Navidad. Aquí, en este pueblo, desde hace muchísimos años, tantos como su existencia, siempre han bajado los pastores por esta época desde las cumbres de Gredos, porque, inexorablemente, allí el frío no respeta ni siquiera las majadas; las nieves cubren de blanco la sierra, mientras que en el valle se respira cálido amor en torno a la familia y a la iglesia, porque vuelven a revivir el nacimiento de Dios.

Navaluenga en sus orígenes, fue exclusivamente un pueblo ganadero, es decir, de pastores, hoy lo es menos, pero aún conserva reminiscencias de su pasado. Antaño cantaban al son del almirez, el triángulo y la botella de cristal cuadriculada, dulces villancicos al Niño de Dios; según fue evolucionando, incorporaron panderos y zambombas, y ahora guitarras, bandurrias y laúdes. Pero antes, como ahora, las gentes cantan dulces y bellísimas canciones de amor y de paz; antes, como ahora, los lugareños sienten profundamente la Navidad. Mayores y pequeños celebran el más transcendental hecho de todos los tiempos con enorme alegría, en familia, al amor de la lumbre; lo festejan olvidando viejos rencores, haciendo extraordinarios en el yantar, regocijándose con la idea de que Dios está este día más presente en sus corazones.

Pero todo lo que pudiera ser común a otros pueblos, aquí adquiere un significado singular, algo insólito, porque los pastores de estas cumbres de Gredos, mientras que van alejándose de las gélidas crestas, han de transcurrir aún bastante días, crean nuevos y sencillos villancicos, pero a la vez hermosos, porque son auténtica expresión del alma del pueblo.

Aunque les falte el calor sincero del pastor, de su autor, les brindo la oportunidad de que adviertan ese acendrado amor que tienen sus versos:

Esta noche es Nochebuena
y mañana Navidad.
Está la Virgen de parto,
a las doce parirá.
Ha de parir un niño
rubio, gordo y colorado,
ha de ser un pastorcito
para guardar su ganado.

Sería una pena que esto un día se pierda. Entonces podremos decir que ya no queda en nosotros prácticamente nada, porque habremos cambiado la sinceridad, el amor y la humildad y sabe Dios que otras cosas. Pidamos al Niño Dios, ahora que rememoramos su venida para salvarnos, que no nos desampare y sigamos conservando esas viejas, pero importantes virtudes.



Institución Gran Duque de Alba

Institución Gran Duque de Alba

El carretero

"El hombre no va ni ha ido jamás tras de la dicha. El hombre va y ha ido siempre tras de lo nuevo. De aquí la ley superiora del progreso"

Amado Nervo

El tractor, el remolque, relegaron la carrera al museo, a una estampa de ayer. El carretero ha cambiado su oficio, muy a pesar suyo; ahora es un simple carpintero, aunque muchos se empeñen en nombrarles por el que fue su primer oficio.

Hay que rendirse a la evidencia del modernismo; los tiempos que corren no son para andar a paso de carretas. Aunque esto de las prisas está por ver si nos hace más dichosos. Lo que no ofrece duda es que la carreta pertenece a otra época: la de las mulas y bueyes, por citar algo que ya también nos resulta extraño.

La estampa bucólica de la carreta de grandes ruedas de madera que arrastran las vacas con parsiominioso caminar ya no es nada frecuente en las zonas bajas del valle. El chirriar del eje de la carreta ha sido sustituido por el trepidar de los caballos del tractor; el cansino andar se ha trocado en veloz carrera del vehículo.

No obstante en los pueblos altos de la sierra aún se ve al labriego aguijonar a las vacas que tuercen, a veces, su camino, porque pierden el ritmo o porque sobre sus grandes ojos el cuero, dejado caer intencionalmente, que los une al yugo para que obedezcan sólo a la ahijada, les dificulta mirar.

A veces vemos las carretas a la puerta de la casa con la pértiga apuntando al cielo, como si clamara por su existencia, o rendida, hacia el suelo, como signo resignado de que ya no cuenta nada en la vida. A pesar de todo, es una grata impresión, aunque sólo sea pieza decorativa la que causa ver una carreta. Al verlas nos asalta una pregunta ¿se seguirán haciendo?...

En Navarredondilla nos hablan de una familia de carreteros, de toda la vida. A ellos acudimos para averiguar si al decir "de toda la vida", se incluye el presente.

Naturalmente, claro que ya sólo trabajamos por encargo, nos aclara don Urbano López Rodríguez, que además de carretero, herencia que le ha transmitido su padre don Laureano, (aún en activo), y que éste adquirió del suyo. Está en posesión de diversos premios de carpintería. El número uno había de ser el guarismo que le acompañó durante su aprendizaje, o mejor, perfeccionamiento en la institución laboral de la Obra Sindical Virgen de la Paloma (Primer premio de carpintería de taller, 1º en el certamen provincial celebrado en Madrid, 1º en la Universidad Laboral de Tarragona y 1º en la confrontación Internacional que tuvo lugar en Barcelona). Los trofeos son más numerosos, pero todavía son más las satisfacciones logradas al darle formas a la madera; es un verdadero entusiasta de su oficio.

El taller es un pequeño complejo artesanal, donde también su cuñado, Jesús Herranz López, es un gran colaborador. A la puerta se amontonan gruesos troncos de árboles y se apilan tablones de nogal y castaño, dentro es un bazar de sorpresas; puertas en esqueleto, enormes torres de palos labrados que luego se ensamblarán y tomarán la forma de jaula, arados romanos, yugos, mesas, armarios, sillas... a otro lado una fragua donde esperan turno rejas de arados, punteros, azadones, y sabe Dios cuantas cosas más. Un enorme fuelle espera el fallo de corriente eléctrica que paralice el ventilador de motor para entrar en funciones; la piedra de agua está también a la expectativa y así se combinan el pasado y el presente.

—¿Cuánto vale una carreta?

—Unas 15.000 ó 18.000 pesetas, depende si es con ruedas neumáticas o con ruedas de llanta de hierro.

—¿Y un yugo?

—Entre 800 y 1.200 pesetas. Depende de la madera que se emplee.

—¿Cuánto cobra por aguzar una reja?

—Alrededor de la 60 pesetas, también depende de como la hayan apurado. Ahora es don Laureano, la experiencia, quien me responde.

—¿... y nueva?

—Según los kilos que pese, pero por término medio viene saliendo en 200 pesetas. El viejo me muestra cómo se doma el hierro, se curva una llanta o se encoge unos centímetros el aro sin cortarlo en una máquina reductora; me explica que cada día va mermando este trabajo. Habla con cierta nostalgia.

Volvamos a la carreta, ¿qué maderas emplea en la construcción de éstas?

—Apunte: la maza es de fresno; los radios y pinas de encina y la pértiga y caja de negrillo. ¡Ah! también se reparan y reforman. A la vista está...

Efectivamente, había observado una carreta recién pintada pero que mi ignorancia me llevó a pensar que era nueva. Para halagarle les dije, ¡pues quién lo diría! Confieso que jamás habré sido más sincero.

Casi al filo del mediodía apuramos la charla porque el yantar no admite espera para estos hombres que llevan una mañana muy laboriosa.

El olor a madera serrada va siendo cada vez menos intenso, sorteamos los troncos que pocos momentos antes dejó caer un camión y decimos adiós a esta familia de artesanos de la madera, los carreteros de toda la vida, que además son herreros, trabajan la carpintería metálica y en las horas de "ocio" los hijos, aún se ocupan de los asuntos municipales, por su condición de concejales. Toda una vida entregada al trabajo y a cosechar triunfos.



Institución Gran Duque de Alba

Dulzaina y tamboril

La música.

"Un idioma tan grato y persuasivo, que la nación más bárbara o inculta se rinde a su eficacia y atractivo"

Tomas de Iriarte

A mediados de la década de los setenta, la sociedad española, en particular, la juventud, influenciada por los nuevos conceptos de vida, que nos llegan a través de los medios de comunicación, en especial por televisión, hacen presagiar cambios sustanciales de comportamiento.

Se tacha de "in" a todo aquello que se considera de otra época, "carroza" a los mayores que no aceptan los cambios. Se pronuncian con demasiada frecuencia los vocablos "obsoleto" y "progre", para justificar lo que pertenece a otra época, o considerar de vanguardia, respectivamente. La dulzaina, o, más concretamente, el dulzainero, se encontraba entre los "in", lo "obsoleto".

Por entonces me lamentaba de esta "desconsideración", de esta afrenta al pasado, sin importarme que me llamaran carroza. El tiempo ha venido a demostrar, cuando oyen tocar, que estaban en un error aquellos que menospreciaban al dulzainero. Rectificación que no hay que reprochar, sino elogiar. Aquellas dudas de entonces han sido suficientemente aclaradas: la dulzaina ha recuperado su protagonismo, incluso hay escuelas donde se aprende a tocar este instrumento y, naturalmente, muchos alumnos.

Ya quedan pocos. Los pueblos se alegran con otras músicas. La dulzaina se identificó con las tierras de Castilla. A su son han danzado sus pueblos. La dulzaina y el tamboril han animado sus fiestas, han sonado en las iglesias, en los actos solemnes. La jota castellana aún no ha encontrado mejor sustituto para interpretarla que la dulzaina y el tamboril. La diana floreada invitaba a levantarse con rapidez, los pasacalles eran copias muy ensayadas, no por ello mejor logradas. El redoblar del tambor hacía vibrar a las gentes, acelerar las faenas con tal de seguirla. La chiquillería le abría paso y escoltaba desde los primeros compases. Las notas son muchas veces echadas al aire con fuerza, y el tamboril, por no desmerecer, en justa correspondencia, al unísono, repiquetea por lo bajo, con igual ardor. En los toros el redoble de tambor llamaba la atención del respetable y la dulzaina, sustituyendo al clarín, daba orden de abrir el toril. En los cambios de tercio también se hacía sonar. Si la faena lo requería, la acompañaba con un pasodoble. Los dulzaineros precedían a las Autoridades en los actos oficiales en días de fiesta. Los compases eran lentos cuando acompañaban las procesiones. Su ritmo daba la pauta para llevar el paso. La dulzaina era algo así como el resorte que ponía en marcha a las gentes. Brincar al son de la dulzaina era terminar extenuado, si su ritmo era "allegro vivache". El balcón del Ayuntamiento era su templete, cuando no el "poyete" de una puerta o una recia mesa de madera. Rigurosamente, el pasodoble abría el baile, la jota la que lo cerraba. Dulzaineros ha habido que arrancaban al instrumento sonidos inusitados. Su fama era conocida por la ancha Castilla y en las fiestas coincidentes su disputa se convertía en rivalidad. El organillo que, periódicamente, cada domingo sonaba en el salón, dejaba paso a la dulzaina en las fiestas patronales. La dulzaina olía por lo general, a vino y tabaco; el tambor no, pero porque no es instrumento que haya que llevarse a la boca. En las bodas también cantaban piropos a los novios, o cencerradas, si estos fueren viudos. De ronda sabían la forma de convencer para que abrieran el postigo de la ventana. Ya de madrugada, con los hielos, exudaba denso vapor, se enroquecía y hasta las notas salían entrecortadas. A veces el tambor, sin embargo, con el frío atirantaba su badana, sus cuerdas se contraían y sonaban más timbradas. El dulzainero y el tamborilero ya están pasados. No tienen sucesores. Las fiestas son más sofisticadas. La juventud prefiere el estruendo de una orquesta a través de unas columnas de altavoces. El estéreo de las discotecas por medio de "bafles" es lo que priva. La guitarra eléctrica y el armoniun están ahora de moda, la complicada batería ha reemplazado al solitario y humilde tambor. Los bailes trepidantes ya no se sujetan a ningún compás matemático.

Las gentes se mueven al ritmo de una música convencional. Los bailes lentos no los aceptan los muchachos de hoy. El "agarrado" es ahora un "comprimido", los "suelos" contorsiones de las más diversas facturas. La dulzaina pasó en muchos lugares al recuerdo. El tamboril ya no es capaz por sí sólo de hacer vibrar a las gentes. Los dulzaineros, los pocos que quedan, ya no ensayan nuevas canciones. Toca aquellas que llenan de nostalgia a los mayores, aquellas que para los mozos son desconocidas, si acaso han oído en boca de sus padres o abuelos. ¡Lástima que también la dulzaina quede en el olvido! ¡Lástima que ya no anime más que a unos cuantos! ¡Lástima que haya pasado a la historia de la música algo tan entrañable! ¡Lástima que no se prime algo que estuvo tan identificado con la vida del pueblo! ¡Lástima, una y mil veces lástima, que no se conserven y no en el archivo ni en el recuerdo, lo que fue consustancial con la vida de nuestros antepasados!



Institución Gran Duque de Alba

La palabra - En la solana

"Hase de hablar como en testamento, que
a menos palabras, menos pleitos"

Gracian

La solana, después del yantar, en ciertas épocas del año, invita a la charla, a soñar, o, simplemente, a disfrutar de la bonanza. En el primer caso, las mujeres de San Juan de la Nava suelen alternarla con acedera en ensalada. De esta mezcla salen comentarios muy sabrosos. La crónica recoge el espíritu de estas tertulias; las acederas mojadas en aceite, vinagre y sal son los ingredientes, que estimulan el coloquio, o de otra manera, dan que hablar.

Comentando mi inexperiencia en botánica y más concretamente sobre la acedera, mis entrañables amigos, doctor en Medicina, don Federico Roncal, y licenciado en Farmacia, don Francisco Femenia, me brindaron su colaboración para catalogar esa planta y estudiar su inocuidad o toxicidad posible, llegando a la conclusión de que se trata de la "Rumex acetosa", de la familia de las poligonáceas. Planta herbácea, medicinal, comestible. Se caracteriza por sus hojas lanceoladas, nervada, (multinervio) y dos lóbulos en los extremos inferiores, hacia la base, con raíz principal de donde parten otras secundarias.

Su acidez, o sabor agrídulce, resulta agradable al paladar, sobre todo tomándola como ensalada. Hasta aquí los expertos y los términos científicos. Ahora la exposición del tema:

Un postre que hace las delicias de las mujeres "casadas", y no tanto por sus excelencias sino a lo que da lugar.

Hemos catalogado la planta por saber si tenía propiedades que estimularan la palabra o exacerbaban las ansias de integración de los seres femeninos en un corro colectivo; hemos investigado si la acedera posee propiedades que exciten el sistema nervioso o, por el contrario, le relaja y la agresividad que pudiera haber en toda crítica se transforme en dulces y delicados comentarios, sin advertir ni ligeros indicios patógenos, ni víricos, ni tampoco bacterias, de lo que se deduca que esta planta es además de comestible, "inofensiva", es decir, que no tiene contraindicaciones. Sin embargo el cuadro clínico que presentan las señoras cuando se juntan a tomar esta "ensalada" reúne unas peculiaridades un tanto desorientadoras y de resultados imprevisibles.

La motivación y metodología eso poco más o menos ésta: Por la mañana alguien se encarga de recoger en algún prado unas cuantas hojas. Generalmente lo hacen las señoras que tienen más cosas por decir, o qué callar; los que tienen ligeras sospechas y no quieren vivir con esa angustia; las que esperan o desean provocar algún acontecimiento; las que no aprueban el comportamiento o veleidades de otros vecinos o vecinas y rabian por decirlo; las que gustan de reír las presunciones y ponerle un contrapunto; los que piensan y dicen incogruencias para averiguar cómo piensan las demás; las que quieren gobernar el Municipio, incluida toda casa de vecino; las que quieren hacer de pacifistas o abogadas del diablo cuando surge la polémica o el pleito; las que quieren conocer el último chascarrillo o gastar una chanza. Pero cuando no les "vaga", envían a unos muchachos.

Las acederas, aunque fáciles de distinguir, son arrancadas con heno; escogerlas forman parte del "entretenimiento".

Después de yantar, cada cual en familia, en su hogar, y cuando el hombre vuelve al campo y los muchachos a la escuela, las mujeres se dan cita en el corral de determinada casa. Allí, a la solana, forman un corro; en el centro ponen un vaso de grueso vidrio y ancha base, con aceite, vinagre y sal. Se reparte pan en rebanadas a cada una y todo queda dispuesto para llevar la acedera al vaso y bañarla. Es un postre que hace las delicias de las casadas y no por sus excelencias sino por lo que el manjar da que hablar.

Sondear la opinión de un hombre sobre el particular y tradicional acontecimiento, que a diario se repiten en distinto corral, puede resultar arriesgado, pues, si bien la gran sinceridad de estas gentes no es menor

a su bondad, podrían molestar a estas mujeres casadas que hablan porque no tienen otra cosa mejor que hacer y porque están convencidas que con ello no ofenden a nadie, sino que lo digan cualquiera de las presentes. Y como los corros son varios y se repiten, tienen oportunidad, las que salieran mal paradas un día, por defecto o forma de un comentario, responder, defenderse y convencer de lo contrario en la próxima convocatoria o ensalada.

Quienes dicen que los corros sólo son "sollaeros" de los demás no están en lo cierto, piensen que el ser humano es social y debe comportarse como tal, por ello no es aconsejable faltar a las "juntas de solana" si quieres evitar que hablen de ti, aunque sea bien.

Perdonen, si a través de éste comentario puede haber llegado a pensar alguien que en este pueblo las mujeres son más... "cotillas", como vulgarmente se moteja a la charla cotidiana y entre amigas, pues nada más lejos de mi intención, por la gran simpatía que siento por todo lo de este pueblo, pues lo que realmente he pretendido es dar a conocer un nuevo matiz de lo que es tan viejo y anacrónico como la propia humanidad; el parlamento y, aunque no tanto, la ensalada de acederas.

Institución Gran Duque de Alba

El herradero y el herrador

"Nada tan estúpido como vencer; la verdadera gloria en convencer"

Víctor Hugo

Aún se conservan algunos, aunque quizás haya que advertir que, no en todos los pueblos existían, ni tampoco en todos se erraba. El herrero, que también hacía el oficio de herrador, solía hacerlo a la puerta de la fragua, ayudándose del dueño del animal que había que calzar, y de las cariñosas o tranquilizadoras palabras que le dedicaba para que no replicase con malos modos; embistiendo o soltando coces. En el potro se sometía al animal a la quietud; la fuerza y el genio se vencían, estaban atados.

Los jóvenes se quedan perplejos, los niños preguntan: Papá, ¿qué es esta casa tan rara? No tiene puertas, ni tejado, ¿está sin terminar? Es pequeña, ¿dónde van a poner el cuarto de los abuelos? ¿verdad que es muy fea?

El padre que tiene la obligación de responder, al menos los hijos les creen en posesión de la verdad y el saber todo.

Como el padre no tenga respuesta, se limita a aseverar: "No hijo, no es una casa". La verdad, más parece un monumento de la época primaria. Ya te explicaré que significa cuando tenga tiempo, ahora vamos a... (un pretexto para no seguir errando).

El concepto del niño, inverosímil; el del padre un desconocimiento de historia y, por supuesto, de las labores rurales.

Cierto que el "monumento" donde se herraban los animales de tiro o de labor, es ya poco frecuente. Los avances técnicos lo han prostituido, para fiasco de los papás, utilizado para menesteres deshonestos, para ejercitar los músculos cuando alguien quiere demostrar sus biceps, o poner en ridículo a algún personaje que se le supone que su pareja no le es fiel (Hay muchas formas de forzar la utilidad del potro).

El Herradero o potro dejó de tener sentido desde que la mula se ha mecanizado, desde que a los caballos se les ha puesto ruedas neumáticas, desde que las vacas han conseguido librarse del yugo y la aguijada, y crían y pastan placenteramente en el prado. Queda algún burro al que calzar, pero el herrero se las ingenia para ponerlo a tres patas o trabarle hasta que coloca el hierro, vamos, la herradura y recorta el callo.

El herradero, en tiempos, fue la "zapatería" de los animales de tiro o trabajo, lugar donde la curiosidad de los ociosos se saciaba con lo que allí se hablaba (cosas del ganado, del campo, y vaya Vd. a saber si la indiscreción, a veces, dejaba traslucir alguna intimidad, cosa de poca importancia).

Este "monumento" para unos les trae muchos recuerdos del pasado, a los más jóvenes a penas si aciertan a saber para qué han servido, o sirven de manera casual, las piedras. En cualquier caso, el potro debe conservarse y explicar el empleo que se le ha dado en tiempos.

Nuestro pasado, queramos o no reconocerlo, está también en esas piedras donde se trababa a los animales, que labraron estos campos, que acarrearón las mies y tiraron del trillo, que rompió la espiga en mil pedazos, y transportó al molino y se hizo harina y pan y... Esto es historia, amigo mío, querido niño, aunque contemporánea.

El alquimista

"La gente huye del cólera, y sin embargo no se aparta del alcohol, que es una plaga que produce muchísimo más daño"

Balzac

Sería pretencioso llamarle fabricante de aguardiente. Era el tío..., el del aguardiente, (aguardientero), como se le conocía al alquimista que con su alambique obtenía del hollejo de la uva, el orujo. Un oficio en extinción; por otra parte, poco común en la provincia. Inexplicablemente, porque bastante gente "gusta" de combatir el frío con una copita de orujo todas las mañanas, lo que da que pensar que producían mucho o se traía de otras provincias.

No comparto la idea que fuera el modo de calentar el cuerpo, como aseguran algunos, menos si antes no se había desayunado bien (leche migada, sopas de ajo y detrás un torrezno o un trozo de tocino untado en pan).

Eso sería motivo de otro análisis; ahora nos ocuparemos del alambique y el tío Vicente.

EL ALAMBIQUE

La vieja técnica de obtener el aguardiente.

Un olor fuerte puso mi pituitaria alerta. Algo se cuece por estos pagos. Efectivamente, a medida que me acercaba, mis dudas se iban disi-

pando, hasta que mis narices dieron con una modestísima "fábrica", en la que un alambique de cobre ennegrecido por el humo y los años, con ciertas cicatrices curadas a fuerza de soplete, de panza abultada, "grose-ra" y ancha boca soportaba el calor de la lumbre de unos maderos viejos de derribo que ardían resignadamente, sin crugir ni chisporrotear.

—¡Buenas tardes!... Por favor, ¿podría decirme que hace?

Don Vicente Varas, sin duda no entendió mi intención y supuso que lo que pretendía era exigir explicaciones, más que solicitar información.

—Está bien claro, estoy haciendo aguardiente. Pero estoy autorizado. Ahora verá, aquí tengo el papel de Hacienda que dice que esto es legal.

Por más que le aclaro que no me interesa, que me guía otra idea muy distinta, busca nerviosamente, "el papel" hasta que lo encuentra y me obliga a leer.

—Ve Vd..., lea. Esto es muy serio. Aquí pone el día y las horas que podemos trabajar. Con la Hacienda no se pueden gastar bromas. Una vez más traté de tranquilizar al "alquimista", derivando la conversación hacia el terreno de lo espectacular y sugestivo.

—¿De quién ha heredado el oficio?

—Lo aprendí de mi hermano Emilio, de niño. Aún "rezan" los "papeles" a su nombre.

—¿Le gusta el aguardiente?

—Ni catarlo, por eso, para saber si sale bueno, me guio por lo "claro" y por lo bien que arde, como este por ejemplo.

Me muestra en un vaso al trasluz las primeras gotas que cayeron de la destilación y luego las arroja al fuego. Doy fe de que no se observan impurezas y se ven las cosas a través del vaso con mayor dimensión, aunque algunas nos resulten extrañas por su grandeza; también somos testigos que la lumbre se sintió agradecida cuando devolvieron a ella, como si de un extorno se tratara, algo de lo que ella produjo, las llamas se avivaron y alcanzaron mayor altura y se tornó azul cobalto y verde esmeralda y amarillo intenso, por breves instantes.

Pero para conseguir esto explíquenos su proceso.

—Se llena la olla, como Vd. ha visto, de “casca” (hollejo o pulpa de uva).

—Permítame, ¿compra Vd. la cáscara?

—No señor, algunos me la dan a medias, otros me dan treinta duros por cada carga de olla y leña. Claro que si no sale bueno, no cobro el trabajo.

¿Y qué capacidad tiene este alambique?

—Unos cincuenta kilos de “casca” p’a sacar 6 litros de aguardiente, si la uva estaba madura al cortarla y si no le han “echao” agua, porque entonces no sale nada.

—Pues está claro, con la uva se puede tener aguardiente de 60, 70 y hasta 80 grados, pero cuando a la uva la ha “castigao” el pedrisco alguna “casca” no sirve p’a nada. Este año es malo porque el pedrisco partió muchos racimos y, aunque retoñaron, maduraron mal.

—¿Esto quiere decir que el aguardiente de este año se puede tomar con tranquilidad, es decir, como agua?

—No señor, la “casca” que lo da malo, se tira, no arde bien. Y aquí lo que interesa es que no esté turbio y caliente bien. Y este año hay a quien le ha “tocado” la piedra más, y a quien no.

—¡Oiga!, todos los que hacen vino y aprovechan la cáscara, han de ponerse de acuerdo con Vd. para hacer el aguardiente.

—Claro. Yo les digo a cada uno cuándo tiene que correr el vino; ya sabe, trasegar el vino fermentado a otra tinaja o barriles.

—Otra curiosidad, ¿cuánto tarda en empezar a destilar, y durante cuanto tiempo?

—Eso depende de la lumbre, pero aproximaadamente “p’a” que empiece, una media hora y hasta que termina, si el año es bueno, unas tres horas, pero este, como le he dicho, no es bueno, con una hora es sufi-

ciente. Este año no se va a sacar "p'a" pagar a la Hacienda, aunque se pague por horas de trabajo.

—¿Y si el vino se ha picado se puede hacer aguardiente con la cáscara?

—Sí, señor; pero saldrá también "picao". Mire yo no lo hago, porque el aguardiente que nosotros hacemos es "p'al" gasto de casa, de los vecinos.

—¿Qué otros productos elabora Vd.?

—Aquí lo más que se hace es concentrarle más, si se quiere. Limpia la olla, se echa el aguardiente y sale más refinado. Mi hermano Clemente llegó a ponerle una bolsa de anises en el tubo y así consiguió que tuviera ese sabor. También me acuerdo que le echó café una vez y que estaba bastante bueno.

—¿Cómo se explica que Vd. no lo tome? ¿Es que no le gusta?

—A fuerza de respirar este olor casi termino borracho, pero a decir verdad es que prefiero mejor un vaso de buen vino.

—Para terminar, ¿quiere hacernos una descripción del alambique? ¿vamos, decírnos como es?

—Es tan sencillo que no tiene nada: la olla, donde se echa la "casca" y la cabeza, donde va el serpentín, y donde se le echa el agua "p'a" que (cuanto más fría mejor) se enfríe el vapor y salga el aguardiente por este tubo. Una vez que termina de salir, se vacía el agua para sacar la cabeza y volver a llenar la olla.

Sinceramente lo ha hecho Vd. muy bien, como le salga el aguardiente tan bien, seguro que será digno de medalla.

Ya lo saben los cosecheros de vinos, si quieren hacer aguardiente por uno de los procedimientos más arcaicos y primitivos alambiques, antes de correr el vino, póngase en contacto con dos Vicente Varas, de San Juan de la Nava, que les hará una excelente destilación de aguardiente de orujo y podrán presumir que esta elaboración trae un precinto de garantía: la ilusión y el celo de las obras de un viejo artesano de la vid y

de su fruto, pues además de "alquimista" es jornalero del campo, pero del campo de viñas.



El alcalde

"Para verdades, el tiempo, y para justicias, Dios".

Refranero Castellano

La elección de Alcalde, como sus comportamientos, varían según los tiempos, o, más exactamente, la política del momento.

Sin embargo en el medio rural, concretamente en nuestros pueblos, ni siquiera la transición democrática ha hecho variar los conceptos de autoridad que deben concurrir en él. Ha de ser, ante todo, justo a la hora de discernir lo que más conviene al pueblo; cauto, cuando no está decantada una gran mayoría; honesto, porque sólo así puede ser respetado; y saber escuchar, porque de oír al que clama o reclama, puede llegar a una prudente conclusión.

Siempre ha habido, pese a ser nombrado por el pueblo, quienes han ejercido con autoridad y sensatez y quienes han dado muestras de debilidad o despotismo. Antes existía más conformidad y aceptaban cuanto dictaban: "...lo ha dicho el Alcalde". Aún cuando no dejaban a veces de reconocer y censurar, en tonos no muy agresivos, que era "una alcaldada".

Solía ser, por lo general, uno de los mayores contribuyentes. Tal vez porque sus intereses se vieran más afectados, pensasen que estaría más obligado a defenderlos y, en buena lógica, también se beneficiarían los de los demás; quizás porque ello le permitía cierta solvencia y, consecuentemente, mayor ecuanimidad.

Aquellos alcaldes, tantos años en posesión de la vara, incluso se transmitía de padres a hijos, eran una identidad que pocos discutían.

La alcaldesa, (mujer del alcalde), en algunos casos dominante en el matrimonio, repercutía en la función del alcalde.

Tiempos en que los Concejales se conformaban sólo con presumir del cargo; la autoridad residía en la casa del Alcalde. Las decisiones de la Corporación se urdían de puertas a fuera del Ayuntamiento, o lo que es lo mismo, de puertas adentro de la casa del Alcalde.

La vara, símbolo de acatamiento. Sólo por los tres días más significativos de la pasión de Cristo (jueves, viernes y sábado santos) depositaba el Alcalde el bastón en el altar mayor en señal de sumisión a las leyes de la Iglesia. Un mero trámite que, salvo en raras ocasiones, es decir, cuando existían enfrentamientos o encono con ésta, no se cumplía el rito. Ello era motivo de críticas e incluso le llevaba a la pérdida de autoridad.

En aquellos tiempos, como si nos refirieramos al periodo de piedra, la iglesia ejercía poder sobre la Alcaldía. A veces ciertas decisiones habrían de pasar por la sacristía, vamos, del señor cura párroco, porque de lo contrario era fácil que desde el púlpito se oyera la voz disonante.

El Alcalde, el buen alcalde, era aquel que se entendía con Dios y con el pueblo; el que sabía "dar a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del Cesar". Algo que, pese a algunos escépticos, ahora y siempre deberá tenerse presente, lo contrario será ir en contra de las leyes divinas. "Suum Cuique" (A cada uno lo suyo).

La nueva Ley de Régimen Local y la democratización del país inquietan, en cierto modo, a un gran número de alcaldes, pues por su larga vida en el desempeño del cargo, han de ser refrendados por los votos de los Concejales, para ser reelegidos, en el supuesto de que no se presentaran otros candidatos.

Esta inquietud se acrecienta, tanto más, cuanto su labor al frente de la Alcaldía ha sido meramente representativa.

Esta idea lleva a "cada hijo de vecino" a repasar exhaustivamente la labor que este ha realizado en beneficio del pueblo, y también, ¿por qué

no aquellas otras que pudo conseguir si su gestión no hubiese sido apática? Estos días la frase "en todas partes cuecen habas", ha adquirido autenticidad, pues en cada cocina del pueblo se hacen composiciones y sustituciones caprichosísimas; cada miembro de familia aporta incluso su candidato, es decir, que en la imaginación de todo vecino, aunque no esté en su manos decidir o el poder de elección, busca la persona que a su juicio cree puede cumplir mejor.

Cierto que pueden influir, indirectamente, en los concejales, pero esto es, en muchos casos, improbable, sin embargo lo que verdaderamente no admite duda es que todos están intersados por tener un alcalde que les represente dignamente.

Conviene puntualizar, en favor de los que presiden actualmente la Corporación Municipal, que su labor no se limita a lo que vemos ya materializado, sino que pueden haber emprendido importantes gestiones tanto en número, como en interés que no verán la luz aún en mucho tiempo, dada la complicada burocracia que han de seguir hasta que se emitan los créditos y el compás de espera que han de soportar en atención a casos prioritarios por su transcendencia.

De todo esto se desprende que antes de emitir nuestro candidato particular, deberíamos conocer los proyectos que se han planteado los alcaldes, conocer su programa futuro y también la ilusión y empeño por realizarlo.

Estas líneas no son más que una consecuencia recogida de las conversaciones con algunas de las primeras autoridades de pueblos.

Creo, sinceramente, que alguno sentiría abandonar la Alcaldía sin ver cumplidos sus proyectos; otros, posiblemente, sus sentimientos no tendrán grandes obras en que apoyarse. Por eso conviene, repito a la hora de censurar la labor del Alcalde conocer sus propósitos, las dificultades que ha de vencer, sobre todo cuando el erario Municipal es corto, cortísimo, y las ayudas de la Administración no son tan generosas como se pretende, o se puede suponer.

Posiblemente, muchos de los que se meten en el complicado "juego" de brindar candidatos, no tiene conocimiento exacto de lo que se exige a un Alcalde. Piensen que aquel que creían con méritos no lo iba a hacer tan bien; que Alcaldes puede haber muchos, tantos como veci-

nos, pero buenos Alcaldes, pocos, poquísimos. Piensen, y esta es la última reflexión que quiero hacerles a los que buscan Alcalde, que este no tiene más retribución que la satisfacción propia y la de los vecinos, cuando acierta en la gestión; por el contrario ha de restar a sus quehaceres personales muchísimo tiempo, el que precise su cargo, privándoles de los ingresos que este represente, pues de otro modo la Alcaldía cae en el marasmo y esto es lo peor que puede suceder a un pueblo.

Mis líneas pueden parecer que abogan por todos los alcaldes que ostentan hoy el cargo, nada más lejos de la realidad. Sólo he pretendido llamar la atención de aquellos que creen que ser alcalde es "oficio" fácil, y también de aquellos que tal vez pensaron en cierto individuo porque conviene a sus intereses particulares. La elección, de ahora en adelante, incluso de los propios Concejales, cuando llegue el momento, entraña gran responsabilidad si verdaderamente buscas el engrandecimiento de tu pueblo, si realmente, quieres a tu pueblo.

Barbero y sacamuelas

"Barbero, loco o parlero"
"Ni barbero mudo, ni cantor sesudo"

Refranero Castellano

Oficio que fue ejercido, en el ámbito rural, en gran parte, por aquellos que no podían ocuparse de tareas más sacrificadas, que requerían más fuerza y agilidad, bien por ser de débil constitución o padecer una tara física. Así era fácil que quien rapaba barbas o cortaba el pelo estaba quebrado, jorobado o era de frágil contestura.

A veces el destino no le dejó otra opción para elegir más que el peine y las tijeras. Tal vez una caída de pequeño le quebró la columna, o un accidente en el campo, o con el ganado, le dejó manco o cojo, lo cierto es que salvo cuando no era por continuidad familiar, accedían los lisiados. No requerían grandes desembolsos, ni siquiera aprendizaje. Las gentes eran compasivas y tolerantes. Que más daba trasquilón más o menos, lo importante era que lo "pelaran". A fin de cuentas, como dice el refrán, "...a los tres días iguaiado".

Se hacían habladores y hasta un poco noticieros de lo que acontecía en pueblos comarcanos, e incluso a nivel nacional, pues se preocupaban de leer la prensa, escuchar la radio de galena y afinar el oído cuando alguien, enterado, comentaba hechos de la Corte y Villa de Madrid. Se daba el caso que a veces ponía fin a discusiones entre vecinos, porque le suponían mejor enterado y su opinión más próxima a la verdad. Otras veces, la peluquería era lugar de tertulia y de encuentro. No necesariamente debía tener el pelo largo; eso era una disculpa para provo-

car el encuentro y enterarse de las noticias más palpitantes de la actualidad. A veces el barbero se integraba de tal modo en la conversación que el corte de pelo se prolongaba bastante más de lo que empleaba en circunstancias normales; otras, el baño del afeitado ocultaba boca y ojos del cliente, o le llegaba al ombligo y tenía que recordarle que estaba anegado, mudo y ciego. Pero no sordo, solían argüir, entre risas y bromas los demás.

En algunos barberos se daba la doble condición de sacamuelas. Ni que decir tiene que ponía tanta voluntad el barbero como el que se sentaba en el sillón. Todo era cuestión de aguantar el tirón y seguir los "consejos" del barbero, que a fuerza de repetir, los vecinos, para gastarle una chanza le devolvían el sarcasmo: "aguantar y aguardiente es sólo de valientes".

El sillón, hoy es una reliquia, de madera, amplio, con reposabrazos, o asideras, según la utilización, de respaldo elevado para reposar la cabeza sobre la almohadilla o almohadón que colgaban sobre él, cuando se trataba de afeitar o de hurgar en los molares.

Esa estampa que tantas veces nos han dado del barbero, forcejeando con la muela de un paciente, más exacto sería decir desesperado por el dolor, suele ser un tanto exagerada. Por lo común el barbero sacamuelas tenía, más que fuerza, cierta habilidad para extraer las piezas, e incluso para reponerlas. Empleaba attaches "sui generis" para engarzar la pieza que por su tamaño podía encajar, más o menos bien, en el hueco que había dejado la original con las de al lado; vulgarmente se conoce por puente. Con el tiempo algunos llegaron a dominar las técnicas modernas, de tal forma, que compiten con los protésicos de la nueva escuela.

Puede parecer extraño, pero he de confesarles que en cierta ocasión me encontraba molesto con un puente y una corona que me había hecho en una clínica acreditada y, por insistencia de unos amigos, acudí a uno de esos artesanos. Cual no sería mi sorpresa que, cuando abrí la boca, cogió el torno, me sacó el puente murmurando: "esto que le han hecho es una verdadera chapuza". Me tomó medida y me dijo: "dentro de dos días podrá Vd. comer hasta "carne valiente". Efectivamente, durante varios años no se me resistió ni siquiera la carne "valiente", que para aclaración de algunos diré que esta definición equivale a esta otra más vulgar "... más dura que la suela de un zapato".

Este personaje aún puede encontrarse en algún pueblo de nuestra provincia, lo que ya no es fácil encontrar son los que se sienten en el sillón para sacarle las muelas; prefieren el dentista. Tampoco se corta el pelo al "tazón" como decían aquellos que otorgaban falta de profesionalidad en tono jocoso a los inexpertos peluqueros; ya casi todos han asumido las nuevas técnicas: el corte de pelo a tijera o a navaja, el labado o la laca no ofrecen ya secretos para nadie; lo mismo que en un peinado "punk" que un "gebi", el "afro", "espinete", o melenas. La televisión y las revistas especializadas les tienen al día.

Institución Gran Duque de Alba

Ventas y ventorros

"Jamás se pagan los servicios hechos al justo precio, ni al debido tiempo".

Joaquín Setanti

Las ventas han sufrido un substancial cambio en unos años. Los sistemas tradicionales agropecuarios han sido modificados con la nueva tecnología industrial. El arado romano y la vertedera son sustituidos por el tractor; la mula y el carro por el HP (Caballo de fuerza) y el camión; el pastoreo por la estabulación; el recadero o mensajero por el teléfono, la radio y televisión. La conquista social que supone para la clase trabajadora el automóvil cambia los modos de vida. Estos cambios, indudablemente, son la causa de que no haya arrieros por los caminos, ni reatas; que las distancias se hagan cortas; que la trashumancia del ganado se realice en camiones. Ya no existen razones que justifiquen estos lugares de descanso, ni necesidad de repostar. El ventero, apegado a su negocio, no se resigna a perder su condición profesional, en ceder al progreso su bien acreditada hospitalidad, y convierte su casa y cuadras en mesón.

Son modificaciones, sin embargo, que procuran conservar el carácter de la época, porque sabe que así seguirá teniendo aceptación por esos nuevos visitantes que recorren kilómetros ávidamente en busca de lugares legendarios que recuerden el pasado o que ofrezcan la naturaleza en su más pura esencia. Han surgido ansias por hacer turismo, de saborear aquellos manjares que hicieron famoso los viajeros de antaño. Cocina casera, basada en los productos autóctonos y elaborada con peculiar gusto o gracia. Esta fórmula mantiene aún hoy las ventas aquellas

que en el pasado, era también abrigo de caminantes y encuentro de trantes, de ganado en particular.

Quizás fuera bueno recordar que en las ventas se "cruzaban" animales, se compraban, vendían y alquilaban.

La estancia era corta. Algunos apenas si daban una cabezada en un escaño al lado de la lumbre, o en un jergón de paja, junto a las mulas; la cama de colchón de lana, somier de muelles o sábanas almidonadas quedaban para los privilegiados.

El precio era tan miserable como pudiera ser el tenado, cubierto de retamas, sobre el que se guardaban las bestias de los frios o el calor, según fuere invierno o verano, tanto como la palangana de porcelana en la que lavaban sudores y penas, sobre todo, o el "escusado" donde vertían "tosinas", escrementos y convertían en muladar. Lo que verdaderamente importaba era que diera bien de yantar y el vino fuera recio.

Aquel ventero, dispuesto a apagar la sed del que llegaba y ofrecer, según la hora, unos tacos de jamón, huevos fritos o un trozo de chorizo o queso, hecho en casa, sigue aún de anfitrión en muchas ventas y ha incorporado a su "tente en pies" otras "tapas". Otros han dado el relevo a sus hijos; la cuestión es mantener el patrimonio y seguir sirviendo a caminantes; ser parada casi obligada por el enclave, los manjares apetitosos, los recuerdos y el precio. Dice nuestro refranero, refiriéndose a "los cuartos": "En venta y bodegón, paga a discreción".

Naturalmente, en aquellos tiempos el ventero aplicaba criterios distintos, aún cuando pareciera que se daban las mismas circunstancias; actualmente se aproximan más a los precios de mercado, por imperativo de la Ley. La carta de menús en las ventas aún no han conseguido reemplazar a la "retaila" y al consejo del mozo o del ventero.

Las ventas, establecidas en puntos clave de nuestra provincia, tienen asegurada su continuidad, porque, a pesar de las recomendaciones dietéticas, los españoles somos dados a la cocina tradicional, rica en féculas y grasa. No resistimos la tentación de "pecar" cuando tenemos la oportunidad de comer un cocido, "rico de viandas", o alubias con chorizo, o con liebre; asados, carnes y de postre arroz con leche, natillas o flan, además de las frutas, y si se terciara, que casi siempre se terciaba, mantecados, pastas o yemas pueden completar un buen yantar.

La chica de teléfonos

"No hables en manera alguna, hasta que tengas algo que decir"

Carlyle

La chica de teléfonos, o la de teléfonos, nada tiene que ver con las telefonistas de ahora, las diferencias son substanciales, no sólo por los avances tecnológicos sino por la consideración social y la establecida por convenios; "señorita operadora".

El automatismo las privó de que intervinieran en todas las conversaciones, perdón, en las llamadas; el aviso telefónico ha sido otro de los "encantos" de la época: "Fulano, un aviso para las cinco". Era como presagio de malas noticias, más bien de incertidumbre. Al igual que el telegrama, era opinión generalizada que se empleaba sólo para dar noticias sorprendentes, desagradables. ¿Qué sucederá? Algo malo pasa. Y es que para las noticias cotidianas estaba el correo, la carta.

En cualquier caso la demora de la comunicación daba ocasión a la chica de teléfonos a tranquilizar al que esperaba: no te preocupes, verás como es sólo para saber de ti. Y empezaba la investigación; cuando se había escrito y si "debía" respuesta, o de encontrar algún motivo que justificara la llamada. Generalmente, al final llevaba razón. Las gentes fueron, con el tiempo, acostumbrándose a que por teléfono, igual que por telegrama, se transmitían otros mensajes, hasta tal punto que para muchos empezó a resultar más cómodo que hacerlo por carta.

Aquellas chicas de teléfonos, sin embargo, fueron objeto de improprios cuando se retrasaba la llamada, o se cortaba la comunicación, o

no se oía y hacía incluso que interviniera ella para aclarar algunas cosas. Eran fallos técnicos no imputables al ser humano, pero claro, quien podía entenderlos era la chica del teléfono, no el usuario.

En memoria a aquellas "sufridoras" chicas, dedico estas líneas, con mi admiración.

LA DEMORA Y EL LOCUTORIO TELEFÓNICO

Este verano ha sido riguroso en calores y, naturalmente, en sudores, sobre todo para aquellos que han tenido la dicha, a pesar de todo de veranear en Navaluenga.

El clima no ha sido la causa de bañarnos en sudor, de activar las glándulas sudoríperas. En Navaluenga la temperatura no permite que el termómetro se sienta saltarín y brinque más allá de esa línea que permite gozar del ambiente, y sentirse feliz. Sin embargo, quien ha tenido necesidad de hacer uso del teléfono, seguro que el termómetro particular de cada usuario ha alcanzado temperaturas insospechadas. Imagínense que tratan de conferenciar con la Central y ni siquiera el chirriar de la corriente, ni el tenue sonido que precede a la llamada, ni el castañear marcando un número les aliente... ¡Para sudar, pensando que tenemos que salir en plena siesta a informarnos cuál es la causa! Si esta rebeldía se repite sucesivos días, los sudores pueden dar origen a un charco.

Si esto fuera todo nos hubiéramos dado por satisfechos.

Para elevar más nuestra "temperatura", y perdonen, pero el comportamiento es otra cosa, la explicación de que la gentil telefonista no recibiera nuestras llamadas era porque algunos pilotos, según su propia versión, se habían fundido. Lo que se demuestra que la calidad de estos simpáticos "chivatos" no son todo lo bueno que cabe destacar, porque no han actuado como tales, se funden nada más entrar en servicio y el celo por sustituirlos no corre pareja al fenómeno de nuestro tiempo, la "impaciencia".

Otra cosa bien distinta era a la hora de solicitar conferencia, cuando la suerte nos sonreía y conseguíamos establecer contacto con la señorita de la Centralita.

Hablar con Madrid... va para largo... La demora..., ¡vaya usted a sa-

ber!... Tengo delante... diez, veinte, ¡que más dá el número!... esperando como usted, hablar con quien sea.

Eso, la cosa es hablar con quien sea. Si no me da Madrid, póngame Ávila...

Están sobrecargadas las líneas, señor, y ni siquiera con el pueblo de ahí, al lado, ese que tocamos casi con la mano es posible hacernos oír.

Señores, ¡para sudar!...

Cuando, algunas veces, nos sentimos felices porque hemos logrado establecer línea con el número deseado: pipi; pipi; pipi. Es natural, señorita, que no conteste. Pedí la conferencia a las diez de la mañana y es la hora de comer. Se trata de una oficina. Otras; pi, pi; pi, pi; pi, pi.

¡Qué fastidio ahora que lo teníamos ya casi a la oreja... Insista, señorita, no se lo deje marchar. Sí, sí; dentro de media hora. Bueno lo de media hora son las normas, después... Compréndalo, el mundo no se siente sólo. A pesar de la teoría de algunos científicos, tienen con quién hablar, sino que se lo pregunten a la Telefónica.

Para sudar, mejor para no sudar. Bueno, ya no sé para qué, pero la verdad es que el locutorio de Navaluenga este verano no tenía puerta, por lo segundo me figuro.

Unos adoptaban posturas un tanto difíciles, refugiándose para que en el espacio mínimo del rincón el tema de su conversación no fuera oído por los que aguardaban turno. ¡Vaya usted a saber con quien habla y qué habla! Ni les interesa. Otros no sabían donde apoyar un papel para tomar unas notas y requerían el auxilio de alguien que se brindara a hacerlo; otros gritaban como cosacos, más que un grupo de cosacos, ayudados por la mamá... "política" por aquello que tienen tan mal cartel, que les dictaba lo que tenía que decir: Como si a nosotros nos importara que "Pepito viniera el domingo y le trajera el paraguas por si llovía". ¡Qué lo esperaban sin falta! No por lo del paraguas, sino porque lo pasaría muy bien, sin tantos agobios como en Madrid.

He llegado a la conclusión que ya que tenemos la imperiosa necesidad de hablar, por favor, que la Compañía Telefónica nos lo haga más fácil, nos facilite la conferencia al instante, o casi al instante, o por lo me-

nos con el aliciente de oír de la señorita telefonista que antes de... (lease X tiempo) nos ponen al habla con el número deseado, es decir, nos da la seguridad de que el piloto cumple "como Dios manda" y, finalmente, si no fuera mucho pretender, que el locutorio de Navaluenga y la "sala de espera", se modernicen un poquitín. Entonces posiblemente soportaríamos con más paciencia esas demoras, porque al fin, cuando lográsemos conectar con..., nos daríamos el placer de desquitarnos y charlar cosas aún más intrascendentes, sin tantos sudores.

El maestro

"Excelente maestro es aquel que, enseñando poco, hace nacer en el alumno un deseo grande de aprender"

A. Graff

La imagen de aquel maestro que escondía sus dificultades económicas por la dignidad y respeto que llevaba implícita su profesión, ha ido borrándose de la mente de las gentes: "Pasas más hambre que un maestro de escuela", decían peyorativamente cuando alguien pasaba necesidades, bien porque su sueldo no las cubría, o porque, simplemente, su aspecto ofreciera signos de debilidad. No era exactamente cierto que pasaran hambre, pero lo que no puede negarse es que su "paga" no se correspondía con la distinción que había de mantener ante la sociedad. Los vecinos, que sabían del respeto que se debe a las personas cultas, esforzadas por transmitirle sus conocimientos, las compensaban obsequiándoles con ciertos regalos.

Tiempos difíciles en que la escuela era unitaria y la enciclopedia único texto; ni la relación alumno-profesor, concepto que, ni siquiera se tenía en cuenta; los recursos estaban supeditados a la capacidad y voluntad del maestro: "Enseñaba bien; era un gran maestro", frases con las que se recuerda a quienes tenían que impartir incluso "urbanidad" y enseñaban algo fundamental, moralidad, aunque los más indisciplinados tuvieran que sufrir para entenderlo. Claro que para que comprendieran mejor la lección, predicaban con el ejemplo: puntuales a la hora de entrar, pero no a la de salir. Frecuentemente se imponía el castigo de quedarse en la escuela con aquellos que no habían comprendido la lección, habían estado desatentos a las explicaciones o habían hecho novillos;

también se obligaba a dar clase a aquellos que por atender tareas de trabajo que les imponían los padres, y las necesidades, no podían asistir dentro del horario normal. La escuela era para el maestro su vida; fuera de ella se desenvolvía mal, porque era difícil encontrar con quién hablar de los temas que constituían su preocupación. Todo lo más, se limitaba a hablar de la conducta de sus alumnos, de la inteligencia de unos y la torpeza o dificultades de otros.

Aquél maestro, que todos recuerdan por su nombre, merece hoy, como ayer, el aplauso y la admiración de sus discípulos, y también de aquellos, que sin serlo, saben de la abnegación que dedicaron a su magisterio, por encima de adversidades y comentarios injustos, "aunque sin ánimo de ofender".

Este comentario precede al homenaje que un día unos alumnos dedicaron a su maestro, a ese maestro que ha existido en cada pueblo.

HOMENAJE DE LA JUVENTUD A UN MAESTRO

Cuando supe que un numeroso grupo de estudiantes iban a rendir homenaje al maestro que, tras dilatada labor docente, alcanzó la jubilación, no pude sustraerme a la idea, de sumarme a éste con unas líneas, precipitadas, pero no por ello menos sentidas.

El hecho de que la juventud, esos jóvenes tan criticados hoy, tachados de irresponsables, de inmatereales, de extrovertidos y defectos, quieran manifestar con su conducta que no se les hace verdadera justicia, ya es digno del comentario.

Sospechaba que debajo de las melenas, dentro de un niki psicodélico o de unas gafas de "plató" se escondían esos sentimientos que los identifica con el pasado (el respeto, la ternura, lo bello), pero confieso que sólo era una vaga sospecha apoyada en la razón lógica de que no dejan exteriorizarlos, de que los jóvenes no se muestran tal como son.

Estos jóvenes hoy quieren dedicar a don Moisés del Peso, al maestro, el afecto, y el reconocimiento a su magistral vida dedicada por entero a la docencia.

Pero la verdadera justificación del premio a esta labor se debe a que sus principios tuvieron por cuna la humildad, el trabajo y las dificultades.

des. Hijo de padres cabreros, continuó la tradición familiar y no conoció el aula hasta los 11 años, y uno después recibió el primer premio a la aplicación.

Alternando con trabajos no cualificados y el cargo de celador de la Residencia Provincial de la Excma. Diputación de Avila, cursó estudios medios, venciendo innumerables vicisitudes, hasta que la citada Entidad tomó conciencia del esfuerzo y tesón de este hombre de 27 años al que le proponen para hacer el Magisterio, como alumno becario. Ejerce doce años en El Losar del Barco y veintiséis en Navaluenga. A él deben gran número de consagrados en diversas Ciencias, su formación integral, en la primera etapa de su vida, buenos consejos en la pubertad, en la adolescencia.

En esto consistiría el homenaje:

Formarán parte de ese merecido tributo, la Santa Misa, cantada por sus alumnos; la glosa que algunos de sus discípulos harán de las virtudes humanas y profesionales del maestro; la explicación de la primera lección del curso que disertará otro pedagogo con el tema "La Pedagogía viviente en Navaluenga"; la entrega de una colección de libros de la literatura francesa, por la que siente predilección, por aquello de que el homenajeado residió varios años en Francia, y, finalmente, se hará pública la institución de la Beca de estudios "Moisés del Peso", para disfrutar en un Centro privado de la localidad, aquel alumno que acredite su carencia de recursos y su vivo deseo de aprender, sintetizando así la vida de este maestro ejemplar.

Es digno de aplauso, repito, que estos jóvenes hayan dado una lección de gratitud al que desistierosamente no regateó su esfuerzo por inculcarles este don.



Institución Gran Duque de Alba

La partera

"¿Cuál puede ser una vida, que comienza entre los gritos de la madre que la da, y los lloros del hijo que la recibe?"

Gracián

Una mujer del pueblo, que ayudó a traer al mundo a muchas criaturas. Aprendió el oficio de otra... El instinto fue su mejor escuela. Bien es verdad que al médico le cabía la responsabilidad, pero no es menos cierto que sólo intervenía en los casos difíciles, cuando "venía mal".

La partera, luego llamada comadrona, marcaba las pautas, era la "ginecóloga". Las gentes del pueblo ponían en estas tal confianza, que cuando una mujer estaba preñada la pedía que la asistiera: la providencia divina hacía todo lo demás. Mal que bien, más bien, aconsejaba que hacer para no tener vómitos, ni mareos, las preocupaciones que debía observar si sentía tal o cual molestia y, eso sí, le daba sesiones de terapia para afrontar la situación final sin grandes problemas: "tu, hija, grita mucho y fuerte, que eso relaja". Tendría razón, porque la experiencia es vital en estos casos, más, mucho más que en otros.

Raro era el pueblo en que no había una experta en atar el cordón umbilical, cortar y todo lo demás. La fama de aquellas que solían afrontar partos difíciles era conocida en los pueblos comarcanos y solían demandar su "cuido".

No ponían precio a su servicio; la "voluntad" lo determinaba.

Evidentemente, Dios estaba presente; tampoco cabe duda que dictaba las "recetas" que luego se transformaban en "pócimas", por lo general hechas de hierbas, agradables al paladar y que, con más o menos fortuna, podía, sino curar, no perjudicar. Estas mujeres eran diestras, mejor diríamos cautas en la elección y combinación de estas plantas. Un "don" de interpretación, de "saber" curar. Esto no iba en demérito de estas mujeres, porque realmente sabían interpretar bien su mensaje. No faltaba tampoco la oración que encomendaba a la Virgen, o Santo, de su devoción.

El abrazo a la vida, el primero en dárselo, eran estas sencillas mujeres, las parteras, como eran las primeras en provocar su llanto, porque las dos cosas marcarían el signo de su futuro: alegría y llanto.

Ejemplo de una de aquellas mujeres. Llegó a los cien años y con ella el recuerdo de lo que fue su vida. Se recoge en homenaje a esta labor y como testimonio del pasado. Actualmente las garantías que ofrece la ciencia las ha reemplazado y las hembras prefieren alumbrar a sus hijos en los paritorios de los hospitales. La vida ha cambiado incluso antes de nacer.

FELIZ CUMPLEAÑOS

Llegar a los cien años de existencia sólo está reservado a muy pocos, parece privilegio de las obras de arte. Más insólito todavía es remontarlos sin conocer apenas el dolor, conservando las facultades vitales en óptimas condiciones; la agilidad mental tan despierta como en sus mejores tiempos. Este es el caso de la simpática anciana doña Zoila Pintos Toribio, natural de El Barraco, pero vecindada en Navaluenga desde casi toda su vida, que canta coplillas, siempre que no tiene con quien echar una perorata, y baila con ciertas reservas por aquello que teme que su "entramado" pueda fallarle, posibilidad que sólo sus cien años ponen en duda.

—¿Se atrevería a bailar una jota, doña Zoila?

—Si me encuentra pareja, ¿por qué no? Hace dos años, el día de la Santa fui a Ávila y bailé en su honor.

Para que nadie ponga en duda su edad, me muestra la partida de nacimiento, tres días más joven que ella.

—¿Cuántos hijos ha tenido?

—Ninguno, me aclara, aunque fui casada dos veces. Mi segundo marido era viudo también, con dos hijos.

Esta entrevista discurre en presencia de uno de estos hijos, con quién vive, su hija Carmen, como la llama la simpática viejecita.

—¿Tiene buen apetito?

—¡Vele ahí! como de todo, aunque no tanto como antes.

—Según nos aclara su hija Carmen, no sólo come bien sino que se desfallece cuando no come a sus horas.

—¿Duerme mucho?

—Lo normal, de ocho a nueve horas.

Me consta que algunos días se le pegan las sábanas e incluso llega a permanecer hasta once horas durmiendo.

—¿Le ayudan a asearse?

—¿Por qué habían de hacerlo?

Su hija corrobora que efectivamente no precisa, ni permite que hagan sus cosas, más al contrario, hay que prohibirla que hurgue la lumbré baja, los pucheros o manipule la cocina de gas, por si se quema, y esto le enfada.

—¿Pasea?

—Mi hija Carmen, no me deja salir más que a la puerta de la calle porque tiene miedo que me atropelle un auto. Hay tantos... ¡Vele ahí!, que bobada, a mis años y después de tanto correr...

—¿Quiere decir que no le asusta el tráfico?

—Mire Vd. cuando era joven me entraron ganas de ver a dos hermanos que vivían en Burdeos, en Francia, y allá que fuí, pero mire usted

que cuando ya estaba en el tren me dí cuenta que no tenía las señas. Entonces me dije: Zoila, cuando llegues a Burdeos ya los encontrarás. Y mire Vd. los compañeros de viaje se preocuparon más que yo. La verdad, es, ¡ahora que lo pienso, si no llego a encontrar en la estación de Burdeos a un paisano que conocía la casa de uno de mis hermanos...!

—Desde luego tuvo suerte.

—Pues mire Vd. al regreso saqué billete hasta Ávila, pero me pasé y me llevaron de balde hasta Las Navas.

—¿Y después...?

—Me volvieron de Las Navas a Ávila en otro tren, también de balde.

Esto es un ejemplo más de su prodigiosa memoria, sentido del humor y temperamento de esta mujer.

—¿Cuántas veces la visitó el médico?

—Poquísimas y sobre todo por cosas de nada.

—¿La inyectaron alguna vez?

—Sí; una vez y ¡vele ahí!, no me gustó y hasta creo que me puse peor, así que dije, lo mejor es no ponerse mala.

Los únicos medicamentos se reducen a poco más que una copita de anís y manzanilla, pero en infusión.

—¿Le gusta la vida moderna?

—Naturalmente, aunque no estoy preparada para tanto ruido. Me aturde un poco la música de hoy, ¡vele ahí!

—...¿y la televisión?

—Me gusta; esta bien.

—¿Querría verse en ella?

—No me importaría, ¡vele ahí!, a todos le gusta.

—Además de hurgar en los pucheros, ¿le gusta coser?

—Hasta hace poco hacía ganchillo y puntillas. Ahora le cansa un poco la vista.

Es prodigioso, con toda su azarosa vida. Una vida cargada de anécdotas, de sinsabores y también de muchas alegrías. Entre los sinsabores podríamos citar quedarse huérfana a los 9 años, pasar un sin fin de fatigas por 50 céntimos de jornal, lavar un cestón de ropa por un simple trozo de pan, o cuidar niños, por igual soldada; burló la peste aunque tuvo la triste amargura de amortajar a su propio padre, muerto a consecuencia de ésta. Las alegrías las resumiremos diciendo que tuvo la enorme satisfacción de haber colaborado en el alumbramiento de los hijos de este pueblo. Como dice esta singular centenaria, he recogido en este mundo a muchos niños por un duro y a veces por unos bizcochos.

En agradecimiento, seguro estoy, que el día 27, fecha en que realmente el adjetivo de centenaria, adquiere verdadero sentido, el pueblo de Navalunga, en pleno, pasará por su casa a felicitarla y quizá le rindan un homenaje de simpatía. Los méritos son sobrados.

(Junio 1973)



Institución Gran Duque de Alba

El feriante

"No hay cosa más barata que la que se compra"
"Quien desalaba tu casa, ese la compra"
"Si el necio no fuera al mercado,
no se vendería lo malo"

Refranero Castellano

No se puede decir que sea específicamente una profesión, pues esta condición, generalmente, es compartida con otras actividades. En la mayoría de los casos adquiere esta definición aquel que sin ser ganadero, estrictamente, posee ganado, vende, compra para sí y para traficar con otros de su misma actividad.

El feriante, naturalmente, acude asiduamente a los mercados y ferias; está enterado de los precios que se cotizan y hasta se le supone que puede asegurar, en un futuro próximo, las tendencias de alzas y bajas.

Suele ser persona de fácil verborrea, con poder de convicción y un poco trapisonda; conocedor de calidades y defectos del ganado, e incluso de las razones que obligan a vender o comprar, sobre todo lo primero. Pero todo esto es por lo común sabido de las gentes de los pueblos que frecuenta, y por eso son cautelosos a la hora del trato. Suele pedir por encima del valor real para llegar a la cifra que tenía en cuenta "sacar": La credibilidad del tratante-feriante, siempre se pone en entredicho con tal de obtener a cambio algo que sea verdad. Vulgarmente se dice que van con aviesa intención, de puñeta a puñetero. Pero, con todos los defectos, suele gozar del aprecio de los contratantes, de los del otro lado de la polémica, pues a fin de cuentas se llega al apretón de manos y al vaso de vino. En algunos casos, cuando las posturas se mante-

nían diferenciadas era preciso que alguien terciara, ni lo de uno, ni lo del otro. Difícil tarea cuando las posturas eran substanciales.

Otra faceta del feriante, bien distinta, es la que observa en la feria. Allí las tretas y el lenguaje son todavía más agudos, pues, en su mayor parte, concurren en todos semejantes circunstancias, al margen de algunos, de raza gitana, que, como es sabido, poseen cualidades innatas para este tipo de negocios. Hasta tal punto es cierto que el verbo "gitanear" ha venido a reforzar, en muchos casos a desplazar, el de regatear; prima el dinero sobre todo; los amigos no pasan de ser conocidos, meramente eso, conocidos. Lo mismo se prestan para animal a un comprador o vendedor: "¡Buena operación la que hace, paisano!. El mercado esta muy bajo, o alto, según si es para vender, o comprar. Por ese dinero me lo quedo, si no haces la operación con el paisano". Todo depende... Dichos que predisponen; falsos augurios. Son "madrugadores" que se las saben todas: hasta del pie que cojea no sólo la res o cabeza, sino también el mercader.

La feria, cada cual la cuenta como le va, pero no es menos cierto que ofrece pocas sorpresas para el "profesional" que vive de los trapicheos, de ver los dientes de un equino, la cornamenta y la fuerza de un buey, el cruce de razas de ganado; de sacar "leche de una alcucia". La feria es divertida, práctica, pero sobre todo aleccionadora. El lenguaje y el cálculo mental son importantes para rentabilizar un "trato". Claro que ha de procurarse medir bien el alcance de uno y otro para no ser malinterpretado y pongan en duda la honorabilidad del tratante. Puede vender un asno contando todas sus virtudes, callando sus defectos, aunque estos sean mayores, para que no pueda decir el comprador que ha sido engañado.

Los nuevos métodos agropecuarios y los canales de comercialización han restado importancia a las ferias y mercados; los medios de comunicación le han quitado a los tratantes una de la palancas de apoyo, la información de las cotizaciones en otros mercados, estudios de marketing y pactos comerciales con otros países que influyen en la oferta y la demanda. Puede decirse que el tratante-feriante tiene los días contados. Claro que estos hombres dotados para el comercio buscan alternativas, en otros mercados; ahora venden mulas mecánicas, vehículos con tantos caballos de fuerza, el cerdo enlatado, o la cabra disecada. Pero, como es natural, estos ya reciben otro nombre; estos son otros tipos...

¿CÓMO FUE LA FERIA? (EL BARRACO AGOSTO 1972)

Cada cual cuenta la feria como le va. Como este cronista lo que trató de adquirir fue información y ésto no se cotiza en el ferial, llené bastante cuartillas, por aquello de que lo que no cuesta... que espero juzguéis interesantes.

Francamente para llegar al ferial, a falta de mejor información, me situé en la iglesia y seguí el Via Crucis que me llevaría hasta el cerro del Monte Calvario, donde tres cruces de piedra simbolizan el Gólgota: A sus pies, en las Heras de La Nava, por primera vez este año, se emplaza, para mayor comodidad de feriantes, el ganado.

Empezaré por decirles que los feriantes que trataban de comprar se lamentaba que estaba muy cara la feria; los vendedores, un poco más contemporizadores, sin dejar de reconocer que efectivamente pretendían precios altos por su ganado, se justificaban diciendo que los piosos, los jornales, etc., etc., les obligaba a exigir por un ternero de leche 8.000 y 9.000 pesetas; por uno de 5 meses, unas 12.000 pesetas y, por un año, de 18.000 a 20.000 pesetas.

Fuí testigo de la venta de una vaca lechera, experiencia curiosa que nunca olvidaré. El "tira y afloja" entre el ganadero-productor y el tratante, duró bastante tiempo, hasta que un tercero media la diferencia que existía entre los 8.000 duros que pedía el vendedor y los 7.000 que ofrecía el comprador.

El ganado ovino se cotizó a 1.100 pesetas la oveja que no tiene otra utilidad más que para carne, y la joven, la que puede rendir plenamente, a 2.000 pesetas.

Las cotizaciones de los caballos osciló entre 16.000 y 18.000 pesetas; las borricas entre 4.000 y 6.000 pesetas y los potrillos, se pagaron a 7.000 pesetas.

Merece mención especial el precio que llegaron a alcanzar las cabras de leche: 2.500, 2.600 y en algunos casos 2.800 pesetas.

Confieso que fui a la feria animado por la invitación que hizo la Alcaldía de El Barraco en un Bando; justo era pues, agradecer a la máxima autoridad esta atención y decirles las cotizaciones del momento, que,

con ser interesantes, puede que cuando pase algún tiempo sean simple
anécdota, tal es la vertiginosa escalada de los precios.

Institución Gran Duque de Alba

El cobrador del coche de línea

"No pienses que servir es tarea de seres inferiores, Dios, que da el fruto y la luz, sirve, y tiene los ojos puestos en nuestras manos y nos pregunta cada día ¿Serviste hoy? ¿A quién? ¿Al árbol, a tu amigo, a tu madre?

Anónimo

El desarrollo industrial ha precipitado nuestros sistemas de vida, de tal modo que la diferencia que existe entre ayer y hoy nos separa mucho más que en otras épocas. Lo que es válido ahora, mañana queda anticuado; lo moderno pasa a ser antiguo en sólo un bienio. De esto han tenido buena parte los medios de comunicación. De entre estos nos referiremos al coche de línea, o aquel "autocar" que causaba asombro por su "rapidez", "potencia". Es preciso, a pesar de los pocos años que nos separan de su primera época, entrecomillar esos apelativos. Hace sólo medio siglo recorrer cien kilómetros en este coche suponía 4 ó 5 horas, las cuestas arriba las subía con muchas "fatigas"; la novedad de ir en coche nos hacía suportar mejor las incomodidades. Pero que voy a decirles de la acogida que se daba en los pueblos a la llegada del coche de línea... El sonido del clason o bocina despertaba a las gentes de su monotonía; la chiquillería le seguía corriendo como si trataran de alcanzar sabe Dios que récord; las mozas esperaban ansiosas a que el cartero cogiera la saca y volcara las cartas, por si entre ellas venía la del amor ausente; los ganaderos recogían sus cántaros vacíos y los "cuartos"; la medicina era esperada con impaciencia, como tantas otras cosas, aunque en esto no nos fuera la vida. Fué el coche de línea el que, a pesar de todos los inconvenientes, revolucionó nuestras vidas, porque nos acercó la ciudad y nos llevó hacia ella. De esto quien nos da una idea más exacta, es una singular persona: el cobrador del coche de línea.

Se ha jubilado don Rafael Mancebo González, más conocido por el sobrenombre de Merejo, el del coche de línea, este hombre al que tantas veces habrás oído "cantar" nombres de los destinatarios de paquetes, a la llegada del coche a la plaza. Cuenta que eran tantos que a veces se pasaba media hora citando hombres y otras averiguando para quién era.

Nadie puede poner en duda quien es Merejo, porque lo conocían hasta los lagartos del trayecto Madrid-Navaluenga. Hasta tal punto debe ser cierto, pues no se escondían cuando advertían el ruido del motor, a su paso, hecho que ya resulta extraño.

No obstante para los jóvenes y para aquellos que la memoria le hace extraños, haré su descripción: Rafa, como gusta que le llamen, es amable, servicial, honesto e incansable trabajador. En el campo de sus aficiones, "toreador", y coleccionista de amigos. Profesionalmente basta decir que el coche de línea que pertenecía a don León Álvarez, las gentes de estos pueblos le atribuían la propiedad a Rafa, pues todos lo conocían por el coche de Merejo. Esta asociación no es más que lógica deducción del interés demostrado. Y es que la simbiosis empresa-empleado era algo más profunda que la relación meramente profesional, la entrega de servicio era verdaderamente auténtica, sin pliegues, ni opacidades, así como la confianza del empresario hacia el Merejo, era absoluta e incondicional.

En el transcurso de la entrevista observé varias veces que sus ojos se humedecían. El recuerdo y la admiración hacia su antiguo jefe fue uno de ellos. ¡Hasta ahí puede llegar la admiración de este empleado! Me consta que también el empresario sintió una profunda emoción cuando se abrazaron porque la edad de jubilación ponía límite a la relación entre ambos. El tiempo, inexorablemente, trae consigo estas cosas.

A través de nuestra conversación observarán que no me he excedido en los adjetivos.

—¿Cuanto tiempo en la Empresa?. ¿Se ha parado a calcular que esto supone casi cinco millones de kilómetros?

—No. Como tampoco llevo por cuenta la cantidad de favores que hice. Era uno de los mejores clientes de las farmacias de El Globo y Galloso. Bueno, era conocidísimo en muchos establecimientos de Madrid por la

cantidad de encargos que hacía. Hasta qué punto era conocido que le preguntaban por mí a los guardias urbanos de la Puerta del Sol y alrededores y le orientaban hacia la Cava Baja, donde teníamos la administración. ¿El Merejo?, ¿el del coche de línea... Por ahí?

—¿Cuánto tiempo tardabais en los primeros tiempos en hacer el viaje?

—Pues verá, dependía de los pinchazos que tuviéramos. En un viaje llegamos a pinchar veinte veces. Pero la gente lo tomaba con resignación, e incluso nos ayudaban a inflar las ruedas, y también a dar a la manivela para llenar el depósito de gasolina. Pienso que algunos viajeros eran más felices cuanto más durara el viaje. Las prisas, ni los malos modos, no se conocían entonces. Para que se haga una idea de la bondad de las gentes de estos pueblos... Todos conocían mi afición a los toros y cuando llegábamos a Chapinería, a la altura de las ganaderías de reses bravas, la de Quintas y Robles, me animaban: Rafa, unos capotazos... En ocasiones, no me hacía de rogar, parábamos y les complacía. ¡Qué felicidad!...

—Sabía que eras aficionado a los toros, pero no que los lidiaras.

—En las fiestas de estos pueblos, si no actuaban los Merejo, los "to-readores", como nos nombraban, echaban de menos algo en la fiesta. Mi hermano Emilio, que también fue en tiempos conductor de la Empresa, ponía las banderillas montando una bicicleta. Nos pagaban el alquiler del capote, la muleta y las banderillas, ¡Algo increíble!

—¿Tuviste algún percance?

—Ni con los toros, ni con el coche. Hombre, averías... Ahora que recuerdo. Una vez nos atacaron una banda de buitres, pienso que vinieron al olor de la carne, porque en el capó transportábamos, además de los paquetes, caza, corderos, reses alguna vez. Fue impresionante. Abollaron el coche y uno se estrelló contra el parabrisas.

—¿Había mucha caza por esta zona?

—Sí, mucha. Pero lo curioso es que entonces por qué no se manejaban las monedas. Las compras se hacían a cambio de unas cosas por otras. Mi madre vendía el fresco, ya sabe, el pescado, el azúcar o las lentejas a cambio de caza, que yo luego vendía en el mercado de La Cebada, o en alguna casa de comidas. Una peseta valía un conejo.

—Rafa, aún no me ha dicho cuanto tardaban en el viaje.

—Es verdad, Doce horas. Salíamos a las cuatro de la mañana y llegábamos a las cuatro de la tarde. Le estoy hablando con el Saurer a gasógeno. Apenas había coches. Nosotros solo íbamos pendientes del cruce con el de la Lechera. Así que hemos traído y llevado de todo y a todos. Don José Luis Pecker y su familia, y el famoso anticuario y poeta Serafín Guillén, los trajimos varias veces a Navalunga donde pasaban el verano. Ahora este viaje se hace sólo en hora tres cuartos.

—También habrá habido dificultades.

—Relativamente.

Suelta una carcajada, sin duda porque le ha venido a la memoria algún hecho gracioso.

—Un día frío, de los que nos traía antes la Pascua, viniendo de regreso, antes de llegar a la cuesta de El Barraco, la niebla se hizo tan espesa que no se veía la carretera. Era imposible seguir, pero tampoco era solución quedarse. Me bajé del coche y le fuí indicando a Emilio hacia donde tenía que girar el volante: "Más a la izquierda. No tanto, que te sales. Ahora recto. Para, que voy a ver... Sígueme". Al fin llegamos a El Barraco y grité: Señores viajeros, parada y fonda. Tendremos que pasar la noche aquí. Lo malo será para cenar... Va a ser difícil buscar apaño para tantos. "De pronto me acordé que llevábamos dos cajas de sardinas de encargo. Nos las comimos. El encargo llegaría con dos días más de retraso. ¡Que bonita experiencia!

—Otro, hubiera dicho ¡desdichado viaje!

—¿Por qué? Si terminó felizmente.

El trabajo

"Bendito aquel que ha encontrado su trabajo; que no pida otra felicidad"

Scarlyle

En este hombre del campo: pastor, ganadero, agricultor, queremos rendir homenaje a tantos que, como él, no han tenido mayor ilusión que trabajar la tierra, cuidar el ganado y transmitir esa afición a los hijos. El sudor, la honradez, la seriedad han dado sus frutos: Traducidos a lenguaje coloquial son estabilidad económica, el afecto de las gentes y satisfacción personal.

El premio, como bien dice este infatigable trabajador, "con iguales méritos que él habrá otros". Otro rasgo que caracteriza a los hombres de campo: la humildad. También está acostumbrado a aceptar con resignación los avatares de la vida y ésta forma parte de ellos: "es inmerecido". No entiendo como se puede premiar al que trabaja, al que encuentra satisfacción en ver crecer las plantas o criar un ternero; al que le ilusiona el alba y el crepúsculo; al que se recrea con la faena de cada día.

Este premio sólo un símbolo, patrimonio de todos los hombres de bien, hallan placer en el trabajo.

La medalla del mérito al trabajo en calidad de bronce ha sido la recompensa a don Agapito González por sus afanes de trabajo, espíritu de superación, bello galardón que reconoce la incesante labor de muchos años, ejemplo de austeridad, amor a la tierra y a la familia, viva muestra de abnegación por lograr un patrimonio. Sus manos, aún dispuestas a empuñar la azada, a acariciar los árboles, a mimar el ganado, son todo un símbolo de trabajador nato, su mirada limpia, todos los días se alza al cielo en busca del tiempo, aún mira al horizonte con ilusionada esperanza; su rostro hendido con profundos surcos son un exponente claro

de que aún hace frente a los vientos y al sol; su cuerpo apenas si da muestras de cansancio y se somete a intervención quirúrgica con la esperanza de repararle y estar presto acá o acullá, donde se demande su presencia, sin importarle el sudor, ni siquiera el agotamiento. La noche hará el milagro de reparar el daño y vendrá un nuevo día que le dará más entereza y nuevos bríos para seguir labrando.

Un telegrama del Excmo. Sr. Ministro de Trabajo, le felicitó el mismo día de Reyes, como si de un regalo se tratara, pero no, suponía mucho más: unas lágrimas emocionadas y un inmenso orgullo, la fortaleza física disminuida por voluntad de unas líneas que le reconocían entre los mejores; unas líneas que, sinceramente, muchos quisieran ser los destinatarios; la nobleza, consustancial, con su forma de ser se hace presente y piensa que es inmerecido el favor que le otorgan; que con iguales méritos que él habrá otros. Pero al pronto le salta el recuerdo de lo mucho que ha trabajado en su vida, las veces que se ha rebelado contra innumerables adversidades, hasta superarlas, que fueron muchas las noches de ansiedad hasta ver terminada una tarea para empezar otra. Al fin su propio curriculum, le convence que lo ha merecido.

En su vida ha tenido grandes satisfacciones, pero ésta, por no esperarla, y por ser compendio de toda su existencia, viene a ser la más importante. Una compensación de la vida; no todo se traduce en faena; en correr, en angustias, en disgustos; no siempre las satisfacciones son fruto de la tierra, del campo, también los hombres somos capaces de generar alegrías, de hacer feliz a nuestros semejantes, de dar a cada cual lo que en justicia se merece, como en este caso, un premio, el premio del mérito al trabajo.

Enhorabuena, amigo, y que siga por muchos años honrando este premio, por ser patrimonio de todo hombre de bien.

Los guardas

El hombre vestido de verde, hasta la propia cabeza, se diferenciaba, entre otras cosas, del que vestía de marrón, por el texto de la placa dorada que sobre la ancha banderola de cuero que cruzaba su cuerpo, lucía a la altura del pecho. Guarda jurado del Patrimonio del Estado, Guarda Jurado Ayuntamiento de... El traje del primero se correspondía con el color de la hoja del pino, de los montes, y de la vegetación que nace a los márgenes de los ríos; el de marrón se confundía con el de la tierra sin sembrar, el erial, o el barbecho.

Iban vestidos con esos tonos, sin duda, por discreción, para no ser perfectamente identificados a distancia. Sin embargo se intuía su presencia, o mejor, se presentía su sorpresa, sobre todo cuando alguien se proponía contrevenir las normas: cortar un árbol, pescar en veda; cazar en lugares acotados; remover una linde; prender un barbecho, o cualquier otra faena ilegal. No es preciso estar al tanto de las dictadas por la justicia para que el individuo, por instinto, sepa cuando obra bien o mal.

Sin embargo, con la democracia, o mejor, la apertura de libertades, la función de los guardas ha pasado a ser mas disuasoria, incluso más condescendiente. Ahora pueden convencerles las disculpas que argumenta el infractor, la banderola y la carabina ya no imponen respeto. De nada sirve que al campo se le pongan puertas, porque los que tengan aviesas intenciones van a burlarlas.

Ahora más que sancionar es mucho más efectivo el consejo que nos invite a la reflexión. Nadie puede aludir ignorancia de las reglas del juego, porque los medios de comunicación, constantemente, están advir-

tiendo las consecuencias que nos puede ocasionar no respetarlas, a través de spots publicitarios, películas, charlas, etc.

El pasado me trae al recuerdo aquel guarda montado a caballo que recorría las trochas mas difíciles, pero también desde donde divisaba perfectamente amplias zonas; aquel hombre de mirada dura y alcance telescópico, voz fuerte, que encontraba eco en el monte o en el valle cuando alguien se extralimitaba: ¡¡Eeeeh!! ¡Ahora voy...! Cuando la voz no llegaba por la distancia, o hacía oídos sordos, cogía la carabina y disparaba uno o dos tiros al aire. Entonces se agitaban incluso los pájaros, liebres, conejos y, naturalmente, el "delincuente".

El guarda de marrón solía hacer el recorrido a pie, propiciando la charla con el que encontraba (labrador, ganadero, cazador), con tal de averiguar algunos pormenores de su competencia. Bastaba con que le anunciaran la presencia de alguien para saber si tenía que intervenir.

Tanto uno como otro conocían al detalle la topografía de su demarcación, hasta tal extremo que se daban cuenta si faltaba el nido de un pájaro o si se había movido una piedra. Las pisadas del hombre o de las caballerías, eran sus mejores confidentes. Cuando les surgía la duda, no cejaban hasta encontrar respuesta. Se apostaban, cual hacen los felinos, a la espera de una presa que, irremisiblemente, ha de salir de su escondrijo, hasta que aclaraban el enigma. Los presentimientos, por lo general, en estos casos, casi siempre concluían dándoles la razón: Las aguas del río bajan revueltas... Alguien o algo las ha provocado. Por el humo saben donde está el fuego y hasta incluso con que intenciones lo han provocado, con nombres y apellidos, a veces.

Ahora los han motorizado. Le han cambiado el caballo por una motocicleta. Ya no hace falta disparar tiros al aire para saber donde se encuentra. Tras de si el tubo de escape ha producido continuas detonaciones y ha ido dejando una estela de humo blanco, la maleza ha ocultado aquella vereda que antes pisaba casi a diario, dos veces cuando menos, ahora ha de dejar a un lado del camino la moto para ir a pie hasta aquellas atalayas.

Cada vez se ven menos los hombres vestidos de verde con gorra, bisera y emblema dorado al centro y los de marrón con sombrero de fieltro de ancha ala y a un lado rematado con roseta de colores, y es que los tiempos que corren van desplazando al ser humano a otros menes-

teres. Los helicópteros se dan una pasada y, aunque no sea tan preciso, justifican al vigilante. Nuevos comportamientos que, podemos estar, o no, de acuerdo con ellos, jubilan al guarda anticipadamente. Estos hombres aún sin uniformes, y sin función específica, seguirán siendo para las gentes del pueblo: el guarda forestal, el guarda municipal, o simplemente, el guarda. Los recuerdos serán, de aquí en adelante, motivo de conversación: "Recuerdas cuando..."

RONDAS, BAILES Y JUEGOS



Institución Gran Duque de Alba

LIBROS Y JUEGOS

 Institución Gran Duque de Alba

Rondas y rondallas

La rondalla de Burgohondo

"Los deseos de nuestra vida forman una
cadena cuyos eslabones son las esperanzas"

Seneca

La ronda, las rondas, tienen por compañía la noche y como fin el halago poético y musical.

En Burgohondo, como en todos los pueblos de Ávila, las mozas siempre han sido piropeadas, o mejor rondadas.

Esta es una muestra de ese sentir popular y de la plasticidad que encierra la ronda. Un testimonio con el cual se identifican los de antaño y hogaño.

Suena la ronda y el pueblo es todo oídos; pasa la ronda y es todo admiración; se para la ronda en el quicio de una puerta y el aliento contenido de una moza no acierta a saber decir, ¿será para mí?

En las noches serenas, cuando el pueblo duerme, la ronda no sabe callar y sí cantar a los cuatro vientos el amor de un zagal, cual declaración pública, incontinida.

La ronda es lisonja, es alegría, es amor expresado musicalmente; la ronda es aún mucho más, un pasado que vive el presente, un ayer que

por no tener dimensión es hoy es mañana; la ronda es de todos y para todos: "la ronda, madre", es un sobresalto cuando no se espera; "la ronda, niña", es y será siempre la ilusión que esperas; la ronda tiene acento en todas las sílabas y en todos los idiomas; la ronda de Burgohondo es todo eso y mucho más.

Cincuenta años haciendo sonar el caldero ya merece un comentario, pero con la gracia, armonía y reciedumbre que lo hace don Andrés San Segundo, adquiere adjetivos insólitos.

Comienza a los trece años a ensayar con el asa hasta conseguir incorporarse en la Rondalla y hacerse ya imprescindible.

La cladereta que sirviera para condimentar unas "papas secas", o un cordero un día, habría de sacarle brillo otro y arrancarle ese inigualable sonido, dar ese toque vibrante, rítmico, repiqueteante.

Es pena que cuando este hombre decida colgar, el caldero en el dintel, o en la espetera de la chimenea sea simplemente un adorno y un recuerdo ahumado y si se descuelga sea para soportar una vez más la prueba del fuego o para hacer una pequeña cantidad de adobo.

Se lamenta el amo del caldero no contar con sucesor y la lamentación es sincera y justificada porque es algo bello y prodigioso arrancarle esos sonidos a ese instrumento de percusión. Aún existe la posibilidad, en tanto este hombre no abandone, que alguien se dé cuenta que hay que conservar esto que es tradición y orgullo de Burgohondo. Pero para que esto perdure es obvio advertir que ha de permanecer la Rondalla: el laúd, la bandurria, la guitarra y, naturalmente, el "cantaor".

Son muchas las felicitaciones que han recibido, y es natural, porque podría decirse que su actuación es un regalo, un hermosísimo capricho. Que se lo digan a los que han asistido a los festejos de Cuéllar, Barco, Ávila y a los de tantos otros pueblos, o a los miles de espectadores que han tenido la dicha de oírlos y verlos por Televisión, o tantas mozas como han rondado y le han dicho "Los Sacramentos", o mejor, siete consejos magníficos, o la canción improvisada y adecuada al momento, o las parejas que han bailado a los postres de la boda unas jotas, un pasodoble o un corrido; otras veces son canciones recogidas allá en las majadas, o en los riscos, en la siega o la trilla, en el río o en un perdido rincón de un pueblo casi olvidado.

Florencio Villarejo, el cantador, tiene una bonita voz, dicen sus compañeros de ronda que es la mejor de la comarca, sin exageración. Sin establecer comparaciones agregaremos que es recia, agradable y dice el verso con limpieza; canta también con el alma desde hace muchísimos años por una sola razón: porque le gusta y porque gusta. Alterna, "Floren", como le llaman familiarmente, el canto con el cultivo de flores y plantas, por eso no sabríamos decir que faceta es la que se favorece de la otra, porque los jardines de Venero Claro, de la Caja General de Ahorros de Avila son un verdadero vergel, donde los macizos revientan de flores y los colores y aroma embriagan la sierra. La realidad es que estas dos aficiones son dos delicados cantos a la naturaleza.

Quien temple la guitarra, Miguel Rollón, comparte este menester con la carpintería, su oficio, su *modus vivendi*, porque lo que es el instrumento musical sólo le da satisfacciones morales, pues lo que percibe por actuar apenas compensa el sacrificio que realizan y los desplazamientos. Todo es ilusión y con ella sigue.

El laúd, Matías Jiménez, y el bandurria, José Jiménez, sueñan mientras labran la tierra, o avían el ganado, o recogen la fruta, con sacar unos compases bien dados, o ensayar una canción, porque la vida exige actualizarse, además de que tienen un elevado sentido del ridículo y amor por la Rondalla, por su pueblo, porque la ronda forma parte de él. ¡Lástima que no les hagan el favor que se merecen! Para sí quisieran otros Municipios contar con estos artistas de la ronda, seguro que no sólo les darían alguna cantidad, sino que buscarían y prepararían los muchachos que, llegado el momento, reemplazarán a estos entusiastas rondadores.

No podemos, o mejor, no debemos renunciar a lo que nos identifica con el pasado, con nuestras raíces. Hay que conservar estas cosas por respeto a nuestros antepasados, porque en ellas se encuentran algunas de las esencias tradicionales y más hermosas de nuestro ser: bondad, sinceridad, fraternidad, cordinalidad, amor, cariño, humildad... No debemos caer en el pecado de despersonalizarnos y por el contrario, estamos obligados a conservar el bello legado que nos han dejado nuestros mayores.



Institución Gran Duque de Alba

Rondas y rondallas

Ronda de los novios

"Siempre en favor de la dama
han de estar los privilegios de la cortesía"

Calderón

La grandeza de esta ronda está, sin duda, en la sencillez.

Son hábitos que aunque "trasnochados", no por eso dejan de agradar; son modos de comportarse que aún hoy impresionan, por cuanto tienen de aleccionador y cortés.

El romanticismo, a pesar de la evolución de los tiempos, siempre tiene sus admiradores.

Aún sigue conservando este pueblo ancestrales tradiciones para orgullo de sus gentes, de todos.

Cuando las últimas luces del día se esconden, allá por el monte Cabezo y las sombras dan aspecto más intrigante a estas estrechas calles y se agitaban las que proyectan las personas cuando dan la espalda a los filtrados haces de luz que aún se resisten a abandonar el lugar, la ronda se prepara; el novio recoge a los "tocanderos" que irán reuniendo al padrino y a los mozos que les acompañarán toda la noche.

Las canciones casi siempre son las mismas; la interpretación adque-

re distinta resonancia cada noche porque distintos son también a los que rondan.

La víspera de la boda, hasta tanto se hace la hora de la cena, los "tocanderos" ensayan los primeros compases, al tiempo que se incorporan los rondadores más remisos; mientras la novia, impaciente, se prepara para recibir la ronda..

En la cena de los rondadores es tradicional el bacalao con patatas, como también es tradicional que el padre de la novia pague la cena y los vidrios rotos, si los hubiere. El vino, el buen vino reservado para las ocasiones solemnes, no se regatea esta noche, como tampoco se escatima ninguna de las viejas costumbres (aún queda quien se viste el traje serrano y se cubre con el sombrero de franela).

Apenas han terminado de cenar, al filo de la media noche, la ronda se deja oír en su recorrido, hasta llegar a la casa de la futura desposada. Es el anuncio de una nueva forma de vivir, que antes ha de someterse a estos requisitos impregnados de tanta belleza como candidez en los tiempos actuales.

"No venimos por los higos,
ni tampoco por las nueces;
Venimos por los estilos
que tenían otras veces".

Estos son los primeros versos que interpretarán a la puerta de la casa de la novia, donde, después de la licencia de los padres, obsequiarán a los rondadores con estos frutos y naturalmente, aunque no se cita, con vino, de ese que logra demasiadas palabras, sino se sabe medir la cantidad o graduación.

"A tu puerta hemos llegado
con intención de cantar,
hija de tan buenos padres,
tu licencia nos darás"

La moza, que no está deseando sino que complacerles, canta:

"La mía ya la teneís,
la de mis padres, no sé,
pero llegando y cantar
que yo se la pediré".

El padre, que supera a su hija en deseos por complacerles, abre las puertas de la casa y festeja tan feliz idea.

Dice la ronda los "sacramentos", (Bellas estrofas que cantan las excelencias de la novia) para rematarla con la "despedida".

Esta noche el pueblo se alegra, porque la ronda lo está; esta noche la novia no duerme, como tampoco la ronda, porque la noche es de ellos, es de todos.

Es un acontecimiento en el que participan todos, porque a todos les dedican canciones.

A la mortecina luz de la bombilla de una esquina, o la vacilante de otra que se balancea colgada de un cable, hacen una pausa para apurar el vino de la bota o prender lumbre a un pitillo. Estímulos que animan a seguir de ronda hasta que las luces del alba, por una vez, trastocan la vida y traen el descanso, el corto descanso, porque a las doce es la boda y por la tarde el baile y por la noche..., otra vez de ronda. Esta vez corresponde a la madrina. Ella es centro de atención, a quien vaan dirigidas las canciones, pero, naturalmente, el sentido de las mismas es bien distinto, según sea casada o soltera.

La ronda de este pueblo recuerda lo sencillo y hermoso que debía ser antes vivir, porque no cabe duda que la plasticidad de esta ronda es superada, con creces, por los sentimientos humanos que intervienen. Es de desear, pues, la recuperación inmediata por bien de todos, de un mundo mejor.



Institución Gran Duque de Alba

Rondas y rondallas

Ronda de los quintos

"Dulce et decórum est pro patria mori"
(Es cosa dulce y honrosa morir por la patria)

Horacio

Cuando la mayoría de edad se consideraba a partir de los 21 años, el Ejército antes, reclutaba a todos los mozos, es decir, los "llamaba a Caja" como vulgarmente se decía. Ello era una honra porque se suponía que se iban a defender los intereses de la Patria. Presunción, porque aún habrían de pasar por otros requisitos, dar la talla. A los que la medida de torax era corta, se les eximia por "estrecho de pecho", o, simplemente, por el hecho de no llegar a una determinada altura; también los que tenían pies planos, o eran tuertos, quedaban en reserva, amen de otros "defectos" físicos.

Esta satisfacción se manifestaba publicamente. En los pueblos era, y es aún, muy común celebrarlo y que participe toda la comunidad de este evento. La ronda recoge una de esas manifestaciones de júbilo.

A las múltiples tradiciones que configuran las fiestas navideñas en el valle del Alto Alberche, la "ronda de los Quintos" aún está vigente. El arraigo es tan viejo como firme. Se diría que con el tiempo se ha consolidado más, aunque la forma y expresión han cambiado como los tiempos. Antaño, la "ronda", se acompañaba de instrumentos rudimentarios; las voces quizás no estuvieran tan educadas como hoy, ni los textos en-

cerraban tanta poesía; ni siquiera alcanzaran a formar un conjunto armónico, pero, de cualquier modo, hemos de agradecer que nos hayan hecho depositarios, accidentalmente, de este sentimiento, porque implícitamente obliga a transmitirlo a generaciones futuras. La "ronda de los Quintos" la protagonizan cada año distintos actores.

Cuando las agujas del reloj de la plaza apuntan hacia el cielo y el martillo de su campana anuncia la medianoche se dan cita los mozos que van a entrar en quintas. Sólo éstos y, si acaso, alguien que toca bien un instrumento les acompañará toda la noche.

El recorrido, cualquiera que sea el número que componen la "quinta", viene a durar hasta la madrugada.

Empiezan por rondar a las mozas comprometidas con los rondadores y a las que, sólo en la imaginación de alguno, gustaría de gozar de su correspondencia.

Las canciones se prodigan tanto..., hasta vencer la oposición de la moza por asomar entre los cristales de una ventana, o al quicio de una puerta, o a franquear la entrada hasta la cocina, donde al amor de una lumbre que se resiste a morir calientan sus ateridas manos, o les brindan una copa de lo que sea.

También se ronda a las madres, a los familiares y amigos. La respuesta, naturalmente, no puede tener la misma acogida, porque realmente la ilusión de la juventud es algo insustituible, sin embargo, las gentes se levantan, aunque lo hagan pensando que estaban en su mejor sueño y en el trabajo que luego le ha de suponer conciliarlo; ríen con los mozos; les obsequian con una copita y con un consejo, no menos reconfortante: "¡abrigaos!", ¡hace mucho frío!...

¿Qué sabrán de frío...? Ya hace muchos años que ellos protagonizaron la noche. ¿Acaso no se acuerdan que la noche de "ronda" no baja el termómetro bajo cero, o al menos no se percatan?...

Está prohibido hacer deserciones; es como si ya se empezara a servir a la Patria. Hay que hacer frente al enemigo, aunque este venga disfrazado, como el tiempo, por estas fechas, con su manto blanco de nieve o hielo.

Ya alborea y la "ronda" continúa despertando al día, a los amigos, al pueblo.

Entra la mañana y la "ronda" no para; recoge ahora su homenaje. Su tributo son unos chorizos, o unas manzanas, unas botellas, o quizás unas monedas. Las gentes corresponden con lo que mejor convenga. Pero es también tradición colgar de la vara que llevan dos mozos apoyada en el hombro la ristra de chorizos o morcillas o alguna de esas "porquerías". Las mismas que luego venderán al mejor postor para recaudar fondos para sufragar los gastos del baile, que en su día darán gratis para todo el vecindario.

La "ronda" hace un alto hasta otro año por estas fechas, pero en nuestra mente queda el recuerdo imperecedero de su alegría, de sus sencillas pero sinceras canciones, porque nuestra esperanza es que siga la ronda, que continúe transmitiéndonos, como hasta ahora, estas bellas canciones; nuestra esperanza es oír la pasar muchos años, aunque la edad y los achaques no nos permitan abrir las puertas a altas horas de la madrugada para darles entrada; nuestra alegría es saber que otros, más bisonños, dan continuidad a la tradición y nos reemplazan para esplendor de las fiestas navideñas en el Valle del Alto Alberche.



Institución Gran Duque de Alba

Bailes

Baile de los cuartos

"De todos los fantasmas creados por los hombres, el dinero es el que nos acompaña de una manera más insistente, el que se mezcla en mayor tenacidad en las actividades de nuestra existencia".

Aurelio Ras

El dinero contribuye a la felicidad de los recién casados; por eso, en las bodas, los invitados corresponden dándoles una cantidad. Según los pueblos se emplean ciertos ritos para hacer este espiguelo (nombre que se da en pueblos de Salamanca y abulenses, en particular, a esta colecta).

Siempre ha despertado curiosidad el "baile de los cuartos", actualmente constituye un acontecimiento que suscita incluso el interés de las gentes de pueblos comarcanos y también de otros lugares.

El apego a la tradición es digna de aplauso y, por supuesto, de admiración. Como prueba de estos, dedico este relato al pueblo de Serranillos.

Alguien me había informado que doña Ester Pérez Hernández, maestra nacional, natural de este pintoresco pueblecito, ha dedicado, hasta hoy, 25 años de magisterio, a la formación de otras tantas generaciones de serranos. La vocación y entrega a los que como ella vieron las primeras luces en este casi olvidado pueblo no le han permitido ir en pos de nuevos horizontes. Conociéndola y visitando esta antesala de Gredos, está suficientemente justificada su postura. Ama a su tierra porque

la conoce, la siente, porque ella le ha dado íntimas satisfacciones, porque en ella le resulta más fácil vivir que en cualquier otra parte. Aquí hay tanta bondad en las gentes como en la tierra en esta época estival; aquí hay fortaleza de espíritu, tanta, como para soportar el duro invierno, en que las nieves hacen su aparición sobre las crestas del Cabezo y se acercan a sus lares y cristalizan los hielos, las calles, los tejados, incluso el alma. Serranillos es un pueblo que quiere abrigarse en el valle que surge entre altos picachos; es el pueblo que da "calor" a rancias tradiciones como la que hoy tuve ocasión de escuchar a la maestra del pueblo, Doña Ester.

Las bodas son un haz de ilusiones, son el principio de un nuevo hogar, es el paso hacia un nuevo comportamiento, es, en fin, una condición de vida.

Los novios en este bendito lugar, Serranillos, se obligan a contraer matrimonio, voluntariamente, como es natural, por la Iglesia. Esto realmente es lo importante, sin embargo, la boda no tendría el respaldo del pueblo si no se reviste con las galas ancestrales de gran plasticidad y colorido.

Tras la ceremonia religiosa que, invariablemente, se celebra por la mañana, viene el ágape, donde familiares e invitados entorno a los novios satisfacen su apetito con copiosos y exquisitos manjares, pastas y dulces que acompañarán con los mejores vinos y licores. Luego, aproximadamente a las cinco de la tarde, el baile.

En la plaza del pueblo y una vez la novia se haya deposeído del traje que llevaba al altar y vistiera la falda plisada, semilarga, (la mitad de ahorra), de color azul prusia o verde esmeralda, predominantemente; el delantal rosa y blusa negra; realza más sus ropas con mantón rameado de delicados bordados y grande flecos; colócase su faltriquera de tela y lana bordada a su cintura y tócase su pelo con un moño cuajado de alfileres de oro y plata, a juego con pendientes y collares, se iniciará el baile al son de un típico acompañamiento de bandurria, guitarra, calderillo, almidez, triángulo y botella.

Sobre las cinco todos están dispuestos. El conjunto o "rondalla", entre los que se encuentran la madrina, vestida con parecidos atuendos que la novia, a excepción de la faltriquera, porta una hermosa cesta de manzanas. Algunas muchachas, animarán el baile con sus canciones. Es-

tos permanecen de pie las cuatro vueltas que es obligado que la novia con su pareja, que por lo general es un hermano de esta, un familiar o amigo íntimo, han de dar al círculo que formarán todos los invitados varones. A la derecha del acompañamiento musical permanecerán sentados, el padrino, que está obligado a soportar una pierna cruda de oveja atravesada por un hierro o asador, coronado por un pan especial (el pan de la novia), que, una vez terminado el baile, se disputarán los mozos. El que alcance el codiciado trofeo se considera triunfador y obligado a invitar a todos los demás al festín por la noche, al que, sin duda, ha de incorporar otros aditamentos (son las glorias del triunfo). El novio seguirá, ávidamente, al propio tiempo que con extrañeza, todos los pormenores; los padres, no menos interesados; como también familiares e invitados, hasta cerrar el círculo.

La novia tomará en la diestra una navaja que sostendrá una manzana cuajada de alfileres. Su pareja, que, indudablemente, bailará siempre de espaldas, portará en la mano derecha un sombrero típico de serrano, de franela, y en la siniestra, un excepcional puro adornado con cintas.

La primera canción se la reserva la novia: "Aunque soy la primera que empieza el baile, no me tengo por menos que tú, ni nadie".

En la primera, segunda, tercera y quinta vuelta cada uno de los familiares e invitados depositan en el sombrero, a medida que van bailando a su altura, monedas conforme a su esplendidez; la cuarta vuelta viene a ser la decisiva para los nuevos desposados, pues cada cual va tomando un alfiler de la manzana que lleva la novia y de su bolsillo el billete que le apetezca para prendérselo donde crea conveniente, incluso está permitido ponérselo en el pelo. Toda esta ceremonia es un verdadero y continuo suspense, pues nadie puede adivinar el color del billete por el cual se va a definir cada uno de los señores del círculo y menos el número de ellos.

Terminado el baile, la pareja de la novia vuelca en la faltriquera las monedas recogidas. Entonces la novia, en señal de agradecimiento, va cogiendo de la cesta de la madrina manzanas que fraccionará con la navaja, entregando cada uno de los trozos a los familiares e invitados que formaron el corro.

Como apoteosis final los mozos formarán una torre humana que coronará un diestro chaval.

Las bodas de Serranillos son a pesar de todo, de una sencillez extraordinaria y en esa sencillez se encuentra el encanto y la belleza.



Bailes

Baile de la manzana

"Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero"

Cervantes

Así como en otros pueblos, la manzana es centro de atención en los bailes de boda. En estas se cifran ilusiones y la esplendidez de los acompañantes.

Difieren sin embargo la forma estética y plasticidad, pero no en el fondo.

En torno a la manzana está el regalo, el dinero.

Entre las tradiciones que aún se conservan en este pueblo serrano, el baile de la manzana no ha perdido, en esencia, absolutamente nada. Después de festejar el enlace, haber complacido el estómago con una succulenta comida y gozar de una sobremesa agradable, salpicada de chanzas y peticiones comprometidas a los desposados con el fin de ruborizarlos, (¡que se besen! ¡que se besen!... cosa que en público y a la luz del día no están muy acostumbrados, por supuesto) la gaitilla o las guitarras y bandurrias encaminan a los acompañantes hacia la plaza o hasta la puerta de la casa de los padrinos, si en ésta, es decir, la calle, puede actuarse sin menoscabo de torcerse un pie o salir rodando en lugar de bailando.

La novia, a veces la madrina, empieza por hacer uso de sus facultades para que su "ahijada" no termine rendida "antes de tiempo", enarbolan en la siniestra un tenedor que soporta una manzana y bailan al son que le tocan.

—¿Quién se cae, quién se cae ahora?

Esta es la consigna que invita a los convidados a bailar con la novia, pero antes, momentos de curiosidad. Sobre la manzana un billete que da opción a bailar a veces con la novia, o el novio, si la que hace el ofrecimiento es una fémia, y también a escuchar una coplilla como esta:

"Es la coplilla/ que la he estudiado en la mano/ y esta galilla/ de ahora es por la del Sr....(Mariano, por ejemplo)".

La manzana llega en ocasiones a sufrir tantos alfileretazos, tanto martirio que se niega a soportar un pinchazo más y han de prendérselo en el pañuelo a la novia, o en el manteo.

Si el tiempo es incierto o insoportable, entonces no queda otro remedio que refugiarse en el "cacho" salón (la expresión la hemos recogido de un lugareño que sin duda no encontró otra mejor para delimitar las dimensiones de una magnífica sala).

El quién se cae, quién se cae ahora, llega a su fin cuando todos los invitados han ensayado unos compases tras haber apuntado en la manzana su obsequio, ese que tan feliz hará a los recién desposados y cubrirá sus primeras ilusiones.

El baile de la manzana, pese a los cambios que impone la evolución de los tiempos, sigue aún vigente en Navarrevisca, con el mismo arrai-go y alegría que antaño, lo que nos hace pensar que la manzana aún seguirá contando un preponderante papel en las bodas. Los novios serán notarios, o mejor, contables, de la esplendidez o tacañería de los invitados. Es una manera de demostrar públicamente el interés o desinterés hacia los contrayentes; es, en fin, una bella y pintoresca forma de agrupar en torno a la manzana, por antonomasia símbolo del trabajo en esta zona, los frutos de amistad y simpatía de unos seres que cambian de estado para comenzar una nueva etapa de la vida.

Juegos

El truque o la mata

"En el juego hay dos clases de placeres a
nuestra elección: uno el de ganar y el
otro el de perder"

Lord Byron

La importancia de este juego hay que buscarla más en el orgullo de vencedor que en el valor del trofeo. Ganar al truque en competición, ahí es nada. Buena prueba de ello es el celo con que cogen las cartas, la parsimonia y sigilo que cumplen para descubrir su valor.

Curvan los naipes y se los aproximan lo más posible a los ojos, diríase que se tocan la boina con ellos. Intriga, pasión no se corresponden con el gesto. Hay que disimular ante el contrario e incluso alardear de los triunfos que no han "entrado".

De antiguo data este juego, podría decirse que tan viejo como la existencia del pueblo, es de los primeros legados que heredan las personas aquí.

La astucia, por antonomasia consubstancial con los lugareños, en parte se lo deben al juego del truque o la mata, que desde pequeños practican.

Los campeonatos son seguidos con interés inusitado en las fiestas lo-

cales. En ellos se ponen en juego, además de la honrilla, un cordero asado y a veces dinero.

El truque o la mata, viene a ser un mus falso. En el interviene tanto la palabra como las cartas. El cinco de oros es el que más valor tiene, lo siguen el caballo de bastos y la sota de oros, sus señas se hacen igual que en la brisca; pero para identificarlos entre sí se emplea alguna argucia de palabra; el poseedor del siete de espadas se encogerá de hombros, con gesto de indiferencia y si el que tuviera fuese el siete de oros dejaría caerlos como si estuvieran cansados de soportar un enorme peso; los treses se denunciarían "guiñando" el ojo derecho, ganando entre ellos el que primero salga o truque en la jugada siguiente.

Los doses y ases guardan entre sí el mismo valor que en la brisca, pero, sin embargo, son las cartas peores, es decir más desgraciadas.

Generalmente son cuatro los jugadores que irán emparejados; el tanteo de cada partida 30; el truque es la acción de "empelar" o coincidir siguiendo el orden de valores establecidos para cada carta. Si el que anuncia truque y gana se apuntará 3 tantos, que normalmente son chinaspas aupadas del suelo al azar, pero puede suceder que el contrincante le "envide" o le desafíe con retruque, que en caso de aceptar ha de apuntarse 6 tantos quien gane.

Si en teoría el juego parece muy simple, en la realidad resulta muy entretenido y tan complicado cuanto más sea la osadía de los jugadores. A veces la verborrea es la que triunfa, pues aún sin cartas hace pensar al contrario de muy distinta manera y le hacen cometer errores, que le llevan al fracaso.

Las tardes frías en que el cierzo, o el norte, se manifiesta con crudeza son aprovechadas para "matar" unas horas al calor de un brasero o al amor de la lumbre con los naipes y paladeando un trago de vino.

El juego del truque, o mata, como prefieran, adquiere en este lugar un significado competitivo de enorme rivalidad, pero siempre dentro de los límites de la corrección y honestidad, virtudes que caracterizan a las gentes de este pueblo.

Juegos

El escondite

"Los juegos de niños no son juegos,
sino que hay que juzgarlos como sus acciones mas serias"

Montaigne

Esta manifestación puede decirse que es universal, aunque el entorno social y el hábitat es lo que diferencia este juego infantil. Evidentemente, en el medio rural, era frecuente hacerlo en la calle, aprovechando el recreo de la escuela, o los días de holganza, que no eran tantos, pues ya se encargaban los padres de dar ocupación a los zagales.

De cualquier forma puede asegurarse que entre los recuerdos de cualquier niño, figura, el escondite, un juego de niños que practican los mayores con cierta suspicacia.

Como les prometí comentaré lo que en tiempos fue un juego inocente y, hasta si se quiere, pueril, las tramutaciones que ha sufrido hasta llegar a constituirse en un juego difícil y, a veces, de fatales consecuencias.

Antes, en nuestra niñez, cuando aún veníamos de París, suspendidos en el pico de las cigüeñas, el juego era de lo más inocentón que vosotros, jóvenes, podéis imaginaros, tanto, que nos ruboriza sólo pensar que escondiéndonos tras de una maceta o detrás del voluminoso cuerpo de tío... ¡qué más da el nombre del tío!..., aunque dejáramos medio cuerpo fuera, (éramos tan ignorantes), veíamos tan poco que no acertábamos a

descubrirnos si no nos ayudaba la tía... (tampocco hasce al caso el nombre) con un guiño o ademán; guiño que servía a veces para invalidar el juego. Era una forma de que nuestros mayores participaran también, llegando a veces a constituirse en jueces, sentenciando, según su conveniencia.

Antes, los padres no aconsejaban, sino que sentenciaban; iba a misa, como vulgarmente se dice, cuanto decían. Eran tiempos, sin embargo, que de verdad os hubiese gustado vivir a pesar de que todo tenía ese sello de candidez y autoridad. ¡Mira qué pensar que París era ombligo del mundo; cordón umbilical al que se unían todos los bebés!... Hasta ahí no; pero pasarse tampoco.

Cierto que los tiempos han cambiado y el juego de el escondite no hay razón para que quedara anclado en el tiempo.

Las nuevas generaciones se han dado cuenta que no se puede admitir que un individuo se pueda esconder tras una persona de menor volumen sin ser visto; no obstante, y esto es algo que no me explico, pretenden esconderse tras una desarreglada barba, un poblado bigote y una melena alborotada, ¿o no se esconden?... dejemos estas divagaciones porque nos llevaría a alejarnos del tema real.

El escondite pasó por muchas vicisitudes: los niños se escondían cuando jugaban, en otros tiempos no tan lejanos, tras los muebles o de las flores del jardín; detrás de algo inamovible porque por entonces a los tíos y tías les dió por adelgazar y también por moverse más, y como consecuencia, ya no tenían tiempo más que para decir: ¡Déjame en paz!, ¿no ves que tengo que hacer algo más importante?...

Ese fue el fallo, la muerte del juego, considerar que hay algo más importante que dedicarle gran atención a las cosas de los niños, a las cosas pueriles de los hijos. Entonces los pequeños, sin apenas proponérselo, pensaron que el juego había que cambiarlo, que la sentencia de papá o mamá había de ser después de terminado el juego; los niños se hicieron pronto mayores, comprendieron que lo de París era un mito y que los padres estaban verdaderamente anticuados, como el juego. Desde entonces es frecuente que para besar a una joven ya no haya que esconderse, aunque la verdad el sabor de este beso no tenga la misma dulzura y entrañe tanta importancia como el de antes; ahora ya no se recatan en esconder aquello que era pecaminoso; ya no existen barreras de

expresión como antes que incluso llegó a ser grosería decir "mecachis". En definitiva, el escondite ya no tiene razón de ser porque nadie se esconde para nada, lo más que hacen es alejarse de la presencia directa de los "viejos" para no escandalizarlos y causarles ese trauma que a diario padecen en cualquier actuación de la generación actual. Yo, que pronto tendré que admitir ese calificativo entrañable, pero un tanto molesto, el de "viejo", porque mis hijos ya son adolescentes, pienso que el escondite debería volver a actualizarse, aunque con alguna variante, dando participación a los "viejos". Entonces sabrían los jóvenes lo bonito que es haber vivido nuestros tiempos y jugar al escondite.



Institución Gran Duque de Alba

Juegos

La calva

"En todos los ritos, la sencillez es mejor
que la extravagancia"

Confucio

El juego de la calva, o lo que es lo mismo, poner a prueba la fuerza, el equilibrio y el gran sentido de la distancia ha despertado de siempre gran afición en nuestra tierra, hasta tal punto que muchos emigrantes han seguido haciendo "bueno" el lanzamiento, despertando simpatías y creando ambiente y, lo que es también importante, luchando para que este entretimiento o juego se considere deporte autóctono, pero federado.

El origen de este juego puede que se remonte a época romana; no hay datos que determinen cuando se implanta, lo que al parecer no ofrece duda es que empieza a practicarse en nuestra provincia y más tarde se extienda a los vecinos de Salamanca, Valladolid y Segovia.

¿Pero en qué consiste este juego? Se preguntarán aquellos que no lo conozcan, (lógicamente no serán abulenses). Sencillamente en lanzar un morillo de acero o de pedernal, de unos dos kilos y medio de peso, desde una distancia de 20/25 metros sobre la calva y derrivarla. Una descripción más exacta: La calva, madero de encina que tiene forma de ele desperezada, que difícilmente guarda la vertical, como si se tratara de evitar el golpe, o de otro modo, un palo de madera de encina o roble, en ángulo de 120 grados, que se procura debastar y quedarlo semicua-

drado; la parte más larga que se asienta en la tierra, lugar llamado patera, es la zapata; la otra, alzada.

Treinta, por lo común, son los tantos que hacen un juego.

Los jueces, que en este caso se llaman, "rayero", el que contabiliza los tantos, que se sitúa próximo a la calva para comprobar que el derribo ha sido correcto. Porque hay que aclarar que no es válido derribarla si el morillo ha pegado previamente en la tierra. Este "canta", buena o mala, o simplemente dice, vale. Otro está al tanto, de que no pise la raya desde donde lanzan, previamente fijada, pues ello invalidaría el tanto, en caso de derribo, y la descalificación si se hace reiteradas veces, aunque suelen ser tolerantes.

Pero lo que verdaderamente me interesa destacar es la rivalidad que existe entre equipos y entre jugadores.

El amor propio está muy por encima de el vino, la cerveza, o el cabrito, que se disputan como premio.

Los calvistas hacen de este deporte un rito. La liturgia obliga a mantener firme el pulso, fuerte el espíritu, despejada la mente y sobre todo mucha concentración. No es bueno que se dejen influenciar por las exclamaciones del público que sigue las jugadas y las vive, como si con su vehemencia pudieran cambiar la trayectoria del morillo o darle mayor o menor alcance según si se queda corto o se pasa.

Este juego, por el arraigo popular, y como signo de identidad de nuestro pueblo, es bueno que se mantenga vivo e incluso se le prestase apoyos si los necesitara.

FIESTAS, HECHOS Y COSTUMBRES



Institución Gran Duque de Alba



Institución Gran Duque de Alba

Fiestas

La vaquilla en Burghondo

"Si la pasión, si la locura no pasara alguna vez por las almas, ¿qué valdría la vida?"

Benavente

La vaquilla, suele tener casta, además de aviesas intenciones, pues no en balde ha aprendido la lección en tientas y plazas, a fuerza de engaños y burlas de los mozos.

Los quiebros, por lo general, suelen hacerse en la plaza del pueblo, el improvisado coso taurino, salvo en contada ocasión, cuando por un "imprevisto" percance corrió por las calles e hizo más difícil sortearla y, naturalmente, convencerla para que volviera a la plaza.

La intranquilidad forma parte del espectáculo. El susto suele ser el premio que se concede el público este día; si este no se produjese, la fiesta resultaría anodina. Culparían sobre todo a la vaquilla que no ha sabido, o no ha querido, porque las intenciones del astado depende de su estado anímico, poner en apuros a los mozos y mozas que la hostigaron.

(ENERO)

El día 20 de este mes, se celebra la festividad de San Sebastián.

Esta celebración no tendría mayor importancia que cualquier otra de

las que a diario figuran en el Santoral, si en Burgothondo no le dedicaran de antiguo ya una singular devoción.

Ese día, el pueblo se viste de gala para rendir culto a la "Santidad", en los actos religiosos, y, también, se viste con los atuendos más dispares, algunos ya en desuso, para sortear la vaquilla.

Es curioso, pero la festividad de este día es casi más conocida por la fiesta de la vaquilla. La verdad es que a veces los actos profanos prenden en el ánimo de los espectadores con más fuerza que los religiosos, que son en realidad los que originan la conmemoración de esta fecha.

Aquí no hay tamborrada, como en la capital donostiarra; aquí no hay gamberrada si quien se pone la máscara de toro no es de mala casta; en este pueblo nunca ha habido que lamentar nada desagradable, todo ha quedado en susto, en carreras, en alguna que otra caída, que ha servido de regocijo a los que en esa ocasión les ha correspondido el papel de espectadores.

La verdad es que este pueblo se divierte en esta ocasión, con su tradicional vaquilla, y no es menos cierto que son bastantes los que acuden de otros puntos para ver las sorpresas que cada año les reserva la bravura de este simulacro de res de lidia.

No podía faltar en la fiesta, la animación de los bailes populares y un buen yantar del sabroso jamón con melón y el asado de cordero, como platos típicos, animado con los excelentes caldos de la tierra.

Burgothondo, de siempre reunió en su Concejo a las siete Navas, y a otros pueblos más en torno a su singular Abadía. Hoy, a pesar de no ejercer sobre ésta jurisdicción, se congratula de mantener en pie viejas tradiciones, como la festividad de San Sebastián, o fiesta de la vaquilla, si lo prefieren, para dar ocasión a los pueblos vecinos de volver cada año a vivir intensamente la fiesta que también fue de sus mayores.

Pervivir, es mantener con vida, más aún, con lozanía, sin ajamientos, ni olor a rancio, un hecho, tal como acontece con la fiesta de la Vaquilla.

Fiestas

La fiesta del rosko

"Los niños no tienen pasado, ni porvenir, y lo que apenas acaece, gozan del presente".

La Bruyère

La felicidad de los niños no hay que buscarla sólo en el ego, en poseer, en la superioridad; es mucho más sencillo. Las tradiciones populares, el colectivismo, la participación en común les produce mayores satisfacciones. Esta es una de las razones de su existencia.

Como es tradicional, ha celebrado en Navalengua la jerga infantil y los que, aún habiendo superado esta etapa, sienten verdadera nostalgia por ella; (que son muchos), la fiesta del rosko, llamada así por el significado que tiene ese día el rosko de pan.

El dos de mayo marca un hito en nuestra historia: la sublevación de los españoles contra los invasores, los franceses, en 1808, y desde entonces, cada aniversario, la de los chiquillos contra los padres, con tal de conseguir el rosko. Es fundamental, diríamos que casi insustituible en la merienda ese trozo de pan retorcido caprichosamente, afiligranado por el artesano, hasta conseguir una "cárcel" para un chorizo y un huevo. A través de los frágiles "barrotes" de pan, hasta tanto llegue el día y la hora de dar cuenta de ellos, son objeto de infinitas agresiones, en cierto modo justificadas, pues su exquisitez no puede ser más provocadora.

El cielo amaneció cubierto de nubes y algunas presagiando aguace-
ros sin embargo los niños no quisieron darse por enterados. Su guerra
no entiende de pormenores, de inclemencias, y si de conquistar las po-
siciones al enemigo, que, paradójicamente, en esta ocasión, eran sus
padres.

Afortunadamente las nubes se aliaron con los pequeños y dejaron el
horizonte, salvo alguna, malintencionada, que de rabia descargó un cha-
parrón y empapó los campos. Pero esto no fué óbice para que los cha-
vales marcharan de excursión y pasaran jubilosos momentos.

Las fiestas del roscó, un año más, ha hecho felices a los pequeños y
a los mayores, porque en el fondo, aunque algunos se empeñen en po-
ner dificultades a los niños, no es más que una consecuencia de exceso
de cariño y tutela exagerada.

Una fecha que tiene connotaciones con otra en que España se vió so-
metida por los "gabachos". No es mera coincidencia; sin duda ha sido
instaurada para concienciar a los pequeños; de manera sutil y festiva,
de la verdadera importanccia que tiene la libertad.

El verano es una gran verdad

"El mayor goce es el descanso después del trabajo"

Kaut

Nuestros pueblos dan testimonio de ello: cambian de fisonomía, se alteran hábitos; son refugio de preocupaciones, alivio y claridad de ideas, descanso y satisfacción; encuentro con la naturaleza, dan sentido a la vida.

A finales de Julio, concretamente el día 30, el Diario "ABC", publicó un artículo de Francisco Nieva titulado "El verano es una mentira".

Me supongo que serán muchos los que han dado réplica al mismo, aunque no tantos como habrán frustrado sus deseos.

Si el verano es una mentira, tendremos que aceptar que todas las demás estaciones tampoco son verdad; la propia vida es un engaño. Pero si relativizamos, el verano, es una gran verdad. Nada, ni nadie, ni siquiera los amantes, pueden negar que el verano es una realidad con la que todos soñamos: esa vida mejor en la que buscamos y encontramos el descanso, la diversión, que nos está negada en otras épocas del año, bien porque no dedicamos tiempo a la aventura, o no acertemos a ver el hallazgo, porque el ánimo no está tan dispuesto.

Convento en que los veranos organizados pierden encanto, pero no ilusión, porque la premeditación no está aliada con la improvisación, ni los imponderables.

El verano propicia, sin duda, ciertas libertades que no son negadas en nuestro cotidiano quehacer, porque el horario estricto de nuestro trabajo, o la vorágine de la ciudad, nos sume en la angustia.

Cierto que después del verano cuesta acomodarse a la rutina e incluso surjan inconvenientes entre algunas personas, pero no es necesario postrarse al sol para ser vulgar, ni tampoco para que madure una desavenencia conyugal.

Vivir como persona guapa está de moda en todo momento; exhibicionista es un subproducto de nuestra era de consumo; escrúpulo, un pecado que se prodiga, desgraciadamente en cualquier latitud y en cada momento; extravagancias, herencia que ha ido in crescendo hasta alcanzar límites que ponen los pelos de punta. Pero todo esto no es fruto del verano, y si del desequilibrio de una sociedad que ha perdido estabilidad y no encuentra el modo de conducirse; pisan el acelerador pero sin destino. Aún la nueva tecnología no ha inventado la forma de vertebrar un nuevo modo de vida, ya sea para verano, o invierno, ni tampoco como sustentarse sin caer en el canuto o el wiski, ya sea otoño o primavera; aún no ha conseguido que la "burguesía" sea progre sin despertar envidias, ni tampoco que los humildes puedan ocupar los saraos y la "Jet Set" sin romper los codos de las chaquetas.

El verano como todo en esta vida, es susceptible de mejoras, pero es evidente como será más subyugante cuanto más empeño y deseos pongamos en ello, como lo es la propia soledad.

Nombres de sierra

"La naturaleza no tolera mentiras"

Carlyle

Por lo general la etimología, principio u origen de las palabras no se corresponde con el decir popular, que, curiosamente, se constituye en base a formas o hechos que percibe o le afecta en su momento.

La propia naturaleza, nos asombra con su dictado, facilitándonos el significado con que hemos de citarla. Sirvan de ejemplo los que conforman la sierra de Gredos en Navalengua.

A las excelencias de la Sierra de Gredos, habría que añadir la toponimia de los nombres en que el ser humano la diferencia. Sinceramente, parece como si estos fueran inspirados por las musas de los poetas, como si sus nombres fueran un cántico que brota de las entrañas de esta tierra, una exhalación o un susurro que toma cuerpo al correr, o un suspiro, que dice el agua al resbalar entre las rocas, o la caricia que le hacen los juncos, o el quejido que el arbusto hace al doblarse y beber en estas heladas aguas, o el lento deshielo, incondicional rendición de las nieves ante su más cruel enemigo, el sol. Todos tienen algo sublime, todos justifican sobradamente su razón de existir; no son caprichos del azar, ni fruto de la bondad de las gentes; responden, simplemente a una lógica, tienen su inconfundible peculiaridad; no, no tratan de engañarnos, son tan puros en esencia que diríamos que son obra de un pasado..., de ese en el que la sinceridad tenía un único sentido, por su propio nombre, antes, mucho antes que aparecieran los apellidos y emparentaran las virtudes y los defectos; la honestidad y la inmoralidad; los

prejuicios y la indiferencia; el aprecio y el menosprecio, en fin, cuando al pan se le conocía por trigo, cuando las medidas y los pesos tenían su verdadera valencia e incluso se sobrepasaban según convinieran, cuando las aguas discurrían por cauces naturales por que el hombre aún no se había preocupado por llevarlas por otros derroteros. Eran tiempos... tan lejanos, tan viejos como los propios nombres de Gredos.

LA ELOCUENCIA DE ALGUNOS EJEMPLOS

Veneno Claro, un hilo de agua limpia, sin tibiezas que impidan observar el fondo con esa transparencia y aumento que da ver las cosas a través del agua.

El Romeral, cargado de exquisito y embriagador aroma y en el que quisieramos permanecer eternamente.

Los Poyales, donde se hace un alto y da descanso al cuerpo el labriego, o el ganadero, y se para a pensar en la paz que le rodea.

El "Mirador" que nos pone a los pies la luenga y verde nava, salpicada de casas y donde se ve como el río se curva, burlando la montaña hacia El Castrejón.

Peñaltar. risco que desde el pie se confunde con el cielo, y en el que el eco de las oraciones pueden ser llevadas por los vientos muy lejos, más allá de Castilla, más allá de la Mancha.

El Pulpito, desde el que se siente uno pregonero de la verdad y de la magnificencia de Gredos.

Finalmente, Navaluenga, donde Dios se ha sentido caprichoso y ha creado un vergel en medio de dos impresionantes montañas y le ha dado un río de cristalinas aguas y un clima benigno, y una tierra fértil, agradecida, en la que es fácil vivir y disfrutar; Navalengua, en tiempos, tierra de pastores, que supieron mimar sus montañas e hicieron trochas al tiempo que el ganado, que bajaron al valle para resistir el invierno, mientras las nieves ocupaban las alturas, que empezaron a sacar fruto a la tierra y con el tiempo alternaron ambas cosas y supieron, y saben, compartir su tierra, con el que se acerca a ella y hasta le hace sentir, como él, inmenso amor. Navalengua, un lugar recuperado para el deleite, de

quien ama la naturaleza, una parcela de la que es fácil enamorarse y hacerse también pregonero de sus encantos.



Institución Gran Duque de Alba

Las tiendillas

"No compres nunca lo que te sea inútil, bajo el pretexto de que es barato"

Jefferson

Las ferias y mercados alcanzan su apogeo en el siglo pasado. La necesidad de la compra-venta de ganado, fundamentalmente, concentran a las gentes de pueblos y aldeas de determinados enclaves de nuestra provincia, que no vamos a citar, porque no hace el caso.

En estas ferias y mercados también era la ocasión para adquirir aperos de labranza, útiles del hogar, mantas y vagatelas. Este comercio evolucionó con los tiempos y se extendió de manera periódica, en particular telas, vestidos, alimentación y pequeños enseres domésticos, hasta los núcleos de menos entidad, por lo que a población se refiere. La feria no cambió el lugar, como tampoco de nombre, en cambio el mercado, se hizo ambulante y tomó el nombre peyorativo de mercadillo, o tiendillas, definición esta última derivada de tienda (establecimiento de ventas al detalle).

De ahí estos pintorescos puestos de venta al aire libre donde el precio y la calidad aún se regatea como en los antiguos mercados, con la sola diferencia que ahora se hace por diversión, la mayoría de las veces, o por obtener mejor precio que al que se compra en las tiendas del pueblo. A parte de estas consideraciones pienso que se acude a éstos, principalmente, por mantener la tradición y como lugar de encuentro para charlar y comentar.

Cada semana, un día determinado, en cada pueblo, las tiendillas, se

convierten en la atracción de las gentes, es como si de pronto hubieran trasladado los grandes almacenes a estos lugares.

La plaza mayor del pueblo, la calle principal u otro lugar espacioso, no apartado, suele ser escenario de mercaderes. Allí se pregonan las más heterogéneas mercancías, allí se compra el retal o el encaje que viene para tal o cual cosa; la chacina o los quesos, sabe Dios de qué, que se produce allá, lejos.

El día que vienen las tiendillas los chavales no pueden distraerse a la salida de clase pues han de probarse los zapatos o la prenda de vestir, aunque sea "así"... por encima, como Dios les ha dado a entender a sus madres. Unas veces vendrán grandes las botas, para cuando le estén prietas; le caerá amplio el vestido, para cuando engorde; que si está largo, hasta que se lave y encoja. Todo será cuestión de los consejos que el comerciante les dé: que si es de charol, que si piel de cerdo, que 100% de algodón, que si acrílico, que si mezcla de fibra poliester y lana, que si..., que si..., que las negaciones sólo son cosa del tiempo, y del uso que se les dé.

Día de tiendecillas, ya se sabe, día de malhumor del comerciante del pueblo que ve mermadas sus ventas, día febril de compras para las más caprichosas y de crítica para las que se apañan con lo que tienen; día novedoso para los chavales que ven detrás de los puestos de baratijas y juguetes a un rey Mago en la persona del vendedor; día de caprichos porque serán obsequiados en sus casas con las rosquillas o golosinas que se ofrecían como deliciosas; justificación para comer tarde y dar una vuelta en busca de gangas; ocasión para hacer comparaciones con lo que tienen a diario.

El diminutivo tiendillas no es sino una expresión cariñosa que se da en llamar a estos vendedores ambulantes que cada día toman una ruta distinta, como no es menos afectivo cuando las califican con el nombre comercial de unos grandes almacenes.

Realmente, y esto es lo que interesa destacar, las tiendillas son la solución de aquellas personas que no gustan, o no tienen oportunidad, de visitar escaparates en las grandes ciudades; son una forma de acercar ciertas novedades a los pueblos y determinados productos, ya sean manufacturados o naturales.

En este mercado al aire libre la mayor parte de los artículos están casi por los suelos y esto también tiene su atractivo. Las mujeres se lo pasan "bomba" levantando prendas y dejándolas con cierto desprecio cuando no les complace o interesa. A algunas, su curiosidad les hace probar o sobreponerse un sin fin de prendas por ver si le favorecen o, simplemente, por el hecho de oír del comerciante las cualidades que tiene tanto la prenda como la señora: ¡Es bonita y le sienta muy bien! ¡La favorece aún más su tipo! Si se trata de un caballero la técnica, aunque distinta, también es aduladora, lisongera: ¿A que le sienta perfectamente, señora? Si hasta le hace más guapo, ¿verdad?. Cuando la mercancía que se vende es alimenticia, se pregonan los puntos que los tienen más acreditados. Así este fin de semana un frutero voceaba: ¡Tomates, pimientos, cebollas... de la tierra! Y a pesar de que en su pregón no mentía, pues evidentemente proceden de la tierra, lo que trataba de infundir en el ánimo de la gente es que eran de la tierra de Avila, es decir de la zona, y así lo interpretaban los clientes, ¿y saben Vds. de dónde procedía aquél género? Un amigo, asentador, que al momento del pregón charlaba conmigo me aclaró: las manzanas son de cámara, de Lérida; los tomates, de Badajoz, las cebollas, valencianas, los melocotones, no son de esta tierra.

Vamos, argüí, que es posible que ni él tampoco lo sea ¡Vaya Vd. a saber...!

Pero las tiendecillas tienen, a pesar de todo, un encanto y es que no son tiendas, ni tampoco grandes almacenes como hemos querido calificarlas, son eso que tan agradable nos hacen pasar un día cada semana; esos tenderetes que dan un aspecto de feria o rastrillo de principios de siglo; una mezcla de cosas no caras, pero que las gentes precisan tener. El día que no existan las tiendillas las recordaremos con agrado porque nos habrán privado de una estampa muy entrañable, con reminiscencias del pasado; de una forma peculiar de comprar, donde el precio no está marcado, ni es único, porque lo único que hay en las tiendillas es que cada cual compra según "pegué" esa semana.

El marco que han designado para las tiendillas en Navalengua, hasta que vengan los fríos, no puede haber sido más acertado. Esta advertencia es por si alguien tiene interés en pasar la mañana de los miércoles, que es el día que les corresponde venir a este pueblo, de manera agradable, comprando o, simplemente, viendo esta especie de mercadillo, las tiendillas.



Institución Gran Duque de Alba

Leyendas

El puente de Navaluenga

"Es la leyenda la historia hecha carne del pensar del pueblo y trasformada en éste hasta alcanzar la eterna verdad poética, mil veces más verdadera que la más escrupulosamente documentada en crónicas y memorias, con exquisito esmero escribanesco. La honda vida de los pueblos, su vida íntima, antes hay que ir a buscarla en las leyendas que en los cricones."

Unamuno

Una leyenda que se pierde en el tiempo; si bien la acción puede cifrarse allá por la dominación árabe. Puede que la correlación venga dada porque en estas tierras se asentaran bastante tiempo. En el cerro San Marcos, próximo al puente, enterraron a sus muertos. Aún hoy existen tumbas y vestigios de las tumbas. Posiblemente allí reposasen también los restos de la agarena de esta leyenda; la imaginación del escritor, historiador, García Zurdo, le llevó a decir que posiblemente fuese enterrada en una de las cepas o pilares del puente. Es posible.

La leyenda y la historia vienen en muchísimas ocasiones abrazadas, en un fraternal abrazo, tan apretado que nos hace dudar para reconocerlas. Otras, como en el caso del Puente "romano" de Navaluenga apenas se traslucen ambas, adquiriendo mayor magnitud, más verosimilitud la primera, porque con ser interesante la historia, lo es mucho más la leyenda, porque las gentes se inclinan mejor a creer aquello que tiene más poesía, por que la imaginación de estas gentes son más susceptibles de creer lo que les dijeron sus antepasados, que lo que diga un documento histórico.

Se dice que una "doncella" mora, princesa tal vez, tan enamorada estaba de las tierras de la otra margen del río que todos los días lo vadeaba a caballo en la época en que el río lo permitía y en una balsa de troncos de árbol cuando este crecía. Cierta día, abandonó como de costumbre el campamento que tenían instalado en lo que hoy es el pueblo y se marchó a la otra margen, a la que ella consideraba el Paraíso. Se pasaba buena parte del día estudiando esas diminutas cosas que adquieren gran importancia cuando nos paramos a meditar sobre ellas (¿Por qué el color de esas flores?, ¿por qué esa planta que medra a costa de otras? ¿por qué ese insecto de vida perfectamente organizada?, ¿por qué aquel que vive en la oscuridad y le asusta la luz del sol, o tal vez nuestra presencia?). Se disponía a tejer un echarpe de colores tan vivos como los que antes había observado y plasmar en él una de esas escenas de la vida de esos animalitos. Lo que nunca se le había ocurrido pensar a la joven agarena es que también allá, en las crestas, por aquel entonces, existían otros animales no tan inofensivos que cuando la nieve les privaba del alimento arrojando las cumbres con su blanco manto de armiño, y no consiente que con sus copos haya mácula, éstos no respetando estas prohibiciones, las leyes de la naturaleza, bajaban hasta el vado del río en busca del alimento.

Aquella tarde, con el ansia de ver terminado el echarpe apuraba su último ovillo. No apercibió que las sombras de la tarde habían hecho ya sus apariciones y que en lo alto, la nieve con su brillo anunciaba el peligro de los lobos, cuando de pronto los aullidos sobrecogedores de una manada, la hizo salir del embeleso en que la había sumido su labor. Apresuradamente cogió su echarpe y su ovillo. Corría a la margen derecha del río en busca de su balsa, cuando de pronto se vio rodeada de las fieras...

Cuando la noche hacía casi imposible ver, se advirtió en el campamento la demora de la doncella, y una sacudida de intranquilidad, de tragedia, zigueó por el poblado.

Salieron en su busca con antorchas encendidas, y al cabo de unas horas y con un carro de madera improvisaron una balsa para pasar al otro lado. Allí, donde estaba asida la balsa en que había de retornar la doncella, hallaron un diminuto ovillo. Siguiendo su hebra y no muy lejos de allí, llegaron al lugar donde la infortunada mora había saciado el hambre de las fieras.

Meditando sobre lo ocurrido pensaron que de haber habido un puente unos metros más arriba, había tenido tiempo de llegar a la otra orilla y ponerse a salvo. Aquella misma noche acordaron la solución: construir el puente.

Cuentan los más viejos que les oyeron decir a sus "bisabuelos" que ese fue el motivo por el cual el puente se llevó a término feliz.

La realidad es que el puente ha servido para algo más que para huir de los lobos; para huyentarlos hasta las cimas, para crear en esas gargantas un emporio de riqueza y belleza y cómo no, para recrearnos, como la doncella mora, de las pequeñas y grandes cosas que hay del otro lado del puente.

El puente romano

"Fruto es de la vejez el recuerdo de los muchos bienes anteriormente adquiridos"

Cicerón

El paso y el peso de los años, ha dejado arrumbadas muchas obras públicas. Es muy frecuente la distinción que suelen hacer los lugareños, el viejo/a o el nuevo/a. Así la plaza vieja o la nueva, el puente viejo o el nuevo y así podríamos relatar infinidad.

El homenaje o lo viejo, a esta distinción entrañable más que peyorativa, traemos como ejemplo el puente romano.

Al fin descansa el viejo puente romano de Navaluenga; ya no tendrá que soportar la pesada carga de autocares y camiones, ni tampoco el veloz paso de vehículos ligeros, ni el estruendo de las motos, ni siquiera el peso de carros, ni animales. Su "joroba" ya no corre peligro de que se hunda por estos motivos; el pretil ya puede ser desde ahora acariciado amorosamente por los transeúntes; desde ahora pasear por el puente será una delicia; ya no se corre el riesgo que los vehículos te hagan un sandwich contra el pretil o te empujen al vacío.

El viejo puente, que tanta identidad ha dado a este pueblo, que fue lugar de cita de diversos encuentros, llamó la atención de quienes se acercaron al Alberche a mojarse o a verle discurrir por entre sus ojos agolpadamente, fue testigo de las alegrías de pescadores al recobrar una pieza y la desolación del infeliz que pierde el anzuelo o el señuelo ante la rebeldía del pez, le han jubilado.

El viejo puente cede ahora su paso al nuevo, a esa arrogante mole de cemento armado sostenida por columnas también de cemento.

La decisión municipal ha sido muy bien acogida por los vecinos, aunque sorprendentemente por tanto tiempo esperada.

Es indudable que el nuevo acceso pronto nos hará olvidar el antiguo y obligado itinerario del puente por la amplitud de la calzada, la comodidad y seguridad que nos ofrece, pero pasará, sin embargo, mucho tiempo hasta que el viejo puente romano desaparezca de nuestros entrañables recuerdos, y no se cuenten múltiples anécdotas de él.

Navalengua en esa apertura hacia las tierras de la otra orilla ha tenido un nuevo puente, porque el que había, es justo reconocer, no fue concebido para este descomunal tráfico y no ha resistido el avance de los tiempos. Entre sus piedras crecen plantas y musgos, que se renuevan todas las primaveras y los inviernos por acción de la propia naturaleza o la humedad del ambiente. Estas que hasta ahora pasaban desapercibidos para lo que paseaban por el puente o se asomaban peligrosamente al pretil para verlas, podrán desde ahora admirarlas de frente, a poco metros, desde la barandilla de hierro, sin sobresaltos, en toda su magnitud y captar la belleza o contrapunto que estas hierbas ponen en las cepas o pilares, cual cetro, coqueto tocado, o adorno, que brota al menor resquicio que dejan las desgastadas piedras.

El viejo puente aún será signo de admiración, como lo fue siempre; recobrará la estampa ya casi olvidada de la tranquilidad. Felicitémosnos, porque hemos recobrado algo que ya teníamos casi en el olvido.

El puente romano, desde ahora, desde el momento justo de su "jubilación", vuelve a ser paso indiscutible de tranquilidad y feliz encuentro con lo que tanto hemos añorado, los tiempos pasados.

Las fuentes

"Agua de sierra y sombra de piedra"
"El agua no enriquece ni empobrece"
"Ninguno puede decir: de esta gua no beberé"
"Algo tendrá el agua cuando la bendicen"

Refranero Castellano

Las fuentes, nombre común que en nuestros pueblos, han sido en tiempos espejo de bellezas y reflejo de la vida cotidiana donde se concitaban amores.

Versos, refranes, coplas y romances han sido inspirados por ese agua "mansa" que brota en las fuentes, o como diría San Francisco de Asís "La hermana agua, que es utilísima, preciosa, casta y humilde".

Eran otros tiempos, no por eso dejamos de reconocer que las fuentes prestaban un buen servicio. Recuerdo la de la Plaza de la Iglesia, o mejor, la de la entrada de la calle de la Iglesia, recostada sobre la casa de los maestros. De esta también tendrán buen recuerdo los lecheros, no por las razones que maliciosamente siempre se les relaciona con el agua, sino porque enjuagaban sus cántaros una vez vendida la leche.

La que existía al pie de la carretera, dando espalda a la calle Chivitiles. Estaba adornada con la gracia de unos pilares de piedra berroqueña, diríamos que incrustada en un ambiente ancestral: una acacia le daba sombra, tal vez fueran dos, un pequeño pilón, más bien diríamos estrecho, que no recogía el sobrante cuando se presionaba el botón y la presión en aquel momento era grande, o mejor, la vertía fuera, Pero esto, más que un inconveniente servía de riego y hacia mantener siempre verde los aledaños.

Tiempos en que pocas viviendas contaban con instalación de agua "corriente" (el término siempre me ha parecido un pleonismo que ha venido, afortunadamente, a perderse, más por el hecho de que son pocas las viviendas que conservan la palangana y el cántaro, como no sea en el sobrado, o como simple adorno).

En torno a la fuente, las mozas y mozos hacían gracias con el agua, se cruzaban miradas delatorias de otras más pecaminosas, o simplemente venían a demostrarles apoyo, al llevarles los cántaros hasta los límites de su vivienda, sin sobrepasarse más allá de donde podían ser vistos por la mirada de la madre que aguardaba a la puerta.

¡Cuántas idas y venidas a la fuente!, ¡Cuántas promesas hechas en este trasiego!. Compromisos que luego terminarían en un paseo por la plaza, o en el baile, o vaya Vd. a saber si en boda.

Las fuentes debieron conservarse, sobre todo aquellas que servían para hacerse la foto a la orilla de la fuente, como dice el cantar. Esa foto con cántaro sobre la cadera, o refrescando los labios, o luciendo las corbas, tiene más encanto que quizás esas otras en "toples".

Quizás no queramos ser sinceros, porque nos gusta presumir de románticos y ejercer de modernos, de estar al día, de molarnos las cosas guay. En cualquier caso, lo uno y lo otro se complementan perfectamente. Estoy convencido que las miradas hoy, como antaño, se extasiarían ante la moza que sensualmente bebe y deja correr sobre su rostro un chorro de agua de la fuente, y sobre todo siendo su cara, todo su ser, expresión viva de haber complacido un deseo. Esto me recuerda a los spots publicitarios de las bebidas refrescantes, pero sin que "detrás" se vea Coca, cafeína, quina y por supuesto negocio.

Las fuentes fueron y serán lugar que producen siempre satisfacciones. Por eso bien merece la pena conservarlas.

La báscula

"Ser justo antes de ser generoso; se humano antes de ser justo"

Fernán Caballero

En nuestra vida se mide y se pesa casi todo, incluso la conciencia, de ahí la necesidad de buscar la precisión y la equidad con mecanismos sino más ingeniosos, sí sofisticados.

Los aparatos de medida o peso son los mejores aliados de la honestidad, de la justicia. Por eso se simboliza con una balanza de la mano.

Hace unos días, con ocasión de la inauguración oficial de la báscula, las gentes, bueno, los que andan sobrados de suspicacia, han recobrado la confianza en los demás.

Hasta ahora, seamos sinceros, algunos evaluaban la carga de leña por la capacidad del camión o, simplemente, por el volumen que ocupaba en el almacenaje, o habitual emplazamiento. Si no alcanzaba el nivel que presumían, les asaltaba la duda si la báscula donde se pesó era fiel: si los vientos que soplaron en el camino, desde esta operación, fueron tan fuertes y absorbentes como para deshidratarla y encogerla. El recelo de los ganaderos tampoco encuentra a veces justificación, pero la verdad es que el ganado, independientemente del peso que pierde por acusar los esfínteres un relajamiento por encima del límite normal, (lógico nerviosismo de verse enjaulado), parece como si los kilos los hubiera derrochado por otras partes y sólo pesaran sus huesos y la piel.

Así como al vender los chotos arrojan menos peso del que creían, al

recibir los piensos, los cálculos fallan por más que se ajusten a las tablas de dosificación. Las previsiones se quedan cortas para conseguir los objetivos propuestos y se preguntan, suspicazmente si será cuestión de báscula.

La báscula, es muy posible que pese sobre la conciencia de algunos —pensarán los desconfiados— sin tener en cuenta que ésta entra con bastantes kilos, y cabe preguntarse, ¿pesa tanto la conciencia?

Meternos en disquisiciones del tamaño, peso, forma y color, nos llevaría a la conclusión de que existen infinitas.

La conciencia, y esto es lo importante, tiene desde ahora en cuestiones de peso, en Navalengua, un árbitro incuestionable. Ya no se suscitarán dudas, ahorrará también discusiones y pondrá las cosas en el fiel.

El optimismo, la confianza e incluso la amistad, es muy posible que si alguien las había perdido por un peso equivocado, los recobre ahora.

Las palabras del Sr. Gobernador, o mejor sus deseos, de que la báscula, símbolo de justicia, registre gran actividad, son de agradecer, pues ello supondría prosperidad y que no cesa el engrandecimiento de Navalengua. Las compras o ventas al por mayor son un buen ejemplo de capacidad de consumo o de producción.

La báscula, es un signo evolutivo que vendrá a arrinconar bastantes romanas, aunque los retrógrados y los nostálgicos, por aquello de aferrarse a su vieja costumbre de usar el "pilón" en principio, no querrán reconocer el tiempo que perdían haciendo pequeñas pesadas, del mismo modo que tampoco aceptarán que ese tiempo es valioso y que, cuantificado en horas de trabajo, supone muchos jornales, que al precio que se cotizan..., ya me dirán. Pero eso será pura anécdota en cuanto se ensaye este nuevo procedimiento de entender el negocio; se lo aseguro.

Esperemos que, como muy bien vino a expresar la primera autoridad provincial, D. Viente Oraá Rodríguez, el día que declaró oficialmente inaugurada la báscula, se haga mucho y buen uso de ésta, por que esto será el mejor índice de que Navalengua sigue empeñada en superarse poniéndose a la altura de las exigencias de los tiempos modernos. Esa es una razón de peso, de mucho peso.

El matadero

"Después de todo, estar como en su casa y aparecer cómodo en una casa ajena no es más que ayudar al dueño/a de la casa a que tenga feliz éxito en el difícil arte de la hospitalidad".

Lin Intang

Un recuerdo, antítesis de la sanidad, pero que con ser cierto no causó daños irreparables, que se sepa, a las gentes de nuestros pueblos, ni tampoco a quienes supieron elegirlos como lugar de descanso. A pesar de los inconvenientes, otras ventajas supieron ganarse el favor de quienes aún hoy siguen pasando sus vacaciones en ellos (clima, tranquilidad, distracciones, hospitalidad).

Erase una vez que dos ratas, viejas y por tanto expertas, apostadas a la orilla de un arrollo maloliente, discutían amigablemente.

—Te digo que esto se está poniendo que da asco.

—Sí, somos muchas; ha aumentado nuestra colonia más que el pueblo.

—¡Cómo esto siga así, nos vamos a subir por las paredes!

—Eso ya lo hacen las más jóvenes, nosotras nos tenemos que conformar con aprovecharnos de nuestras "raterías".

—Por eso te digo, a nuestros años, cuando no es la artrosis, es la insuficiencia respiratoria o cardíaca. ¡Esto se pone feo!...

—Sin embargo hay que reconocer que hemos ganado en calidad de vida; se ha elevado el nivel.

—¡Pa chasco, que siguiéramos comiendo cordilla de cabra!

—Ahora también sacrifican terneras con frecuencia, sobre todo en verano, corderos y cabritos en Navidades y vavaciones de Samana Santa, ahora llamadas de Primavera por lo de la "oposición". (Brotos ateos del Primer Gobierno en Democracia).

—Es que según me ha dicho una compañera, a las gentes de Madrid les gusta este ambiente, ¡no lo entiendo, si aún hay moscas y las calles están sucias, como en la capital!

—Pareces tonta, no ves que ellos no saben lo que hacemos y tan rica que le sabe la carne; ellos le dan gran valor a la carne recién sacrificada.

—Bueno, seamos sinceras, lo que es una buena tajada, es difícil enganchar, sin exponerte a dejar medio rabo o recibir un correazo.

—O un puntapié, porque en eso coincidimos, son unos bestias estos carniceros; te zumban con lo primero que les viene a mano.

—¡Oye! ¿Y cuántos carniceros hay ahora?

—Un sin fin, tonta, no ves que esto de las chuletas es un negocio, porque resulta fácil de cocinar. Con eso y una ensalada tan ricamente que quedan.

—¿Pero esto, hasta cuando durará?

—Mejor no pensar. Que sigan las cosas en este abandono, porque como algún día modernicen las instalaciones nos vamos a quedar, como dicen los humanos, más pobres que las ratas.

—Pues ea, que siga creciendo la colonia veraniega, se sigan construyendo más hoteles, pero que al nuestro no le toquen.

—Esto es en tono jocoso, lo que podrían pensar estos roedores de la candidez de unos y de la agresividad de otros, pero ciertamente, no pasa de ser en algunos aspectos una exageración.

La realidad es esta.

Aún cuando no cite el nombre del pueblo, creo que fácilmente identificarán el lugar los responsables de este "matadero" (por supuesto no es el de Navaluenga), porque son conscientes de cuanto voy a relatarles, lo que pasa...

Antes quiero advertir que el omitir la ubicación de este "Servicio" es por razones de no crear, en adelante, entre los consumidores de la carne que allí se sacrifica angustia o repugnancia.

La moraleja de esta: Res que se mata hay que llevársela sin orear por causa de las ratas.

Dicen que se disputan los despojos con tanta "rabia" que hasta resulta curioso, a la vez que repugnante verlas, son tantas...

El oreo de las reses no se puede hacer si no permanece vigilante y armado de paciencia y con algo que las ahuyente, de lo contrario, el descuido merma los ingresos. Vamos, que las ratas no entienden de oreo y las rebajan de peso.

Puede parecer exagerado, más es una realidad, porque quien me puso en conocimiento del hecho tiene motivos sabrados para saberlo.

Se han ensayado diversas medidas, inútilmente, independientemente de alimentarlas con raticida, incluso se han protegido las ventanas con fuerte red metálica pero habría que haber hecho otro tanto con el tejado. Lo mejor, y en esto han de empeñarse, es construir un nuevo matadero en otro lugar que reúna las condiciones mínimas de seguridad e higiene, de no hacerlo mucho me temo que estos animalitos se adueñen de otras zonas e impongan su ley: la de contaminar otros alimentos y causar males mayores.

Es urgente tomar medidas y no permitir que hechos como estos se produzcan. Todos somos responsables de ello, pero, en mayor grado, quienes están encargados de prevenir nuestra salud y administrar nuestros impuestos.

Esperemos que esto se consiga en breve plazo, si es preciso, clausurando el matadero por bien de todos. Ya ven las consecuencias que nos

ha traído la irresponsabilidad de unos hombres que pensaron que el hombre tenía un poder de asimilación semejante a un motor mecánico, (me refiero a los del aceite de colza desnaturalizado).

Enumerar la serie de enfermedades que son portadoras las ratas es casi imposible, basta señalar, que algunas tienen carácter irreversible.

Los ruidos

"El ruido del momento escarnece la música del Eterno"

Rabindrahsehtj Tagore

Sólo el canto de los pájaros, el rumor del viento o el arrullo de las aguas son consubstanciales con nuestros pueblos. Otros ruidos, los que sobrepasan los decibelios soportables son estemporáneos y producto de una civilización crispada, que se sirve de la moto, el coche, transistores a toda pastilla. El ambiente no es propicio para ellos en los pueblos, por eso han de bajar el volumen.

Sólo la quietud de las noches en invierno, dan verdadero descanso a nuestro oído; sólo entonces te das cuenta de la agresividad que sopor-tas en verano.

La exhuberancia del ambiente abre de par en par las ventanas, pero también la estridencia; al respirar alegre o renqueante de los motores, al desafuero de un magnetófono, al ladrido y acoso del perro ante el paso del ciclista, como si en él advirtiera a un felino sobre ruedas, a la algarabía de los chavales que juegan a algo muy divertido, a juzgar por sus risas y exclamaciones; y a tantos y tantos ruidos.

El tono de las gentes, en estas fechas, se eleva como consecuencia del volumen que le rodea, es decir, supera los límites normales. El secreto requiere de otra técnica: no vale hablar quedamente al oído del otro interlocutor, hay que llevarle a una habitación insonorizada. Pero todo esto, a pesar de la crítica, se sobrelleva, lo que no se soporta es el martilleo constante de un carpintero al coser de clavos unas tablas, o el

silbido de una sierra, o el chirriar del hierro cuando le saca chispas la radial, o los golpes sobre la chapa de un coche que ha tomado forma antiestética y tratan de recomponerla. Es el dilema de siempre, los talleres en verano abren también sus puertas y por ellas se escapan esas inconveniencias que martirizan tímpanos.

Es indudable que la cohabitación no es fácil y mucho menos cuando unos pretenden descansar y otros trabajar, o lo que es lo mismo, los primeros cierran los oídos al mundo, en cuanto a los segundos se empeñan en fabricar ruidos.

De todo esto se deduce la urgente necesidad de aprobar el plan urbanístico en cada ciudad o pueblo, entre otras razones, para evitar la indiscriminada construcción y hacer viable la convivencia.

Esto nos lleva a pensar que, dada la proliferación de construcción de chalets por doquier, convendría asignar una zona para las industrias molestas, ya sea por los ruidos, olores, humos u otro tipo de agresión. Estos bellos rincones exigen ya una ordenación minuciosa, un polígono industrial en el que se concentre la industria existente y fomenten otras, que, por descontado, demanda el aumento de población.

A los ruidos, y cuanto resulte molesto, hay que procurar ponerles sordina; o mejor, llevarlos a esos lugares donde no puede afectarle al que desea descanso, o viene huyendo de ellos.

Es de esperar que estos Ayuntamientos no caigan en el error de matar la "gallina de los huevos de oro", y así como tratan de ofrecer otras comodidades, a la colonia veraniega, contemplen esta circunstancia y desde ahora se planteen en serio, que vivir en paz, es algo difícil de conseguir, pero en nuestros pueblos aún es posible hasta ahora.

Las campanas - Los golpes Oír campanas y saber donde tocan...

"Casi todos escuchamos mal. Hasta en la conversación a solas con otra persona, no escuchamos casi más que nuestras propias palabras"

Manuel Prevost

Aún suenan en muchos de nuestros pueblos las campanas de la iglesia; en las grandes ciudades enmudecieron hace tiempo. Las gentes que vuelven a descubrir sus raíces se complacen con el lenguaje antisonante de las campanadas, o lo que es lo mismo, con saber que aún tiene con quien hablar, quien nos escucha.

Las campanas son todo un símbolo para quienes, su tañir, acompasa su vida, le sirven de guía y orientan sus pasos.

El eco de las campanas es grande en los pueblos, tanto como alcanzan sus sonidos. Por estos pagos, aún siguen repicando en lo más profundo de cada vecino; aún se escuchan sus golpes, aún llaman con fuerza.

El sonar de cada mañana recuerda a los perezosos que han de acudir a sus faenas; al hacendoso que es hora de hacer un alto allá donde esté, para tomar un bocado; al ama de casa, que ha de apresurarse a hacer las faenas hogareñas para acudir presta a oír misa; al descreído, que la iglesia le llama, le espera; al indiferente, un toque de atención.

Cuando a mediodía repica el Angelus las gentes saben, unos, que es ya hora del yantar, otros la hora de acción de gracias; los que oyen, pero

no escuhan, que algo importante ha sucedido y, finalmente, otros dejan sus faenas, elevan la vista al cielo y se presignan, simplemente, porque es el mejor y más sincero homenaje a Dios Creador.

A veces las campanas suenan pausadamente, como perezosas, con cierta tristeza, invadiendo el ambiente de dolor, porque alguien se ha muerto. Ese sonar espaciado, pero constante, hace preguntar: ¿quién nos ha dejado?... ¿Será...? Y ahí asaltan las dudas y la intranquilidad para muchos, hasta que saben de quien se trata. De cualquiera de las maneras, ese toque languidecen las requemadas faces de los campesinos; yo diría más, de los campos, porque, de alguna manera estos pierden parte de su ser.

Y los festivos, las vísperas y siempre que anuncian la hora de misa, las gentes, sobre todo las que oyen campanas pero no tienen muy en cuenta los horarios, o aquellas que el tiempo les agobia, sólo se preocupan de los golpes. Al final de estos toques hay uno de atención que se espacia y nos indica cuanto queda aún para comenzar la Santa Misa. Los más precavidos, los que están reñidos con la pereza, los que siempre tienen el reloj en hora y supeditan otras obligaciones al cumplimiento con la iglesia, esos, a los que, incluso, les sobran unos momentos en el atrio de la iglesia para saludar a los amigos, también están pendientes de los golpes.

Es el primero, luego queda aún tiempo para aviar a los hijos, o hacer tal o cual faena; si el que ha sonado es el segundo ya hay que ponerse en marcha, o apurar las últimas palabras, el tercero, coincide con el comienzo de la misa. Entonces llega el momento de las disculpas. "Se me ha hecho tarde", inunca pensé que fuera esta hora!, iluego hablaremos...!

Los golpes, a los creyentes, les imprime celeridad, cual resorte que les estuviera conteniendo una acción; a los que, aún siéndolo son pacíficos, o mejor, tranquilos por naturaleza, también ponen en movimiento, aunque disimuladamente, todas sus energías: ¡Voy a llegar al apagón de velas!; ¡no tengo perdón de Dios! En cierto modo se avergüenzan cuando llegan iniciado el oficio y se vuelven discretamente hacia él ciertas miradas como si le recriminaran su parsimonia, su pereza, en definitiva.

Los golpes; el tercero sobre todo, es definitivo. Hay que aceptar que los españoles somos muy dados a apurar hasta el último momento, pero

en hechos tan importantes, hemos de ser conscientes que es el más trascendente. O somos, o no, practicantes, porque, lo que es "llegar al humo de las velas" y ponerse luego a disculparnos con Dios, no me parece que nos justifique, ¡aunque Dios es tan bondadoso!...

Los golpes por algo son de siempre acompañados de ese clamor: ¡Es la hora de misa!, la hora de cumplir con la Iglesia, la hora de demostrar que somos verdaderos católicos practicantes.

El reloj

“Por lentas que pasen las horas, las encontrareis cortas si reflexionais en que no han de volver a pasar jamás”.

Aldous Huxley

La historia de un reloj, uno de tantos como hay en el frontisficio de las Casas Consistoriales. Ese reloj de grande agujas que no dejan de girar en torno de un aro de puntos negros y doce números, los primeros del sistema de numeración, simetricamente distribuidos; ese reloj que ha medido el tiempo de trabajo, del dolor, de las tristezas, del amor, de las ilusiones; un reloj que golpeó en nuestra mente al dar las horas; al despertar, al yantar, a la siesta, al fin de la faena, al cenar y en las noches de ronda, de velada o de vigilia. Pues bien, el reloj de este Ayuntamiento tiene además su particular historia, como otros tendrán la suya, pero, en lo fundamental, todos cumplen igual función: marcar las horas de nuestra vida.

El reloj de la plaza, según antecedentes fue instalado allá por el año 1.870, gobernando la Alcaldía don Juan González González, quien con muy buen criterio pensó que no podían seguir sus conciudadanos sin saber siquiera la hora.

A partir de entonces algunos aprendieron que el tiempo cuenta en la vida un papel importante, si lo aprovechan.

Los años no respetan tampoco estas maquinarias y un día sufrió un colapso, un “paro cardíaco” por “insuficiencia coronaria”, pues justamente de esa pieza se trata y dejó de hacer tic, tac, de dar la hora, permaneció inmóvil, sin vida.

Los vecinos, sin embargo, no se desconcertaron; cogieron el ritmo a tiempo y con puntualidad matemática acometen las faenas, siguen el compás del mundo actual. Si acaso alguno se ha adelantado unos "minutejos" pero eso no es grave, más por el contrario, esa ventaja es digna de encomio.

Hoy, al cabo de 9 años, el alcalde actual don Segundo Martín González, emulando la iniciativa de su abuelo, aquel alcalde que dio vida a este viejo reloj, hace 103 años, ordena se le trasplante la corona y al propio tiempo, ya que está en la mesa de operaciones, le sustituyan alguna que otra piececita.

La hora en que vivimos es importante, saber vivir acompasado mucho más; siempre ha sido y lo será.

De ahora en adelante el ritmo de los vecinos de Navalunga será mucho más fácil, más perfecto todavía, las campanadas alegrarán el ambiente mucho más y hasta es posible que alguien, un tanto extrañado, se pregunte cómo han podido superar las circunstancias con el reloj parado.

La plaza cobra nueva fisonomía, porque el nuevo correr de las manillas nos roba algunos segundos, los que se invierten en dirigir la mirada hacia lo alto; los que se tardan en comprobar si coincide con la hora de nuestro reloj de pulsera.

Un día se paró en las doce y cuarto, en la hora de los fantasmas, de noche; la hora del vermut durante el día y permaneció en hibernación durante muchos años, aguantando la canícula del verano, incluso, y los comentarios de quienes por costumbre gustan de orientarse por los relojes públicos.

Ya no se criticará más el cansancio de este viejo reloj, sino para recordar con cierto cariño ese paro forzoso a que le obligó una enfermedad de nuestro tiempo, "una insuficiencia coronaria".

Enhorabuena por el restablecimiento de esa pieza fundamental en la vida del pueblo. Enhorabuena en nombre de los presuntuosos que tienen la vista cansada y disimulan su pérdida achacando que gustan ver la hora por el reloj de la plaza y, es porque, además de la distancia, la numeración es muchísimo más grande.

La minuta, cinco mil duros, no nos parece cara, porque la alegría que dará, cuando se reponga, a los admiradores del viejo reloj de la plaza, vale muchísimo más, me atrevería a decir que no se paga con nada, ni siquiera con dinero.

Deseamos que de ahora en adelante, siga favoreciéndonos con el alegre y acompasado tañir de sus campanadas cuando sus agujas alcanzan las horas, o con la solitaria campanada cuando nos anuncie las medias.

También daríamos la enhorabuena y nuestro más sincero reconocimiento al reloj de la plaza, si pudiera entendernos, porque a pesar del respeto que merece su ancianidad, le exigimos todavía exacto cumplimiento de su función, pero todo en medio de entrañable simpatía.



Institución Gran Duque de Alba

En el año 1911, el Sr. D. Juan de Alba, conde de Alba de Tordesillas, fundó la Institución Gran Duque de Alba, con el fin de promover el estudio y la cultura en la provincia de Salamanca.

En el año 1911, el Sr. D. Juan de Alba, conde de Alba de Tordesillas, fundó la Institución Gran Duque de Alba, con el fin de promover el estudio y la cultura en la provincia de Salamanca.

En el año 1911, el Sr. D. Juan de Alba, conde de Alba de Tordesillas, fundó la Institución Gran Duque de Alba, con el fin de promover el estudio y la cultura en la provincia de Salamanca.

En el año 1911, el Sr. D. Juan de Alba, conde de Alba de Tordesillas, fundó la Institución Gran Duque de Alba, con el fin de promover el estudio y la cultura en la provincia de Salamanca.

En el año 1911, el Sr. D. Juan de Alba, conde de Alba de Tordesillas, fundó la Institución Gran Duque de Alba, con el fin de promover el estudio y la cultura en la provincia de Salamanca.

En el año 1911, el Sr. D. Juan de Alba, conde de Alba de Tordesillas, fundó la Institución Gran Duque de Alba, con el fin de promover el estudio y la cultura en la provincia de Salamanca.

La helada

"Las desgracias nos traen a la memoria las misericordias de Dios, y no los pecados por que la merecemos"

Vicente Espinel

La helada enemiga de los agricultores en primavera. Un fenómeno que se materializa subreticiamente, "solidificando" la angustia, "cristalizando" vapores en tristezas. Un acontecimiento que todos los años, antes o después, hace su cama en nuestros campos. No importa si es antes de florecer los frutales y de que las plantas hayan crecido.

La helada, de género femenino, singular, adjetivo substantivado, que también cabría decir que es sinónimop de inquietud, desasosiego, intranquilidad, espanto, conmoción.

En nuestros campos de Avila, la helada, ha justificado bastantes veces que el potencial se hace presente. Están las plantas tan negras como hoy el ánimo de las gentes.

Las pasadas fiestas navideñas, una tragedia achicharró los corazones de los más jóvenes de Navaluenga, al devastar un voraz incendio su segundo hogar; la escuela; hace unos días una helada congeló el de los más viejos, llevándose la promesa de un fruto que estaba en flor.

Siempre se ha oído decir que el agricultor vive pendiente del cielo; yo creo que más justo sería decir que no vive por estar pendiente de él.

Todos los atardeceres de esta veleidosa primavera, las miradas se vol-

vían hacia arriba y giraban enrededor como presintiendo que la helada podía hacer su cosecha prematura.

Algunos confesaban que no dormían pensando en esa femenina, gélida y desoladora palabra, que no entiende de vicisitudes, de hambre, de llantos; otros más hipócritas, o más "fuertes", tampoco podían disimular en sus rostros la honda preocupación que les produce el frío cuando los árboles están floreciendo. El temor estaba justificado. La noche del 26, un miércoles, no había aún visto la luz del nuevo día y ya se adivinaba que la oscuridad de la noche habría de cubrir de luto los melocotoneros, todas las plantas de las huertas; que iba a ensombrecer la vida de los que no tienen más que eso, los árboles y la huerta; se presagiaba que colocaría a los que tienen unas pequeñas reservas económicas en el difícil trance de hacerle un gran administrador mercantil, para no arrastrar saldos negativos.

La luz se hizo como todos los días, pero nadie vió más que tinieblas. Todo, absolutamente todo, el campo había sido disfrazado de puntos negros.

Cada cual corrió a ver si, tal vez, en su finca no durmió la "helada".

De regreso se encontraron unos y otros y no acertaban a decir nada. El silencio era más elocuente; las lágrimas hablaban a borbotones, decían de las dificultades para hacer frente al próximo invierno, se anticipaban a prever un sin fin de calamidades todavía mayores, porque éstas tendrían como asiento su propio hogar.

Hasta dentro, hasta la cocina, hasta el armario y la cama ha penetrado la helada en muchos hogares del valle del Alto Alberche, llevándose las viandas de la despensa que han de dar fuerza a ese cuerpo que no renuncia a la tierra, pese a las calamidades; mermando las posibilidades de hacer el traje que arrope y luzca los días de fiesta; negando el necesario calor que ha de presidir un sueño reparador de energías.

Es curioso, pero esta helada ha franqueado todas las puertas de los vecinos de estos pueblos. De nada ha valido que cerraran los postigos y hacer una buena lumbre. El frío heló todo, incluso sus venas.

He oído muchas veces decir "no se ha conocido algo semejante", pero esta metáfora hoy dejó de serlo. No es desconocido este..., llamémosle

fantasma de la noche, por disfrazar de alguna manera el vapor de agua congelada, en estas latitudes, no obstante por estas fechas no suele hacer su ronda y mucho menos completa; fenómenos de nuestro tiempo. Lo cierto, lo que no admite discusión es que la catástrofe ha sido total.

Cuando tuvieron noticias las Autoridades competentes, a instancias de este hombre, todo preocupación por su pueblo, por los más humildes (los demás ya se arreglarán, me decía don Segundo Martín, alcalde de Navaluenga), corrieron, esa es la medida justa, para tomar conciencia del alcance de la desgracia. Quiere esto decir que si el campo lo vieron negro el futuro de estas familias, que cifraban todas las esperanzas para vivir en esas florecillas que habían de ser fruto, puede que no sea de ese color tan siniestro, porque cabe esperar un hálito de aliento de quien administra y gobierna, en cierto modo, aquí en la tierra, nuestras vidas.

Confiamos en que los árboles florezcan los próximos años, que las tierras tengan la medida y el cuidado, si cabe, más que antes y también, por qué no, gozar del fruto que alegra tu vida y la de todos, aunque no los cultivemos.

El Valle del Alto Alberche estaría de luto, de luto riguroso, si en la primera autoridad de la Provincia, nuestro Gobernador, no se dieran un sin fin de virtudes, entre las que se encuentran un profundo amor por los problemas humanos.



Institución Gran Duque de Alba

La cigüeña

"Nada tan peligroso como ser demasiado moderno. Corre uno el riesgo de quedarse subitamente anticuado".

Wilde

Raro es el campanario de la iglesia del pueblo que no soporte airoosamente un nido de cigüeña. Si no existiera, habría que hacerlo. Algo así ha sucedido en un pueblo de la vega del Tera, en la provincia de Zamora, que por no se sabe qué razón las zancudas llevaban varios años sin poner ese remate a la espadaña y los vecinos acordaron construir un nido para que alguna pareja se sienta atraída y la habite. Un buen detalle, sin necesidad de participar en ninguno de esos concursos que por el hecho de acertar el precio de una cosa o, simplemente, por azar te regalan un apartamento para disfrutar de un ambiente de monte o playa.

Las cigüeñas, además de los beneficios que aportan a la agricultura, animan el ambiente y son presagio de buen tiempo. Sobre esto existen infinitas sentencias: Por San Blas, la cigüeña verás.

Puede que algunas veces no coincida su llegada con la climatología, es decir se adelanten o retrasen. Pero esto también suscita interés, preocupación, entre los vecinos. Cuando se anticipa: ¿Has visto? Ha llegado la cigüeña. Si se demora: ¡Qué extraño! Aún no ha venido la cigüeña. La importancia de las idas y venidas condicionan muchas actuaciones.

Este personaje de altos vuelos, elegante plumaje, andar parsimonioso, que a veces descansa sobre una pata, desafiando la ley de la gravedad, además de estar protegidas por las leyes, merece el respeto y la ad-

miración de las gentes del pueblo. Hasta tal punto es así que si es preciso se le construye su nido. Aunque en nuestra provincia no ha habido necesidad, más al contrario, la acogida es mútua; yo diría que extraordinaria, hasta tal extremo que cuando no existe más que una torre, anidan incluso en otra altura, como sucedió con la que lo hizo en el poste del tendido eléctrico.

Este hecho, aunque insólito, es fácil que se repita en cualquiera de nuestros pueblos.

La cigüeña ha hecho el nido en una de las torres metálicas que soportan los gruesos cables de electricidad de alta tensión.

El desafío es, además de insólito, un tanto arriesgado. Al margen de las implicaciones que pueda tener construir un nido en la cruceta de un poste de este tipo, es curioso ver la cigüeña sobre el "alambre".

Supongo que todo habrá sido por no invadir el territorio de su congénere, la que año tras año se instala en la torre de la iglesia. De cualquier modo esta cigüeña ha sabido adaptarse a las estructuras que impone la era industrial, mejor diríamos que ha venido, con aires innovadores, dando al traste con concepciones de un pasado romántico: "Por San Blas, en la torre, la cigüeña verás...". Vaya "pasada" que ha hecho a tantos poetas que loaron la torre del campanario donde anidan las cigüeñas, esta posmoderna zancuda.

Esta cigüeña, como tantas otras, con tanto ir y venir a París, a buscar bebés, veranear en el continente europeo e invernar en Africa, están de vuelta de todo. Puede que nos resulte insólito el lugar elegido para poner el nido, pero no nos parece extraño que traigan del pico una canastilla, ni que ensombrezca, a su paso por las playas, a una sueca mientras que desafía el sol, o sorprendan con su presencia un pecado, como tampoco que allá donde el desnudo no escandaliza, ni el color moreno de la piel, pase su vida enfangada, saboreando al menor descuido un aperitivo que extrae del agua para reponer fuerzas, ajena a problemas de desnutrición de nuestra especie.

Las cigüeñas pasan de todo, incluso de las torres de las iglesias. No cabe la menor duda que la degradación alcanza también a las cigüeñas. Si esto sucede hoy, que estamos en los prolegómenos de la era de la tecnología punta, ¿qué será cuando esta sea aún más sofisticada?

Sinceramente quiero creer que el comportamiento de esta cigüeña es un simple gesto de snobismo que no habrá sido bien aceptado entre las de su especie. Es indudable que para los humanos tiene cierta belleza plástica, lo que ya no estoy tan seguro es que entre las zancudas no haya sido criticada e incluso repudiada, ¡vaya Vd. a saber cómo las gastan con las progres! Nada me sorprendería que también la llamaran fulana y la tuvieran en boca cuando un mal pensamiento le inflama el corazón.

Otras veces pienso que estas elucubraciones no tienen ningún sentido, que las cigüeñas, incluso esta "avanzada", seguirán batiendo su pico para que notemos su presencia, y robándonos ramas y barro para entrelazar y ofrecernos esos impresionantes nidos, y como siempre serán presagio del buen o mal tiempo, según si se acercan a la primavera o al otoño. Quiero seguir confiando que su simpatía por el tendido eléctrico ha sido accidental, que seguirán anidando en las torres más altas de las iglesias y siendo portadoras de muchos encargos de París, aunque también es verdad que con la fecundación in vitro tienen un mal aliado.



Institución Gran Duque de Alba

El primer paso es el de la
definición de la actividad
que se va a realizar, y para
ello es necesario tener en
cuenta los recursos disponibles
y las condiciones de trabajo.

El segundo paso es el de la
planificación, es decir, la
definición de los objetivos y
la elaboración de un plan de
trabajo que permita alcanzar
los mismos.

El tercer paso es el de la
ejecución, es decir, la
puesta en marcha del plan de
trabajo y la realización de
las actividades previstas.

El cuarto paso es el de la
evaluación, es decir, la
valoración de los resultados
obtenidos y la comparación
con los objetivos previstos.

El quinto paso es el de la
mejora, es decir, la
búsqueda de las causas de
los errores cometidos y la
toma de medidas para evitar
que se repitan.

El huerto

"Dios creó el campo, y el hombre la ciudad"

William Corpper

En otros tiempos era casi imprescindible para los labradores poseer un pequeño huerto para no supeditarse al vendedor que, especialmente, acudía al pueblo con productos hortícolas, o aprovechar el día de mercado o feria más próxima para proveerse.

Pero estas carencias han ido superándose gracias a las modernas redes de distribución. Las hortalizas y otros artículos perecederos llegan, por lo general, a diario, al consumidor por muy separado que esté. Ya no es cuestión de valerse del encargo que se hacía al amigo o vecino que acudía a la ciudad; ya no es preciso mantener en el desván o la bodega los productos para que se oreen o conserven.

Los huertos siguen cultivándose, pero quizás más como capricho que por las ventajas económicas que se obtengan. Lástima que esas manchas verdes, los huertos, que rodean, por lo general, unas cañas de maíz, o lo alinean unas coles, o unos árboles frutales de pequeño tamaño, vayan perdiendo espacio, o sólo se cultiven unos surcos, "pa'al gasto", ni siquiera para eso. La verdad es que los mayores aún no se resignan a no "criar" unos tomates, cebollas o lechugas, y buscar como pretexto que son de mejor calidad y que los hijos cuando vengan de la ciudad les gusta más que cualquier otra. Sin entrar en estas disquisiciones, los huertos, producen algo más importante que la hortaliza en sí, grandes satisfacciones, y es por el amor con que se cuida. Lástima que el plástico les haya puesto techo y convertido en invernaderos, que los herbici-

das o pesticidas hayan suplantado otros procedimientos menos sofisticados, que las poblaciones se extiendan y la plusvalía de los terrenos, los huertos, hayan sufrido un desorbitado incremento, aunque existe otra realidad, quizás la única: que los nostálgicos disfrutan de cultivar el huerto, o lo que es lo mismo, unas cuantas lechugas, unas matas de tomates y pimientos, unos surcos de patatas, cebollas y poco más, porque lo que es los jóvenes son más pragmáticos, valoran más su tiempo, o por lo menos piensan que es más rentable. Sobre esto aún está por ver quienes son los equivocados, si los que prefieren vivir pegado al terruño, acariciándolo, o los que apuestan por la vida computorizada y arrítmica.

Los huertos están a merced de la demanda de vivienda social y del chalet adosado, en este pueblo.

La máxima aspiración de todo agricultor en tiempos, fue poseer un huerto lo más próximo al pueblo, si era a las traseras de la casa, tanto mejor.

Podría asegurarse que esto fue posible cuando sólo eran un número reducido y hasta que, por razones de herencia, fueron fragmentando el terreno. Nacieron pequeños muros de piedra y lindes metálicas caprichosamente sobre estas huertas que llegarían a denominarse peyorativamente, atendiendo a sus orígenes, huertecillos. Expresión que dada la plusvalía y posible fin, calificaríamos en adelante parcela.

El verdor se aleja del centro urbano, y es sustituido por hierro y cemento; las frutas y verduras hay que buscarlas en las fincas, otro concepto que se emplea en razón a la lejanía, pues la diferencia que existe en cuanto a cultivos no difiere a veces, de ese terreno que se ha dado en llamar huerto.

Los huertos que manchaban de verde el pueblo, dando frescor a primeras horas de la mañana, saturando el ambiente de humedad y de olor a alfalfa y tierra mojada a la caída de la tarde, como consecuencia del riego, se han sembrado de casas. Quedará algún árbol para recuerdo: las zarzas y juncos del arroyo, y un pequeño jardín. La hierba, la que nace en nuestros campos será suplantada por el "raigrás" inglés que nos venden como semillas selectas; el regato por la manguera; la sombra del árbol por el de un paraguas grande, de lona, de colores.

Sin embargo el huerto es despensa y entretenimiento para muchos

al que no renunciarán, sobre todo los mayores. Roturarán un rincón del prado o talarán unos árboles en la finca más próxima para echar unos surcos de patatas, ver como apuntan los tallos de cebollas y ajos, o como toman color tomates y pimientos,. Aunque prosaico, ponen amor en las plantas, acarician la tierra y procuran hacer de unos surcos un vergel. Más, mucho más, vulgar es poner ladrillos y amasar cemento y arena para levantar una casa. No es lo mismo trabajar con seres vivos que con materiales amorfos, aunque a la física también le reconocemos interés, no cabe duda que para muchos es más intrigante la fotosíntesis que sufren las plantas y el por qué de esos colores, formas y frutos.

El que se alejen las huertas es un fenómeno no exclusivo de este pueblo, sino consecuencia de crecimiento de población, y naturalmente, de ofertas suficientemente convincentes, sin embargo nuestro deseo, más que razonable, es que los ayuntamientos exijan, oferten ciertas zonas verdes para paliar al menos los inconvenientes que conllevan esas nuevas masas de cemento, hierro y ladrillo.

Los huertos, como queda apuntado, han de dejar paso al progreso, al crecimiento demográfico, pero en el bien entendido que no nos prive del placer de respirar el olor a hierba y sentir el frescor del agua, ni tampoco del descanso que produce ver su olor y como crece, o sentir la salpicadura de unas gotas.

Cuanto más fácil resultaría vivir en una ciudad si nos rodeáramos de árboles, jardines y fuentes. Esto es posible y, por supuesto, gratificante. No nos dejemos deslumbrar por los grande edificios ni por el neón de los anuncios, ni tampoco por los "Ferrari" o "Lancia" que aparecen a su entrada; conservemos parte de aquel huerto aunque sea artificiosamente, lo importante es que el verde se combine con el rojo, el gris o el blanco de los nuevos edificios. No tengamos que lamentar también que nuestros pueblos sean una continuación de esas metrópolis donde el acero y el hormigón se han hecho dueños y verdugos de quienes viven entre ellos.

Institución Gran Duque de Alba

**PERSONAJES INSÓLITOS
DE NUESTRA TIERRA**



Institución Gran Duque de Alba

RESOLUCIÓN
N.º 1.234



Institución Gran Duque de Alba

Personajes insólitos de nuestra tierra

En esta selección de personajes, es claro que no están más que aquellos que puedan suscitar interés por su valor histórico o literario. Ello no quiere decir que no falten en esta cita otros con más, o iguales méritos, pero que no tuve ocasión de conocerlos personalmente y estudiar sus rasgos más peculiares como para hacer un comentario objetivo.

Con igual criterio he seleccionado algunas de las entrevistas que realicé a distintas personalidades abulenses o vinculadas a Avila por razón de profesión. A través de estas he procurado reflejar el ambiente en que se ha desenvuelto, que es tanto como describir el pasado de nuestros pueblos. Aunque, naturalmente, en ellos trasciende la amistad, esta no ha restado rigor a la descripción.

Hermenegildo Martín Borro

"No ha habido nunca un gran poeta que no fuera al propio tiempo un profundo filósofo".

Coleridge

Ha llegado a mis manos un hermoso libro, más diría que sus páginas son profundos suspiros de un alma bohemia, que errante ha sabido encontrar su paz y el sosiego del mundo; retazos de un idealista que conforma su espíritu contando cuanto siente y ve; sus letras, negras, se me antojan de oro como los campos de su Castilla en el apogeo estival, o verdes, como ansiada esperanza cuando este oro son sólo hierba; sus palabras se hacinan cual manojos de flores silvestres de infinitos colores y de embriagadora fragancia; el verso un canto medido, armónico, inflamado de amor. Así, sólo de esta manera, se acierta a leer a este autor, Hemenegildo Martín Borro. A través de sus versos se hace uno bueno, y se advierte el inmenso cariño que posee por las tierras de Avila, su entrañable parcela, abrasada a veces por el sol, acariciada por las brisas de Gredos, azotada por los vientos que la Paramera es incapaz de domeñar; por ese cariño que siente por los heleros del Macizo Central o los frondosos pinares, cual impronta que surge de las entrañas de la ancha meseta para remanso de aves migratorias, y referencia, o descanso, de la mirada que se pierde en la inmensidad. El poeta Martín Borro no ha sabido, mejor, no ha querido, hacer otra cosa que pregonar por el mundo las bellezas de los Valles del Alberche, del Tiétar, Amblés... tal vez porque pensara que no podía hacer mejor servicio a su Patria, quizás porque ser guía y peregrino de sus tradiciones, de sus amores, de cuanto medra o existe; es privilegio que le ha conferido Dios.

La poesía de Martín Borro es además, cuando trata de temas abulenses, fulgurante. No podía ser de otro modo porque está prendida por su vibrante pasión, esa pasión que le lleva a la popularidad en su tierra y allende los mares, que le ha colocado en la antesala de los ídolos, pero día habrá de llegar en que traspase estos umbrales, porque, su obra lo merece, y acceda a la inmortalidad universal.

Félix Sánchez Fernández

"La creación estética es el milagro de la ilusión y de la alegría".

Ramón de Valle Inclán

Hablar de plantas y de flores, es hablar de caprichos de la naturaleza. Pero si, además, quien lo hace es D. Félix Sánchez Fernández, es un halago a la vida, un piropo.

D. Félix Sánchez Fernández, nace en Hernansancho, Avila, un 29 de Julio, (en 1933), cuando los campos son oro y el azul del cielo es más intenso, profundo (ese mar amarillo que se torna en ocre después, y esmeralda en primavera; ese azul que tan pronto es gris, naranja, violeta o morado, como es el fondo de nuestro estandarte).

Nace bajo el signo zodiacal de LEO que otorga en lo favorable: Personalidad. Brillantez, Pasión, Conciencia del propio yo. Ardor. Temperamento. Idealismo. Madurez. Creatividad. Ambición. Voluntad. Autoridad. Equidad. Seguridad. Energía. Sinceridad. Valentía. Realismo. Honor.

Esta influencia estereotipada puede que haya conformado, en parte, la personalidad del "maestro de plantas y flores", porque entiendo que generalizar nos llevaría al excepticismo sobre el influjo de los astros.

En el caso concreto de D. Félix Sánchez creo que el signo sólo recoge algunos de sus valores. Dejando a un lado los astros.

Es sin embargo Castilla, más concretamente la Moraña, donde la retina impresionará para siempre el amor por los colores, donde los cam-

pos de amapolas y las flores silvestres despertarán su fantasía, donde la fragancia de sus campos y flores le contagiarán de ilusión.

Y así es como nuestro entrañable amigo, crece, y, con él, su amor por la tierra, por las plantas y las flores. Es así como el tiempo le lleva a investigar sus "raíces" (me refiero, naturalmente, al origen de las plantas), su aclimatación, su belleza, sus aromas. Y se hace amigo de ellas, las cuida, mejor, las mimas, y descubre sus más íntimos secretos: la metamorfosis de algunas, la simpleza de otras. Pero de todas nos hablará con pasión, con enorme entusiasmo, de cómo el mundo sería amable si se reparase más en su peculiar mensaje.

Decir que D. Félix Sánchez es amigo de las plantas y de las flores puede sonar a tópico y llevarnos a confundirle con otros que tienen también predilección por ellas. D. Félix Sánchez, más que amigo, es un enamorado, apasionado. Cuando habla con Dios su ofrenda son flores; vive por y para ellas, sin olvidar otros amores, su familia, a la que dicho sea de paso, ha ingertado la pasión por las flores. Conoce su génesis, sus variedades, sus comportamientos, tanto en el elemento natural como fuera de él; sabe, como pocos, la manera de combinarlas, de hacerlas aún más gratas a la vista del hombre; como armonizar un ambiente y distinguir a una persona, según el momento y la ocasión. Es, en definitiva, un artista con las flores, o de las flores; hace que ellas nos resulte más agradable vivir y sobrellevar mejor los momentos tristes. Hombre que habla del lenguaje de las flores, de como conquistar con ellas, como sacar el mayor provecho de estas.

Me voy a permitir contarles una anécdota que sin duda refleja su personalidad:

Un día llegó a una sucursal de un Banco, modernamente instalado: mármol, cristal, mobiliario funcional, butacas cómodas, oleos en las paredes... Pero nuestro buen amigo Félix, mientras hacía cola, para ingresar un talón, observaba que aquel ambiente elegante carecía de un toque de distinción, algo que rompiera un poco la frialdad del mármol y el cristal. No lo pensó mucho tiempo. Se dirigió al Director y le dijo, más o menos:

—"Un local muy bonito, pero le faltan flores".

El Director, no sin cierta sorpresa le responde: "si, pero eso es cosa del Presidente del Consejo".

—¿Y dónde puedo ver a ese señor?...

Le dió las señas y allá que se dirigió a exponerle su idea, que podía interpretarlas como queja.

La Secretaria trató de convencerle que el Presidente no podría recibirle porque estaba abrumado de trabajo. Vino a decirle algo así como que no estaba para flores.

Persuadió a la Secretaria con sólo hablarla de flores y no pudo por menos que franquearle la entrevista. El Presidente le escuchó, con cierta extrañeza, pero con atención. Hasta tal punto le interesó la idea que no dudó en encargarle la decoración de todas las Agencias. Desde entonces, nuestro amigo Félix, es proveedor de plantas y flores de aquella importante Entidad Bancaria.

Cuando una planta se pone triste, sufre un decaimiento. Y es que su alma se ha hecho sensible a estos seres, y es que su espíritu se duele ante la impotencia de salvarla.

Marchitar, ajar agostar, secar, enflaquecer, debilitar, desvigorizar, manosear, sucumbir, morir, acabar, son verbos, por citar algunos, que le producen cierta melancolía. Tampoco le gustan los adjetivos: lacio, mustio, delucido y tantos otros substantivos que significan fin.

La vida de las flores, como la suya, que viene a ser la nuestra, es adorable, prometedora, esperanzada, si se la presta debida atención, sin exigirle comportamientos contra natura.

Félix Sánchez Fernández fue Presidente de Interflora España y Presidente de la Federación Nacional de Empresarios Floristas, Presidente de la Asociación Provincial de Horticultura, Vicepresidente de la Sociedad Española de Arte Floral, Socio Popular del Hogar de Avila en Madrid. Actualmente es copropietario de Lufesa y Vicepresidente del Hogar de Avila.

La ciencia y el arte floral son conceptos que corren paralelos en la vida del maestro. Yo me atrevería a decir aún más, doctor en plantas y flores; consejero y amigo de jardineros y aficionados.

El parterre, la maceta, el tiesto, el centro, el ramo, la corona, nos traen a la memoria su nombre en el momento de los compromisos e inevitable la consulta, seguros de que nos dará la solución más conveniente, la mejor.

Estoy convencido, no haber citado en exageración al contarles retazos de la vida de este artista con las flores y plantas, que la objetividad ha primado sobre la amistad.

Esteban González

"Toda la historia humana atestigua que desde el bocado de Eva la dicha del hombre depende de la comida".

Byron

Los Galayos, picos de la sierra de Gredos, familiares para los montañeros y también, por aquello de estar próximos a la plaza del Moro Almanzor y formar en parte las lagunas, para los abulenses y estudiosos en geografía; no son menos conocidos de los aficionados a la gastronomía. Si bien lo primero está justificado el aserto, la relación de los amantes de la buena mesa con estos riscos, pueda parecer no tener sentido, por lo que convendrá advertir que Los Galayos dan nombre a un prestigioso restaurante en la calle Botoneras, para más señas, junto a la plaza Mayor.

Los Galayos, al igual que el Púlpito que asoma el Arco de Cuchilleros y a la Cava de San Miguel y la Taberna de la Plaza Mayor, son los lugares preferidos por los madrileños de todas las condiciones sociales. En éstos se dan cita políticos, intelectuales, artistas, muchos extranjeros bien aconsejados, y el pueblo llano, que entiende del buen mantel, del buen yantar y beber.

Los Galayos, nombre que se ha dado también al restaurante, no ha sido elegido al azar, sino porque su propietario D. Esteban González Moreno es de esta tierra, de Navahondilla concretamente. Quiso hacer patria en el mismísimo corazón de España, y dar a conocer los mejores manjares de su provincia y, no cabe duda, conquistó el favor de los cortesanos, del pueblo de Madrid y de allende las fronteras.

Esteban, como gusta que le llamen los amigos, es abulense que presume de serlo, máxime cuando ejerce de "maitre", relaciones públicas. El menú del día se compone, por lo general, de auténticos platos castellanos; entre las recomendaciones del Chef, también figuran platos netamente abulenses: las judías de El Barco, los espárragos de Lanzahita, la ternera del Valle Amblés, el tostón de Arévalo, el cabrito de Gredos, el chuletón de Avila, la sopa Castellana, las truchas del Tormes, el pisto Abulense; si de postres se trata, el melocotón de Navaluenga, la manzana reineta de Bohoyo, asada al estilo de Galayos, las yemas de Santa Teresa; en cuanto a vino y licores, el especial de Cebreros, el licor de Santa Teresa y un aguardiente de orujo de cerezas que nada tiene que envidiar a un buen pacharán.

El personal de servicio, naturalmente, es abulense, de ahí que han de hacer poco esfuerzo a la hora de aconsejar un exquisito menú de la tierra, porque saben que con ello están honrándola, haciendo amigos, consiguiendo clientela perpetua. Pruebas de esta amistad, de agradecimiento están las paredes llenas: fotografías, carteles, recortes de prensa, carteles de toros, óleos, esculturas en bronce, son una muestra de las personalidades que han querido dejar testimonio gráfico y escrito del buen trato recibido.

Esteban, hombre afable, dispuesto a complacer al amigo, no sólo cuando se coloca la chaquetilla blanca y su collar, premio o título, que le ha otorgado la sociedad gastronómica, matritense, y otros no menos importantes, siente una enorme satisfacción cuando alguien reconoce que su orgullo de abulense está sobradamente justificado. Es un hombre que apenas descansa por complacer a su clientela. Sólo cuando se acerca a su chalet que posee en El Tiemblo, o se acerca a su Navahondilla, respira profundamente y da sosiego a sus problemas. Aquí vive Avila; en Madrid para Avila.

El Hogar de Avila en Madrid ya en su día le otorgó el título de Socio Popular y, sinceramente, creo que ha sido uno de los que más honor a hecho para ello.

Desde el Pulpito, Esteban, propaga a todos los rincones del mundo, las excelencias de las tierras abulenses, desde aquí "predica" cómo es Avila, las grandezas que posee; es un embajador en Madrid. Las gentes de otras latitudes vibran con el recuerdo de nuestros cantos y santos y se alegran con nuestros caldos.

En la Taberna, en el número 1 de la Plaza Mayor de la capital de España, se tiene muy a gala el ser el nº 1 en todo. El casticismo tiene allí su sede en la peña Los Castizos. Todas las tardes, mientras saborean unas tapas paladean con cierto rito un vino, expresan de manera entrecortada, como lo hace "el Felipe" y "la Aurora", las noticias del barrio, o cómo van las cosas y los casos.

Todo tiene su gracia, incluso el chotis que se marcan cuando suena la música de un organillo. ¡Y es que Madrid es así...!, y es que Esteban lo entiende y lo jalea, aunque para sus adentros, porque él es también así...

Cuando supe que veraneaba en El Tiemblo, le pregunté ¿pero no te gusta la playa? Sí, pero me gusta mi tierra. Le comprendo, porque quien suscribe estas líneas, con haber nacido en puerto de mar, en Marín, concretamente, este valle del Alberche le ha cautivado hasta el extremo que le tiene prisionero. Como Esteban, digo, en Avila la vida es fácil, se conservan los valores tradicionales, se respira buen ambiente, porque las gentes aprendimos a ser nobles y no sabemos comportarnos de otro modo.

Si visita Madrid, permítame que le haga una recomendación: visite Los Galayos, el Pulpito o la Taberna de la Plaza Mayor 1, pregunte por Esteban y muestre su credencial de abulense, hablando bien de esta tierra, verá que el trato que recibe es el de un verdadero amigo.

El boticario

"Más agradece el enfermo la medicina que le cura,
que no el consejo que le preserva".

Vicente Espinel

Experto en jeroglíficos, (sólo ellos eran capaces de descifrar el texto de una receta), intérprete de algunos males, por ausencia del médico, o porque el paciente confiara tanto, o más, en sus específicos, como en lo que pudiera prescribir el galeno; esperanza y consuelo de enfermos y sanos, (para todos abría la puerta de los remedios, cuando no la despensa donde guardaba los consuelos).

El boticario era el fabricante del remedio; la rebotica, donde el misterio se "precipitaba" y se transformaba en antídoto del mal, y también en las horas de ocio, lugar de tertulia de intelectuales o personas ávidas de saber.

En la botica, por lo común, una serie de albarelos y múltiples cajones contienen sustancias que han de servir de base a los "preparados". Suelen impresionar por sus nombres en latín o griego, y porque, en aquellos que han de usarse con mayor prudencia, suelen "adornarse", mejor simbolizarlos, la serpiente.

Se respira un olor muy peculiar, que a fuerza de estar prevenido, no resulta tal. Esta impresión se ha generalizado y hasta es corriente oír: "huele a farmacia"; como también es frecuente decir, cuando algo tiene sabor al que no estamos acostumbrados, "sabe a medicina", o también, cuando no encontramos como definir un alimento que tolera mal nuestro paladar: "sabe peor que un potingue de farmacia".

El boticario, la botica, aún seguirá por algún tiempo llamandose así, en el medio rural, aunque la farmacia, el farmaceutico cambien su estructura y actuen de otra forma. Suplantar la tradición es cosa de tiempo, a veces, imposible.

Tengo la enorme satisfacción de contar entre mis amigos a José Luis Urreiztieta, el que fue, hasta hace poco, boticario de Navaluenga, otro enamorado de esta tierra, el canta sus excelencias y sabe poner marcado énfasis cuando disculpa sus defectos.

Este insigne farmaceutico, escritor, maestro, investigador y excelente persona, entre otras muchas profesiones, como comprobarán si tienen interés por esta lectura, ha dejado las pocimas, las recetas, para dedicarse a poner en orden muchas cosas, a dedicarle más tiempo a aquello que para él era afición.

Hasta hace apenas unos meses, durante treinta años, vino volcando en el mortero, además de esencias curativas, un espécimen que sólo está reservado para los que tienen la grandeza de espíritu que don José Luis Urreiztieta; eso que se llama amor.

Pero si evidenció abnegado amor por su verdadera profesión —la de farmaceutico— no es menos cierto su vocación por esas otras actividades. Supo conjugar lo uno y lo otro, como pocos, robándole horas al sueño y al descanso para ejercerlas con tanta dignidad como éxito.

No se me oculta que, dentro de la profesión, ha gozado entre sus compañeros, de su admiración, su afecto, como tampoco tengo la menor duda de que el pueblo de Navaluenga, sus gentes, le aprecian, porque saben de sus desvelos por servirles. Puede decirse que la puerta de la botica siempre ha estado abierta, día y noche, mejor diríamos que no se ha cerrado; si acaso se ha entornado los domingo y días de fiestas, pero detrás, atento a cualquiera que demandara un remedio, estaba el amigo, el fiel servidor, el abnegado boticario.

Es justo también reconocer publicamente que don José Luis, ha sido maestro en la difícil disciplina de la física, la química, la lengua..., en enseñar a ser hombres de provecho. Hoy, muchos de aquellos discípulos ocupan relevantes cargos en la sociedad; las clases magistrales de entonces son y serán, sin duda, para ellos, recuerdo imperecedero, porque gracias a éstas han alcanzado ser importantes; gracias a la escuela "de

este boticario", ya que también le cupo la suerte de cubrir una etapa gloriosa enseñando, porque, entre otras razones, nadie por entonces era capaz de hacerlo como él.

De la docencia se jubiló hace tiempo, porque vinieron otros a tomar su relevo.

Tampoco olvida el pueblo de Navaluenga y de toda la provincia, sus artículos en las páginas de EL DIARIO DE ÁVILA: su pluma nos ha deleitado con sus acertados comentarios de corte barojano; (tal vez por influencia de la tierra que le vio nacer), a su prodigiosa memoria y a su incansable afán de escudriñar en archivos y bibliotecas, debemos interesantes ensayos históricos.

Hablar del amigo, no siempre resulta fácil cuando en él se dan tantas cualidades, cuando se trata de un hombre prodigioso, con sus facetas humanas, porque casi con seguridad, no le hago verdadera justicia. Pero, aún a riesgo de ello, no he querido dejar de esbozar aquellas que le han granjeado el afecto y el cariño de las gentes de Navaluenga, de Ávila, de todos quienes han tenido la fortuna de conocerle.



Institución Gran Duque de Alba

Toreros

"No es valiente quien no siente miedo, porque esto sería estúpido e irracional, sino quien con nobleza de alma vence al miedo y gallardamente da el rostro al peligro que por naturaleza esquivaría".

Shakespeare

Los que viven de la fiesta de los toros, aunque mejor sería decir que viven la fiesta, en invierno buscan otra opción para seguir "comiendo". Ahora, eso sí, no torearán con el capote y la muleta, pero todos los días, en cada momento, bajan al ruedo, de palabra, diseñan nuevos pases, evolucionan con el capote y ponen solución a aquella faena que quedó corta o desvaida. Naturalmente que el capítulo de recuerdos ocupan también plaza: Contabilizan orejas, rabos, patas, vueltas al ruedo, saludo desde los tercios e incluso alguno se atreve a sopsosar los silvidos y broncas en tardes aciagas, en las que el toro, "naturalmente", fue el gran culpable.

En nuestra provincia son muchos los jóvenes que sueñan con alcanzar la fama y salir a hombros por las puertas grandes de las Ventas o la Mestranza, las "catedrales" del toreo. Que lo consigan es otra cosa, pero que existe afición e ilusión, no cabe la menor duda.

El personaje que voy a describirles es uno de esos toreros abulenses, o afincados en Ávila, prototipo, con pequeños matices diferenciadores, de las figuras, toreros de nuestra tierra.

En invierno, la temporada taurina en España está de vacaciones, o mejor diríamos se toma un descanso, el que imponen las condiciones cli-

matológicas; descanso que aprovechan los que animan este espectáculo para dedicarlo a otros menesteres sin olvidar de mantener a punto todo, aquello que se relaciona con la fiesta y sobre todo la afición. Este es el caso del torero de Navaluenga, Santiago López Heredia que, si bien no ha nacido en esta tierra, se ha casado con una hija de ella y se siente ya identificado con este pueblo, de tal modo, que se considera como del mismo. Diariamente, después de ensayar no se cuántos pases, algunos mentalmente, de entrenar para mantenerse en forma, hace un requiebro a la vida y se dedica a atender su cafetería. Allí, tras la barra (no la confundan con la barrera), el torero templá y manda; tan pronto sirve un café con leche que da una larga cambiada y sirve un chocolate con churros, con una gran dosis de entusiasmo torero; brinda unas copas igual que hiciera con la montera los días de corrida; sirve tan rápido y con igual gracia, que si tuviera que salirse de las astas de un toro; dice un "marchando" con la resolución que toma cuando tienen que ejecutar la suerte suprema; y recorre la barra con igual alegría que si terminara de dar la vuelta al coso. López Heredia es un torero que vive para el arte y pone lo que sabe, que es mucho, a su merced, tanto si se trata de servir al público con un "cefelito", como si el fin es ofrecer unos perfectos naturales o un pase de pecho; es hombre de gran corazón tanto en la cafetería como en la plaza; en la primera se transforma en humanidad, en la segunda en valentía y pundonor.

—Dígame, Santiago, ¿cómo se le ha ocurrido poner una cafetería?

—Sencillamente, porque el mundo de los toros está mal.

—Pues se ha dicho siempre que "ganas más dinero que un torero".

—No, si lo que falta es el trabajo; no hay corridas para el número de toreros que somos.

—Ya, volviendo al mundo de los números ¿cuánto vienen a cobrar por corrida?

—Según la categoría de la plaza y si se trata de una corrida con picadores o un simple festival, pero calcule que las primeras oscilan entre las 150.000 y 300.000 pesetas y en festivales, según los fines y otros pormenores se suele cobrar; pero para que usted tenga una idea, por los últimos sobre 75.000 pesetas cada uno.

—¿Qué tal ha quedado en ellos?

—Muy bien; en todos he cortado orejas y rabo.

—¿Mucho tiempo de oficio?

—Toda mi vida, pero como novillero desde el 75 al 78 en que tomé la alternativa en la plaza de Madrid, de manos de Ruiz Miguel, y en la que toreó también Paco Alcalde. Una tarde memorable, porque además corté dos orejas y rabo.

—¿Quién le apodera?

—Actualmente nadie. Tuve ciertas diferencias con el que hasta ahora me representaba y hoy estoy pendiente de que surja el que quiera promocionarme.

—¿Y con los toros ha tenido muchas diferencias...?

—Pues verá, tres cornadas leves y varios varetazos.

Este balance quiere decir que el torero López Heredia ha sabido sortear a los toros, que ha hecho burla de ellos, pero con respeto.

—¿Se entrena?

—Naturalmente, las faenas simuladas, en el Polideportivo Municipal de Navaluenga, las reales en Toledo, en la finca de reses bravas de don Pablo Mayoral, al que me une buena amistad.

—¿Quiere esto decir que está dispuesto para lidiar en cualquier momento una corrida?

—En la vida, y sobre todo en esta profesión, hay que estar siempre en forma para hacerle cara.

Pues ya saben los empresarios; en Navaluenga, un torero, Santiago López Heredia, está dispuesto a cumplir, como el mejor, y hacer faena a cualquier toro, para salir a hombros y saborear, como tantas veces, las mieles del triunfo.

La ilusión que demuestra este valiente torero, hace pensar que la fiesta aún le reserva tardes de "gloria", que la fiesta nacional por antonomasia no pelagra; que si alguien sabe aprovechar su arte, la crisis taurina, si la hay, puede ser pasajera. Confiemos en que ésto, no suceda por bien del torero y por la suerte de los toros.

INDICE

	<u>Página</u>
Introducción	5
Nuestros pueblos, diferentes	7
PERSONAJES	
El romanero	13
Alfareros (artistas del barro)	17
Casamentero (cestero)	23
El cestero	27
El pregonero	31
El barquero	35
El molinero	39
Los pastores	43
El carretero	47
Dulzaina y tamboril	51
La palabra - en la solana	55
El herradero y el herrador	59
El alquimista	61
El alcalde	67
Barbero y sacamuelas	71
Ventas y ventorros	75
La chica de teléfonos	77
El maestro	81
El partera	85
El feriante	91
El cobrador del coche de línea	95

El trabajo.....	99
Los guardas.....	101

RONDAS - BAILES - JUEGOS

La rondalla de Burgohondo.....	107
Ronda de los novios.....	111
Ronda de los quintos.....	115
Baile de los cuartos.....	119
Baile de la manzana.....	123
El truque o la mata.....	125
El escondite.....	127
La calva.....	131

FIESTAS HECHOS Y COSTUMBRES

La vaquilla en Burgohondo.....	135
La fiesta del roscó.....	137
El verano es una gran verdad.....	139
Nombres de sierra.....	141
Las tiendillas.....	145
El puente de Navaluenga.....	149
El puente romano.....	153
Las fuentes.....	155
La báscula.....	157
El matadero.....	159
Los ruidos.....	163
Las campanas - Los golpes.....	165
El reloj.....	169
La helada.....	173
La cigüeña.....	177
El huerto.....	181

PERSONAJES INSÓLITOS DE NUESTRA TIERRA

Hermenegildo Martín Borro.....	189
Félix Sánchez Fernández.....	191
Esteban González.....	195
El boticario.....	199
Toreros.....	203

PERSONAJES CITADOS

	<u>Página</u>
El tío Angelillo (Ángel Mancebo)	13-14
Andrés Ortega Díaz	17
Crescencio del Dedo Garrido	19
María Garrido López	19
Eugenio López Berrón	20
Gabriel Lázaro	27
Félix Fernández López (el de Sera)	28
Simón ("El barquero")	36
Luis González González	40
Urbano López Rodríguez	48
Laureano López	48
Jesús Herranz López	48
Federico Roncal	55
Francisco Femenía López	55
Vicente Varas	62-64
Emilio Varas	62
Clemente Varas	64
Moisés del Peso Canalejo	82
Zoila Pintos Toribio	86
Rafael Mancebo González	96
León Álvarez	96
Emilio Mancebo González	97
José Luis Pecker	98
Serafín Guillén	98

Agapito González	99
Florencio Villarejo	109
Miguel Rollón	109
Matías Jiménez.....	109
José Jiménez.....	109
Ester Pérez Hernández.....	119
Juan González González	169
Segundo Martín González	170
Hermenegildo Martín Borro	189
Félix Sánchez Fernández	191
Esteban González Moreno.....	195
José Luis Urreztieta.....	200
Santiago López Heredia.....	204

PUEBLOS CITADOS

NAVALUENGA
 NAVARREDONDILLA
 SAN JUAN DEL MOLINILLO
 SAN JUAN DE LA NAVA
 EL BARRACO
 SERRANILLOS
 NAVARREVISCA
 NAVALACRUZ
 NAVAHONDILLA
 EL TIEMBLO
 CEBREROS
 HERNANSANCHO
 BURGOHONDO





Institución Gran Duque de Alba

TITULOS PUBLICADOS

1. **Autarquía**, de Alberto Medina González.
2. **Aproximación a Robles Dégano**, de Jacinto Herrero Esteban.
- 3 y 4. **Juan de la Cruz: Camino y Mensaje**, de B. Jiménez Duque.
5. **La Salamandra en el fondo del pozo**, de Fernando Alda Sánchez.
6. **Meditaciones de un cura de aldea**, de J.H. Martín de Ximeno.
7. **En Ávila; sin ira**, de Jacinto Herrero Esteban.
8. **Semántica de los líquidos en la obra de San Juan de la Cruz**, de María Ángeles López García.
9. **Don Santos Moro Briz**, de Baldomero Jiménez Duque.

